

BIOSINDICALISMO DESDE LOS TERRITORIOS DOMÉSTICOS

NUESTROS RECLAMOS Y NUESTRA MANERA DE HACER

RAFAELA PIMENTEL LARA
COSTANZA CISNEROS SÁNCHEZ
AMALIA CABALLERO RICHARD
ANA ROJO DELGADO

en conversación con compañeras
de Territorio Doméstico y del
Observatorio Jeanneth Beltrán



LA LABORATORIA ASPIRA A SER UN PEDACITO DE TIERRA FÉRTIL PARA FESTEJAR Y DEFENDER LA VIDA DESDE LA PALABRA Y LA ACCIÓN.

UNA PARCELA/CHINAMPA/COMPOSTA DONDE PONER EN DIÁLOGO LO QUE HEMOS COSECHADO DESDE LOS TIEMPOS DE NUESTRAS ABUELAS, CON LAS SEMILLAS DE LAS MÁS CHAVALAS, LAS PIBAS QUE COPAN LA CALLE CON POESÍA, REGUETÓN, GRAFITIS Y ACCIÓN. DONDE NARRAR LAS LUCHAS Y HACERLAS TATUAJE Y SUSTENTO COMÚN.

laboratoria.red





El proceso de investigación y escritura de este cuaderno ha sido financiado por la Rosa-Luxemburg-Stiftung, Oficina de Enlace de Madrid y por la Foundation for Arts Initiatives.

BIOSINDICALISMO DESDE LOS TERRITORIOS DOMÉSTICOS

NUESTROS RECLAMOS Y NUESTRA MANERA DE HACER

RAFAELA PIMENTEL LARA
COSTANZA CISNEROS SÁNCHEZ
AMALIA CABALLERO RICHARD
ANA ROJO DELGADO

**en conversación con compañeras de Territorio
Doméstico y del Observatorio Jeanneth Beltrán**

SE ACABÓ
LA ESCLAVITUD
TAMBIÉN EN
EL SERVICIO
DOMÉSTICO

Desde la lástima **NADA**,
desde la dignidad **TODO**

PORQUE SIN
NOSOTRAS NO
SE MUEVE EL **♀**
MUNDO

QUERÍAN
BRAZOS PERO
LLEGARON
PERSONAS

POLITIZAR LAS OLLAS
LOS DELANTALES Y
LAS CALLES

PREFACIO

Nos encontramos ante el primero de tres textos que son el fruto de más de un año de trabajo de diferentes colectivos y mujeres* que llevan mucho tiempo entretejiendo las redes del sindicalismo feminista. Ese biosindicalismo que se basa en el desborde de los reclamos tradicionales sobre las condiciones del empleo y que, cruzado con los feminismos, se centra en las experiencias organizativas de colectivos de mujeres* que abordan sus luchas desde los cuerpos y las alianzas.

En *Biosindicalismo desde los territorios domésticos* encontramos una narración colectiva de las reivindicaciones, formas de hacer y metodologías organizativas del colectivo Territorio Doméstico de trabajadoras del hogar y los cuidados. Veremos en estas páginas herramientas para la organización, pero también narrativas en primera persona de lo que supone embarcarse en la lucha colectiva. La intersección entre feminismos, reivindicaciones laborales, antirracistas y el cuestionamiento de la organización social de los cuidados se presenta como una elocuente alternativa a modelos sindicales que no responden a todas las realidades.

Gracias a La Laboratoria hemos podido pararnos a sistematizar de qué hablamos cuando hablamos de biosindicalismo. Este material debe servir para seguir impulsando ese debate, esas prácticas, esos desbordes en los que se vislumbra el futuro de lo político.

Vera Bartolomé, Project Manager.
Rosa-Luxemburg-Stiftung,
Oficina de Enlace de Madrid

ÍNDICE

A MODO DE INTRODUCCIÓN	11
QUÉ ES TERRITORIO DOMÉSTICO	11
OTRO SINDICALISMO ES POSIBLE	13
A QUÉ NOS REFERIMOS CUANDO HABLAMOS DE BIOSINDICALISMO SOBRE ESTE CUADERNO	15
1. NUESTROS RECLAMOS	21
DESDE LA LÁSTIMA NADA, DESDE LA DIGNIDAD TODO SE ACABÓ LA ESCLAVITUD. ¡TAMBIÉN EN EL SERVICIO DOMÉSTICO! QUERÍAN BRAZOS, LLEGAMOS PERSONAS SIN NOSOTRAS NO SE MUEVE EL MUNDO POLITIZAR LAS OLLAS, LAS CALLES Y LOS DELANTALES	21 22 23 25 26
2. NUESTRA MANERA DE HACER	29
LUCHAR PARA TODAS HACER CON LO QUE TENEMOS HISTORIAS YA NO ESTÁS ACÁ, PERO ESTÁS (CARTA DE AMOR DESDE ARGENTINA) Por Paula Calderón	29 34 38 38
3. LA PRÁCTICA DE NUESTROS SABERES	41
HERRAMIENTAS NUESTRA FORMA DE HACER ASAMBLEAS: ACOGIDA, RONDA Y TALLER EL OBSERVATORIO JEANNETH BELTRÁN Y LA ESCUELA DE ACTIVISMO Y FORMACIÓN POLÍTICA	43 43 46

4. ACUERPAR LA LUCHA 49

HISTORIAS DE ACOGIDA Y AMADRINAJE	51
NADA QUE PERDER	51
Por Iris Portío	
FAMILIA CUANDO LA FAMILIA NO ESTÁ	52
Por Hipatia Gutiérrez	
CRECER JUNTO A LAS TERRITORIAS	54
Por Arantxa Ramírez	
HERRAMIENTAS	55
COMIDA DE TRAJE	55
LA PASARELA	56
Pasarela Fashion: Como la vida misma. Guion de pasarela, 8M 2021	61
EL BAILE DE LUCHA	65
LAS CANCIONES QUE CUENTAN NUESTRAS HISTORIAS	65

5. APOYO MUTUO 69

HERRAMIENTAS	70
GRUPOS DE AUTOEMPLEO	70
CAJA DE RESISTENCIA	71
AUTODEFENSA LEGAL	74
HISTORIAS	78
EJERCER DERECHOS	78
por Pepa Torres	
INSPIRARNOS	79
por Latifa Baali	
SÍ SE PUEDE	80
por Marisol Acosta	
POR MÍ Y POR TODAS MIS COMPAÑERAS	81
por Isaura de Rosario Santos	
CRECERSE	83
por Arantxa Zaguirre	

SOBRE LAS AUTORAS 89

A MODO DE INTRODUCCIÓN

QUÉ ES TERRITORIO DOMÉSTICO

Territorio Doméstico somos un espacio colectivo de lucha y empoderamiento de mujeres, la mayoría migrantes y trabajadoras del hogar y los cuidados. Lo importante, lo que nos aglutina, es que somos mujeres que hacemos un trabajo duro, ingente e invisibilizado: el trabajo de cuidar la vida de las personas y los hogares. Desde ahí, creamos un espacio donde sentirnos escuchadas, valoradas, apoyarnos y luchar por mejorar nuestras vidas y también construir un mundo más vivible para todas y todos. Peleamos por el reconocimiento de nuestros derechos como trabajadoras del hogar y los cuidados, pero también por la visibilización del trabajo de cuidados que sostiene la vida y por la necesidad imperiosa de reorganizar estos cuidados socialmente.

Aunque el nombre se decidió después, Territorio Doméstico nace en 2006 como espacio del encuentro entre diferentes colectivos: la Agencia de Asuntos Precarios, mujeres vinculadas a Servicio Doméstico Activo, el grupo intercultural Cita de Mujeres de Lavapiés y otras mujeres que se fueron sumando. A lo largo de toda nuestra historia, hemos sido y somos parte de un entramado de colectivos, articulando proyectos comunes para dar respuestas colectivas y autorganizadas frente a la precariedad provocada por las sucesivas crisis económicas, contra la política de fronteras y criminalización de la inmigración, la privatización de los servicios públicos, la crisis global de los cuidados, etcétera.

Somos un colectivo diverso, mestizo y transfronterizo, pues Territorio Doméstico lo formamos mujeres de distintos orígenes: dominicanas, colombianas, ecuatorianas, rumanas, españolas, senegalesas, bangladeshíes, bolivianas, marroquíes, nicaragüenses, peruanas, etcétera: mujeres que desafiamos las fronteras en busca de una vida mejor. En Territorio Doméstico confluimos mujeres con diferentes visiones de la vida, creencias e incluso religiones: cristianas feministas, musulmanas, mujeres latinas procedentes de comunidades eclesiales de base en nuestros países de origen y mujeres no creyentes comprometidas con los feminismos y los movimientos sociales...

También formamos parte de Territorio Doméstico algunas mujeres que, sin ser trabajadoras del hogar y los cuidados, como feministas, antirracistas y anticapitalistas nos sentimos interpeladas por la lucha colectiva por visibilizar la centralidad del trabajo de cuidados —sea remunerado o no—, la perversión de las políticas migratorias y de un sistema económico que expolia territorios y vidas humanas, mercantiliza el derecho a migrar y privatiza el derecho de las personas a ser cuidadas.

En el espacio diverso que creamos nos ayudamos, como dice una compañera nuestra, a «no olvidar quiénes somos y que tenemos una historia y un proyecto de vida valioso, que es el que nos ha traído hasta aquí, aunque pase por muchos avatares». Muchas de nosotras somos mujeres con trayectorias activistas en nuestros países: luchas por el agua, la salud, la posesión de las tierras. Cuando migramos, aunque lo hagamos para subsistir y apoyar a nuestras familias allá, todas traemos un proyecto, que en el caso de muchas pasa por estudiar y seguir formándonos. Sin embargo, las políticas migratorias que sufrimos, vinculadas más a las necesidades económicas de los Estados que a los derechos humanos de quienes migramos, restringen nuestros proyectos vitales y laborales, y el trabajo doméstico es prácticamente nuestra única opción para conseguir papeles. Un trabajo que absorbe nuestras energías y casi todo nuestro tiempo. Con todo, somos malabaristas de la vida y, pese a las dificultades, nos hacemos expertas en sacar tiempo de donde no lo hay, robándoselo al sueño y al descanso, estirando el domingo como día libre para reunirnos y organizarnos con otras mujeres.

Somos las protagonistas de las cadenas globales de cuidados y cuando hablamos de ellas y sus consecuencias lo hacemos en primera persona. Las cadenas globales de cuidados son una perversión del sistema, que, ante la crisis global de los cuidados, sigue echando mano de las mujeres para cubrirlos y de mano de obra de los países del Sur, a los que este mismo sistema expolia sistemáticamente para saciar las necesidades de los países del Norte. Las cadenas globales de cuidados transfieren transnacionalmente el trabajo de cuidados de unos hogares a otros. Millones de mujeres migran diariamente a otros países para trabajar cobrando una miseria como empleadas del hogar y nosotras, las que migramos, necesitamos a la vez de otras mujeres —nuestras madres, hermanas, tías...— para cuidar a nuestras familias que dejamos allá. Somos cuidadoras remuneradas en condiciones de precariedad y explotación aquí, en España, trabajando como empleadas del hogar, y cuidadoras no remuneradas tanto cuando cada día volvemos a nuestras casas como con respecto a nuestras familias que viven en nuestros países de origen, pues continuamos siendo las responsables de su sostén y su cuidado. Los locutorios son de hecho un símbolo de estos cuidados transnacionales que seguimos dando desde aquí y que muchas veces desde nuestros propios lugares de origen se invisibilizan y se naturalizan como parte de nuestro papel como mujeres, sin valorar el esfuerzo que supone enviar regularmente estas remesas que ahorramos

aun a costa de pasar necesidad, cargando además con la culpa de ser vistas muchas veces como malas madres que abandonaron a sus hijos e hijas. Así estas cadenas no paran de reproducirse siempre con un sujeto femenino que cuida, pero a quien no se le reconoce el derecho al autocuidado o simplemente a no tener que asumir solas toda la responsabilidad del cuidado.

En todo lo que hacemos ponemos la vida en el centro. Esto tiene para nosotras muchos significados y uno de ellos es que partimos de nuestras propias vidas, de nuestras experiencias y saberes, no de teorías sino de los acontecimientos y vivencias que atravesamos y cómo estos nos afectan. Poner la vida en el centro también pasa por cuidarnos, por cuidar lo cotidiano que nos hace bien y por luchar y defender nuestras reivindicaciones haciendo de la creatividad y la alegría un arma política. Cuando nos encontramos, lo hacemos no solo por el gusto de juntarnos, sino para darnos fuerza y regalarnos los afectos que nos nutren para luchar políticamente y en el día a día.

OTRO SINDICALISMO ES POSIBLE

A partir de una propuesta del espacio de investigación feminista La Laboratorio, hemos tirado de este hilo de poner la vida en el centro para ponernos a pensar juntas sobre otros sindicalismos posibles.

Las reflexiones sobre nuestra relación con el sindicalismo no son nuevas. En todos estos años de lucha por unos derechos laborales dignos para el empleo del hogar y los cuidados, hemos estado en contacto con diversos sindicatos. El trabajo doméstico se desarrolla en un marco diferente a aquel en el que los sindicatos están acostumbrados a moverse: no hay una gran empresa, sino hogares dispersos entre sí, y, por lo tanto, no existe una gran patronal, sino un montón de familias; cada trabajadora trabaja sola y aislada del resto, y no hay espacios de reunión donde las trabajadoras puedan encontrarse. Eso hace que el sindicalismo en el ámbito del trabajo del hogar requiera un esfuerzo de imaginación, como sucede por otro lado en muchos otros sectores. Sin embargo, salvo la honrosa excepción de CGT, no hemos encontrado sindicatos con disponibilidad de repensar prácticas y modos de organización. Es más, pese a ser trabajadoras y tener unas condiciones laborales extremadamente precarias, la situación de nuestro sector nunca ha formado parte de las prioridades de las agendas sindicales. Ha habido ocasiones en las que incluso algún sindicato nos ha culpado de hacer competencia desleal a cuidadoras contratadas por residencias de ancianos o trabajadoras de empresas de limpieza, sin contemplar en absoluto ni denunciar las lógicas perversas de las políticas migratorias, el expolio de materias primas y de condiciones dignas de trabajo que usan las multinacionales para enriquecerse a costa de empobrecer nuestros países y a nuestros pueblos.

También nos ha animado a pensar en otras formas de sindicalismo desde la economía feminista, que propone una revisión crítica de la economía hegemónica, centrada en lo financiero, en lo macro, en los bancos, para volver la mirada a la economía del día a día, la economía de la gente, a las estrategias cotidianas para la supervivencia que van más allá del mercado. La economía feminista cuestiona, además, la concepción tradicional que solo considera trabajo aquel que está remunerado. La realidad es que el trabajo remunerado depende del trabajo de cuidados, remunerado o gratuito, que cargan sobre sus espaldas las mujeres en todo el mundo y en todas las culturas y que, pese a ser básico para la sostenibilidad de la vida, permanece invisibilizado, infravalorado y aislado en los hogares.

Ante la falta de servicios públicos, estrategias comunitarias e implicación real de los hombres, cada mujer, muchas veces cargada en solitario con los cuidados de su núcleo familiar, se ve en la tesitura de abandonar su empleo —y pasar a depender entonces de los ingresos de otra persona— o bien salir a trabajar para tener una independencia económica. Las mujeres que no tienen más remedio lo hacen dejando desatendidas a las personas dependientes a «su» cargo. Otras en mejores condiciones económicas recurren a la contratación de trabajadoras del hogar, muchas veces de manera particular y también, cada vez más, a través de empresas de servicios que ofrecen precios «competitivos» a costa de las trabajadoras. En cualquier caso, las condiciones laborales son muy precarias, porque, al fin y al cabo, estos salarios están sostenidos por salarios de particulares. Si hay mujeres que las aceptan, es solo por la situación de vulnerabilidad que la migración y la ley de extranjería generan. Así, en esta transferencia privatizada de cuidados se impone el sálvese quien pueda.

Desde la conciencia de esta realidad que nos encadena en relaciones de desigualdad entre mujeres, pedimos no solo dignidad y derechos para el trabajo remunerado del hogar y los cuidados, sino también una reorganización social de todos los cuidados que implique a la sociedad entera. Desde el sindicalismo tradicional nada de esto se pone sobre la mesa. Salvo en las áreas de mujer que existen en muchos sindicatos, los cuidados no forman parte ni de los discursos ni de la acción sindical. Por ello sentimos que el sindicalismo que necesitamos nosotras, como trabajadoras del hogar y de los cuidados y como mujeres que cuidamos también de manera no remunerada, tiene que ir más allá de lo estrictamente laboral.

Algo que también nos aleja del sindicalismo tradicional es su forma de organización jerárquica. Para nosotras es fundamental trabajar desde la horizontalidad, que es algo donde siempre ponemos atención y cuidado. Tampoco creemos en la lógica de pagar tu cuota, votar, contar con personas liberadas y recibir servicios como afiliadas, porque eso acaba generando relaciones serviles que nada tienen que ver con la rebeldía que queremos alimentar.

A QUÉ NOS REFERIMOS CUANDO HABLAMOS DE BIOSINDICALISMO

Por todo ello, sin querer despreciar el origen y el sentido del sindicalismo obrero tradicional, hemos empezado a hablar de biosindicalismo. Nos hemos atrevido con este palabra porque nos inspira y nos resulta provocador. Más que un concepto cerrado, es una propuesta de indagación en el terreno entre la vida y el sindicalismo.

El biosindicalismo sobre el que estamos reflexionando excede la pelea por los derechos laborales: es una forma de lucha por el **derecho de todas las personas a tener vidas que merezcan la pena y, sobre todo, la alegría de ser vividas**. Porque luchamos y queremos seguir luchando por **todos los derechos que se juegan en la vida cotidiana**, y de ahí el juego con el prefijo «bio-».

Así, tal y como lo vamos construyendo entre nosotras, el biosindicalismo aúna formas de organización colectiva del llamado sindicalismo social y del origen político del sindicalismo obrero, englobando la lucha por los salarios, la jornada y las condiciones de trabajo, pero también por otros derechos que consideramos igual de fundamentales: el derecho a una vivienda decente, a unas condiciones materiales básicas para tener una vida digna, el derecho a migrar, el derecho a la salud y al cuidado, el derecho al placer, a vivir vidas sin violencias de ningún tipo, a participar activamente de la vida colectiva, a vivir de forma sostenible en este planeta de recursos limitados y expoliados...; en definitiva, el derecho de todo ser humano a vivir vidas que, con su complejidad natural, pues tampoco somos unas ingenuas, merezcan la alegría de ser vividas. Creemos firmemente que esto es posible, pero pasa por cambios radicales en las formas en las que se organiza el sistema en el que vivimos: un sistema patriarcal, capitalista, racista, homófobo, un sistema que consume vidas, humanas y de todo tipo de especies, en lugar de sostenerlas.

SOBRE ESTE CUADERNO

Como primer tanteo sobre el biosindicalismo, hemos querido escribir sobre los cinco lemas que han vertebrado nuestra lucha y sobre la metodología de trabajo que nos sirve para organizarnos y darnos sostén, porque **nosotras nos hemos tenido que sostener para organizarnos políticamente**. Queremos compartir nuestros aprendizajes y nuestras formas de hacer con toda la gente y colectivos a los que les pueda ser útil.

Tanto los lemas como la metodología los hemos ido construyendo entre todas las territorias, con la sabiduría de cada una, con la diversidad que nos caracteriza como colectivo mestizo, con las dificultades que hemos atravesado y los aprendizajes obtenidos, con la alegría y el amor que hemos puesto en nuestros vínculos como forma política de construir común, de hacer de lo personal lo político, siempre desde la práctica, desde el «acierto-error».

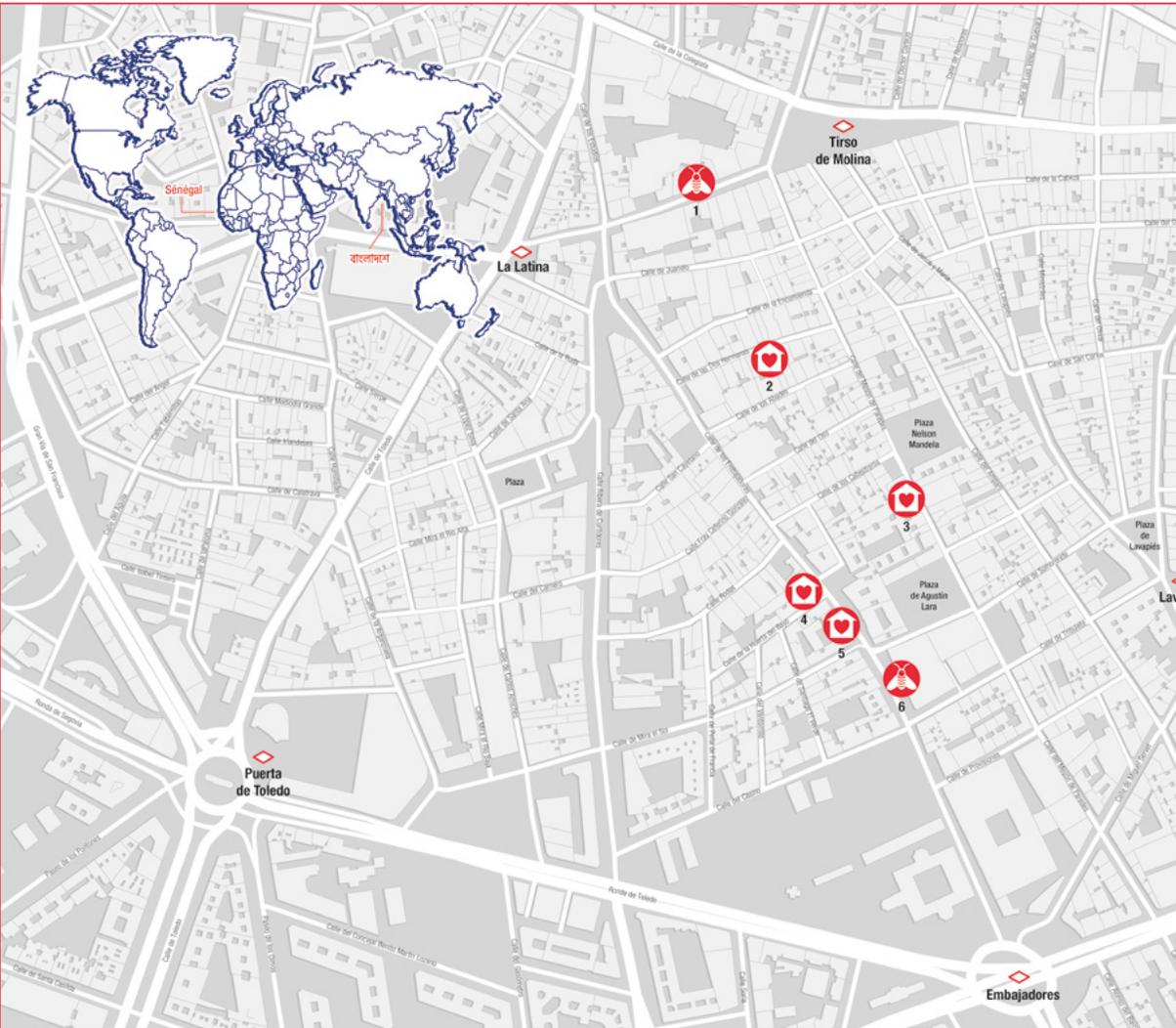
Cuando nos preguntan cuántas somos en Territorio Doméstico, nos cuesta responder en términos cuantitativos. Nuestra fuerza no está en el número de trabajadoras del hogar que forman parte de nuestro colectivo, pues territorias somos muchas: las que estamos —veinte unas veces y noventa otras—, las que estuvieron y se retornaron a sus países, las que vienen cuando pueden, las que salen y entran pues sus condiciones vitales no les permiten participar de continuo en el colectivo, las que siguen llegando, las amigas de las amigas que nos acompañan en nuestras acciones... Como dice una compañera, «cada una de nosotras somos Territorio, lo llevamos con nosotras, aquí y allá». Cultivamos esa indefinición, porque no pasamos lista, cultivamos el vínculo y a veces se ensancha incluso más allá de las fronteras.

Hemos creado una identidad que nos acompaña, que creamos y recreamos a medida que hacemos, que luchamos. Porque Territorio Doméstico, más que un lugar o una organización, es una forma de estar y luchar juntas que tiene que ver con nuestra manera de entender la política y con determinadas maneras de hacer. No es una identidad cerrada, sino que está abierta, está en movimiento, pero sí tiene un «ADN», unos ejes conformadores que tienen que ver con la historia del grupo de mujeres que, en todos estos años, más de trece ya, hemos sido territorias.

Además, nuestra historia siempre ha estado entrelazada con otros espacios organizativos y colectivos cómplices, como la Agencia de Asuntos Precarios, Ferrocarril Clandestino, la Red Interlavapiés o Senda de Cuidados, con quienes parimos y sostenemos el Observatorio Jeanneth Beltrán de Vulneración de Derechos en el Empleo de Hogar y Cuidados. Mucho de lo que contamos aquí es fruto de construcciones y proyectos colectivos realizados junto a ellos.

En todo esto creemos que radica nuestra diferencia, la que queremos compartiros en este cuaderno a medio camino entre la historia del grupo, la guía organizativa y el texto político, hablando de nuestros reclamos principales y de nuestra manera de hacer, de las herramientas del biosindicalismo feminista que practicamos desde nuestros territorios domésticos.

Mapa Lavapiés, Iconoclastas





Desigualdad Económica

Racismo Xenofobia Segregación

ayudar a un x vecin

redactar un manifiesto

hacerse cargo de los niños de personas cercanas

Antifa

recaudar dinero

donar dinero a campañas y redes de apoyo

defender los servicios públicos

regularización

Redes de Defensa Servicios Públicos Comares
Tatacalera
Red de Cuidados
Dragonal
Teatro del Barrio
Fauzari
AMM

plata
te
pe
al
la

er
ios repartir
os comida
ón ya
de merma
de los servicios
públicos

le
de los
públicos
(Blanca)
AFAS
de las
La Cuba,
para transfe
Bea Must
PROFESOR

- red de interpretes
- convocar una asamblea
- apoyo tecnológico
- tocar música juntrxs
- hacer comida para otrxs

mar por
teléfono a
personas mayores
solas
imentar
comunidad

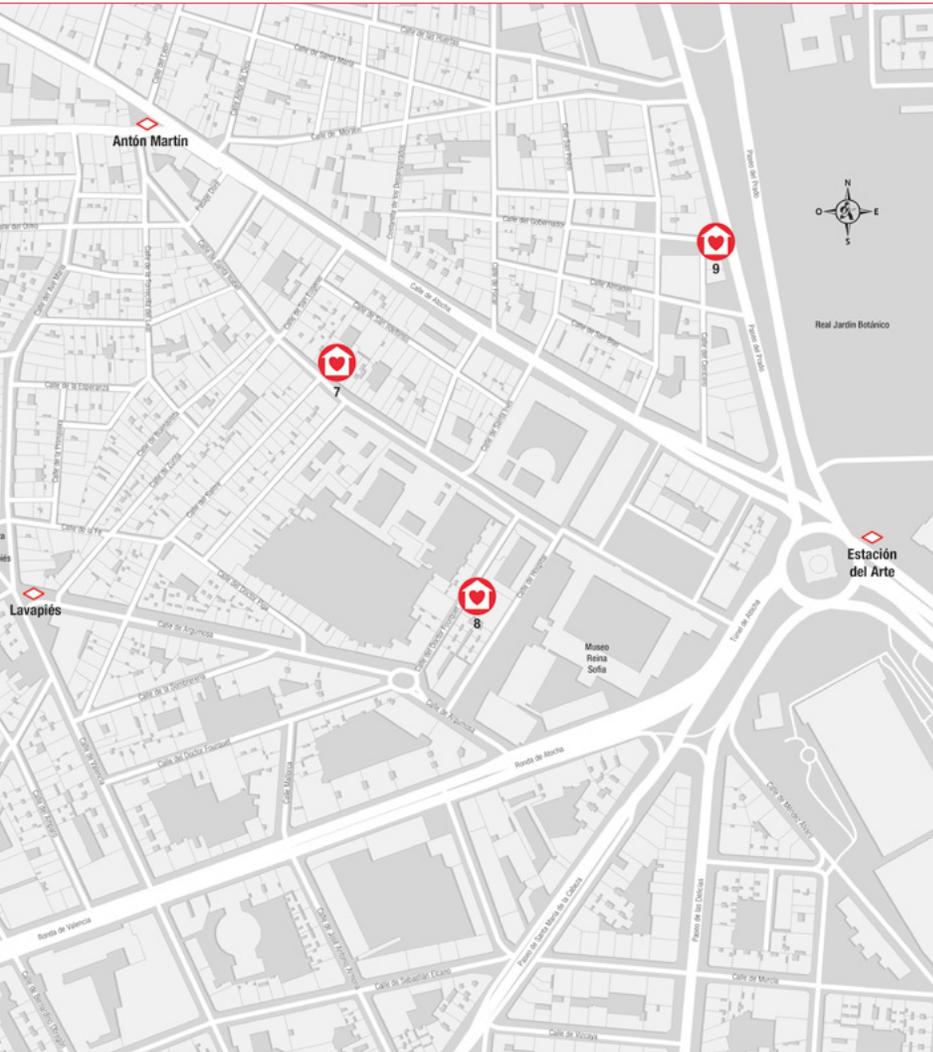
- compartir experiencias

fuerte presión
inmobiliaria.

represión
policial
constante



Mapa Lavapiés, Iconoclastas



Legenda

-  Centros sociales y culturales, casas de acogida, casas okupas, etc.
-  Acciones, huelgas, recuperaciones, ocupaciones, enfrentamientos, etc.
-  Cooperativas, organizaciones, sindicatos, colectivos, etc.
-  Manifestaciones, movilizaciones, performances, etc.
-  Redes de cuidados y autocuidados, acompañamiento, salud pública, etc.
-  Racismo institucional, violencia policial, redadas, desahucios, etc.
-  Xenofobia, atentados racistas, acciones de odio, amenazas, etc.
-  Especulación inmobiliaria, gentrificación, turistificación, etc.

Estas señalizaciones son sugerencias para empezar a trabajar; se pueden crear iconos (para ello hay pegatinas en blanco), marcar con colores, dibujar, rayar zonas, etc.; siempre referenciando la señalización debajo del mapa.

A manera de orientación

Este mapa está disponible para ser utilizado e intervenido a partir de las dinámicas propuestas en el reverso del desplegable, o a partir de nuevos planteamientos surgidos en la organización de un espacio de reflexión colectiva.

Para empezar a mapear, puedes realizar un resumen de los principales hitos que surgieron en el panel y señalarlos en el mapa.

Necesitas rotuladores de colores y lápiz, y montar un espacio de trabajo junto con otras personas. **Cuentas con una plancha de pegatinas-íconos que sugieren algunas categorías a señalar** (en el apartado "Legenda"). Puedes dibujar otros iconos o ajustar las categorías previstas.

Recuerda que el mapa es un medio para comunicar de manera más clara situaciones que acontecen en un territorio. Por ello recomendamos **colocar las pegatinas-íconos en el sitio señalado, luego colocarles un número o dibujar una línea hacia la franja de renglones que se encuentra debajo**, y finalmente escribir en esa zona algunas palabras que amplíen la información o puntualicen alguna situación concreta.

Ten en cuenta que si dispones de varios ejemplares puedes generar numerosos mapas, abordar variadas temáticas y trabajar con diversos participantes.



1. NUESTROS RECLAMOS

Las cinco consignas de las que vamos a hablar las hemos elegido entre las que solemos utilizar por su poder de sintetizar y comunicar. Todas están conectadas entre sí. Estos lemas narran también la historia de Territorio Doméstico: cada lema surge en una coyuntura concreta, está relacionado con un debate que hubo en el colectivo. No es nada cerrado o acabado, son tanteos, lemas que estamos transitando en nuestro hacer discurso común y todos hablan de nuestro día a día.

DESDE LA LÁSTIMA NADA, DESDE LA DIGNIDAD TODO

A las mujeres trabajadoras del hogar nos estigmatizan. La mayoría de las personas piensan que somos analfabetas, ignorantes o personas sin preparación ni estudios. Creen que no somos capaces de hacer nada por nosotras mismas más allá de ser «sus chicas», «sus chachas». Niegan nuestros conocimientos, capacidades y saberes. Pero todas nosotras tenemos nuestra historia, tenemos vidas propias y grandes luchas antes de migrar y en el mismo momento de hacerlo, pues el proceso migratorio ya de por sí es una lucha diaria. Pero necesitamos apoyarnos entre nosotras, necesitamos energía colectiva y conocimientos para sacar toda nuestra fuerza. No queremos que hagan las cosas por nosotras, no queremos que nos victimicen. No queremos que nos regalen nada.

Por eso decimos: «Desde la lástima nada, desde la dignidad todo». Y desde el primer momento hemos querido salir a la calle con nuestro poderío para decir alto y claro que nuestra lucha es una cuestión de justicia social, no de caridad ni de asistencia social. A quien nos trata de pobrecitas migrantes le decimos: «Estamos trabajando en algo que es común contigo, que te afecta y afecta a tu familia y a toda la estructura social, ¿por qué partes de la lástima?».

El discurso de *pobrecitos inmigrantes* en el fondo es el más cómodo, porque se suele hablar así desde lo ajeno, algo que no tiene nada que ver contigo, como si se tratara de una desgracia que sucede allá lejos, porque, claro, la gente tiene que huir de la miseria

para dar de comer a sus familias. Pero, si partimos de un análisis político crítico, la cosa cambia, te interpela, te obliga a pensar qué lugar ocupas tú y qué puedes aportar o no a este engranaje de relaciones económicas entre los «sures» y los «nortes», de políticas migratorias y de fronteras que son útiles, muy útiles, en esta parte del mundo.

La lástima en el fondo está atravesada por el imaginario de las criadas, con la idea de que, por ser india o negra o mestiza, por ser de un «país subdesarrollado», tu destino es este, esto es lo que te toca. Desde ahí, se pasa muy rápido del *pobrecitas inmigrantes* al *nos invaden los inmigrantes*. Hay gente que se cree que te está haciendo un favor cuando te contrata por cuatro duros o cuando te dan ropa que ya nadie quiere: creen de corazón que te están ayudando. Pensemos en una típica redacción de noticia: «La pobre mujer cayó desde el quinto piso porque estaba limpiando la ventana de la casa de un ejecutivo». Parece un desastre natural, inevitable, como si el ejecutivo en cuestión no tuviera nada que ver.

Nosotras no queremos nada desde la lástima, porque queremos romper con ese miserabilismo. Queremos romper con el racismo y el clasismo encubierto que esconden este tipo de discursos. Con esa manera paternalista con la que tantas veces nos vienen a explicar en nuestro trabajo qué es una lavadora y cómo funciona. O con la que nos clasifican por nuestra nacionalidad: «Las ecuatorianas son muy buenas para los niños porque son muy cariñosas», «Las rumanas son estupendas para la limpieza porque son muy fuertes». Nosotras no somos un plumero: somos trabajadoras del hogar y muchas cosas más.

No me hagas favores. Siéntete afectada por esta situación global de la que participamos unas y otros desde posiciones desiguales. Mírame como una igual, distinta, diversa, pero una persona igual que tú.

SE ACABÓ LA ESCLAVITUD. ¡TAMBIÉN EN EL SERVICIO DOMÉSTICO!

Entendemos que el trabajo del hogar es una forma de esclavitud en el siglo XXI. No es la única, pero actualmente es una de las formas más intensivas y extensivas. Intensiva porque en el caso de las personas que están internas implica las veinticuatro horas del día y seis días a la semana; extensiva porque está normalizada, es un engranaje en el que hay mucha gente involucrada y está normalizada. Nadie se escandaliza si alguien dice que ha contratado a una persona interna. Hasta se dice, como quien no quiere la cosa: «Tengo una interna» o «Coge una interna», como quien se compra un bolso.

Hay muchos elementos de la relación de esclavitud que se cuelan en el trabajo del hogar. En primer lugar, la manera en que, al hablar de ti, dicen «mi chica»: te infantilizan y, a la vez, se refieren a ti como si fueses de su propiedad. Es como un viaje en el tiempo

a siglos atrás. El racismo y el clasismo se entrelazan para no reconocer al ser humano completo que somos cada una de nosotras y dejarnos reducidas a ser eso, «sus chicas», por más que tengamos treinta, cuarenta o más de cincuenta años.

También hay esclavismo en la manera en que disponen de nuestras energías sin la necesidad de negociar nada: te contratan para un hogar, pero luego te acaban mandando a todas partes —la oficina, la casa de la suegra o del hijo recién emancipado que nunca aprendió a lavarse los calzoncillos—. En el momento del contrato es habitual minimizar la tarea: «Tendrás que ocuparte de los niños y si te queda tiempo pues limpiar un poco». Ese «limpiar un poco» se convierte en llevar la casa entera, con todas sus responsabilidades, en un sinfín de tareas: «Hazme una tortilla de patatas», «saca la bolsa de la basura», «limpia los cristales»... Como si las tareas no llevaran tiempo y esfuerzo, como si tu horario de trabajo fuera un saco sin fondo. ¡Solo una esclava puede tanto!

En el caso de las trabajadoras en régimen interno esta dinámica se lleva al extremo. Es difícil poner límites, porque estás en sus manos. La manera en que te tratan, en que esperan que te asimiles a sus maneras, incluso a sus gustos, la habitación que eligen para ti, siempre la peor de la casa, lo dice todo del tipo de relación de servidumbre que esperan.

El uniforme es todo un símbolo en este sentido. Muchas veces son uniformes caros, porque de algún modo te conviertes en un símbolo de su casa y quieren que no desentones, como si de cara a la galería fuéramos un artículo más de decoración del hogar, un artículo que habla del estatus de la familia. Ahora, no vayas vestida de calle, que te dirán: «Pareces una señorita». Perdón, ¡es que somos señoritas! o, mejor dicho, señoras de armas tomar.

QUERÍAN BRAZOS, LLEGAMOS PERSONAS

Cuando llegamos a un trabajo, tanto de cuidado de niños y niñas como de personas mayores, entregamos nuestro esmero; somos seres humanos dispuestos a dar lo mejor que tenemos e intentamos que nuestro trabajo sea satisfactorio para toda la familia. Si nos encariñamos con las criaturas o si muere una persona mayor a la que hemos estado cuidando y con la que hemos estado conviviendo, sentimos el dolor y vivimos ese luto; pero, en cambio, nadie nos reconoce estas emociones: vuelven a deshumanizarnos.

También nos niegan todos los derechos. Nos niegan el derecho a enfermarnos: «Si usted sabía que se iba a enfermar, ¿por qué busca trabajo?». La idea de una empleada del hogar que saca a sus propios hijos al parque no entra en la cabeza. O que quiere ir al cine o tomarse algo en un bar. Nos ven como pura mano de obra a la que exprimir, alguien que va y viene de casa al trabajo y nada más, y a la que le basta un rincón con una cama y una televisión. No se dan cuenta de que esas manos que usan pertenecen a alguien y no están separadas de nuestra cabeza, nuestro corazón, nuestro cuerpo, que

somos seres humanos enteros y necesitamos como todo el mundo salud, educación para nuestros hijos e hijas, vivienda, ocio... Sí, también ocio: tener una vida social, amistades, parejas y momentos para pasarla bien.

Al decir «Querían brazos, llegamos personas», estamos hablando de esto. También de la ley de extranjería, que es la que nos cierra las puertas y nos reduce a ser brazos. Las fronteras se abren solo mientras nos limitemos a ser mano de obra barata, a servir a los demás, y no pidamos derechos ni aspiremos a tener una vida propia. «Querían brazos, llegamos personas» es otro modo de decir: «Ningún ser humano es ilegal». Vinimos porque nos necesitan, pero solo quieren un trozo de nuestra humanidad. También vinimos porque nos expulsaron de nuestros territorios, expoliaron nuestras tierras, nuestras fuentes de riqueza, nuestra supervivencia y la de nuestros pueblos, pero esto siempre se olvida. Se nos niegan la historia que dejamos atrás y la realidad que tenemos aquí. Se nos niega la posibilidad de hacer aquí una vida, de compartir con amigos, amigas, familia, de disfrutar de nuestra sexualidad. Como interna, se te niega la posibilidad misma de un hogar. Eso lo constatamos cuando nos despiden: no perdemos solo un trabajo, sino también un techo. Pero nuestros empleadores nunca se hacen cargo. Ni de eso ni de nuestras emociones cuando, por ejemplo, mencionamos que extrañamos a las criaturas o a la persona mayor que hemos cuidado.

Muchas veces, en los anuncios o en las entrevistas dicen que buscan una empleada del hogar «joven y sin cargas». Querrían añadir, aunque no suelen atreverse, «que no se enferme mucho». Buscan alguien sin humanidad, sin historia. Deshumanizar es lo más fácil para no tener que empatizar, para no ponerse en nuestro lugar, para pedirnos que respondamos como máquinas y poder tirarnos a la basura si «salimos defectuosas». Nos deshumanizan y nos quitan nuestras historias, como si al bajar del avión, en ese mismo momento, empezásemos a ser. Pero ¡nosotras ya éramos! Es importante reivindicar nuestra historia, aquello que traemos con nosotras y no desaparece al llegar aquí, sino que se conjuga con lo que encontramos para seguir evolucionando.

Esto sucede con toda la clase trabajadora, pero hay algo de lo que pasa en el espacio doméstico que va aún más allá. Porque nuestro trabajo no se reconoce como un verdadero trabajo. Lo que hacemos es una «ayuda». Aunque estés sacando a su madre adelante, cuidando a sus hijos e hijas, planchando, llevando la casa entera, dicen: «Es mi chica, que me está ayudando». Pues bien, hay quien se deja la vida entera prestando esa «ayuda», como muchas internas que después de décadas de trabajo aquí vuelven a su tierra a morir solas sin siquiera derecho a la jubilación y sin nadie que las cuide porque no pudieron construir una familia o la perdieron. Llamar a este trabajo «ayuda» es una forma de desvalorizar y desconocer todo lo que implica. Es puro machismo: una forma extrema de invisibilizar la importancia del trabajo que hacemos las mujeres para sostener la vida cotidiana.

SIN NOSOTRAS NO SE MUEVE EL MUNDO

Este es el primer lema de Territorio Doméstico. Está conectado con el discurso sobre los cuidados. Cuando hablamos de cuidados, no nos referimos solo a cuidar a una persona enferma, a las niñas y niños o a la gente mayor, sino a cuidarnos todas las personas, unas y otras, y cuidar la tierra y todo lo que nos rodea. Nos referimos a los cuidados como principio básico de la humanidad. Como seres humanos somos seres sociales, interdependientes, mercedores y dadores de cuidados. Cuidar forma parte de todos los procesos de la vida y si no lo hacemos, si nos desconectamos de lo humano y del resto de formas de vida de este planeta, de la tierra, si nos dedicamos a explotarlo todo, acabaremos no teniendo nada.

Lo que pasa es que los cuidados se han mercantilizado. Sobre la niñez y la vejez se ha montado un negocio lucrativo destinado a quienes pueden pagarlo, un servicio a muy bajo coste en condiciones la mayoría de las veces miserables. Y el resto, quien no puede permitírselo, queda abandonado. A esto lo llamamos la crisis global de los cuidados. Cuando la miramos de frente, es obvio que hacen falta cambios profundos. Con el lema «Sin nosotras no se mueve el mundo» queremos hablar de esto y, a la vez, poner en valor lo que hacemos. Decir que sin nosotras, las empleadas de los cuidados y del hogar y también las mujeres en general, no es posible sostener el día a día. Tal y como está montado todo, sin un sistema público que garantice el derecho al cuidado de toda la población, sin nosotras, las trabajadoras del hogar y los cuidados, sin la mercantilización y privatización desde los hogares de nuestro trabajo, no hay cuidados a las personas. Somos necesarias e importantes. Recordar esto es fundamental, porque muchas, cuando empezamos a ejercer este trabajo, lo hacemos con vergüenza, escondemos que somos empleadas del hogar. Las que tenemos estudios lo vivimos incluso como una humillación. Por eso es fundamental para nosotras trabajar no solo hacia fuera, sino también hacia dentro, revisar nuestras propias creencias, y dar y darnos valor por el trabajo esencial que hacemos.

Porque ¿qué pasaría si un día no trabajáramos? Mirar desde esta perspectiva nos permite visualizar que sostenemos la vida y su movimiento constante, que sin nosotras ni el más importante y poderoso de los hombres podría estar ahí ejerciendo su poder. Sin nosotras, las mujeres que cuidamos sin cobrar nada a cambio y las que además de hacerlo trabajamos en el sector del hogar y los cuidados, este sistema no funcionaría. El mercado, el capitalismo, necesita del trabajo de cuidados invisible, precarizado, feminizado, mal remunerado o no remunerado en absoluto para que la gente sea productiva en este sistema en el que solo lo que genera dinero, beneficio y lucro tiene valor.

A veces decimos: «Si yo no voy a trabajar, mi jefa no puede ir a su trabajo». Pero no queremos tampoco culpabilizar a otras mujeres, a nuestras empleadoras, porque esto tiene que dejar de ser un asunto de las mujeres. Dejar de lado la culpabilización pasa por nombrar el sistema heteropatriarcal. ¿Dónde están los hombres en toda esta historia? ¿Qué sistema es este en el que el trabajo más importante del mundo es el peor tratado?

Por eso, este también es un lema para todas las mujeres, no solo para las trabajadoras del hogar. Porque, si hemos podido salir de nuestro país, ha sido gracias a que otras mujeres, abuelas, tías, amigas, hermanas, se han hecho cargo de los cuidados de nuestras familias. Somos protagonistas de las cadenas globales de cuidados, que son cadenas de explotación y opresión y también de abandono. Los cuidados son imprescindibles ya, no es algo para mañana o para dentro de un rato, no puede esperar. Por eso, tal y como el patriarcado lo tiene montado todo, si no eres rica y tienes que trabajar, o te cubre otra mujer o a ver qué haces, cómo te las arreglas. ¡Y luego te llamarán mala madre si no encuentras una buena solución! Nosotras nos sentimos explotadas por partida doble: como mujeres y como trabajadoras del hogar. Y por supuesto también como migrantes.

Cuando decimos «Sin nosotras no se mueve el mundo» estamos pidiendo que se reconozca el trabajo de cuidados, estamos preguntando por qué este trabajo está peor remunerado, tiene menos derechos, es más invisible que la gran mayoría de los trabajos, sabiendo que la precarización se va extendiendo en este mercado laboral, pero aun así seguimos entre los eslabones más débiles, sufriendo esta precarización generalizada que es responsable de que muchas familias que precisan cuidados los contraten a precio miserable. Luchamos más allá de exigir la incorporación total del trabajo del hogar en el régimen general de la Seguridad Social, del derecho a recibir la prestación por desempleo tal y como cualquier otra persona trabajadora que cotiza, de acabar con la figura del desistimiento, una forma de despido que nos deja absolutamente desprotegidas. Hablamos del derecho de toda persona a ser cuidada y de la necesidad de cuidar a quienes cuidamos. Por eso también reivindicamos una reorganización de los cuidados. Queremos que los hombres asuman su parte de responsabilidad. Si los cuidados fueran reconocidos, si estuvieran bien pagados, este sector estaría lleno de hombres. Queremos que participe el Estado, que financie los cuidados, porque las familias no son empresas, la mayoría no pueden pagar todo lo que es preciso pagar. Igual que hay educación y salud públicas, debería haber un sistema público de cuidados.

POLITIZAR LAS OLLAS, LAS CALLES Y LOS DELANTALES

«Politizar las ollas, las calles y los delantales» es, quizá, nuestro lema más abstracto. Surge de las conversaciones con cómplices y amigas como Silvia Federici y el Eje de Precariedad y Economía Feminista, y de una nueva pregunta que va más allá del «Sin nosotras no se mueve el mundo», que es: ¿Qué mundo queremos mover?

Politizar para nosotras no es politiquear, hacer de políticas vacías o proyectos técnicos profesionales, sino partir de una visión crítica radical que vaya a la raíz de los problemas, que saque a la luz la explotación y opresión que sufren las mujeres en el espacio privado y que ponga de manifiesto que los cuidados son fundamentales. Es decir bien alto que las ollas, los delantales, las mopas, las escobillas, las aspiradoras, los carritos, etcétera, no

1. NUESTROS RECLAMOS

se mueven solos: ¡los movemos nosotras! Es sacar al espacio público objetos que están guardados en las casas y darles otro sentido. Es preguntarse por qué las cosas están montadas así e interpelar a toda la sociedad sobre cómo podrían organizarse de otra manera. Es pedir derechos y pelear por cómo queremos vivir: rompiendo con un sistema patriarcal, capitalista, racista y violento con las disidencias y generando otras lógicas en las que lo económico, el capital, no esté en centro, sino que lo estén la vida, la gestión de lo común, de la diversidad y la justicia social.

Es un lema que habla de una vuelta de tuerca en la toma de conciencia política dentro de Territorio Doméstico. Cuando politizas generas procesos de toma de conciencia y esto tiene un valor grandísimo. Politizo mi olla cuando me doy cuenta de que la forma de regular el trabajo doméstico nos afecta a todas, no solo a las trabajadoras del hogar: si en este mercado de trabajo, que establece lo que tiene valor económico y lo que no, conquistamos el reconocimiento del verdadero valor del trabajo de los cuidados, esto genera efectos en otros ámbitos. Politizo mi olla cuando peleo para que coticen por mí en la Seguridad Social. Politizo mi olla cuando, con las formas de reivindicar que tenemos, movilizamos las conciencias de otras y otros. Politizo mi olla cuando me doy cuenta de que no soy la única a la que jode trabajar en condiciones de mierda como empleada del hogar o ser la única que cuida en la familia: es algo que también jode a otras mujeres que, como yo, tienen que e incluso quieren cuidar, pero también quieren tener tiempo para ellas, para filosofar o escribir el libro de su vida o simplemente para disfrutar de las cosas buenas de la vida. Politizo mi olla cuando dejo el camino fácil de contratar trabajo de limpieza a precio irrisorio porque el tío con el que convivo no hace su parte y yo no quiero pelear más con él. Politizo mi olla cuando saco ese malestar a la calle, cuando saco mi rabia, mi decepción y también mi fuerza, cuando sé que hay muchas mujeres que están sintiendo como yo y que todas queremos un cambio, que este mundo gire de otra manera. Politizo mi olla cuando constato que no quiero mover este mundo patriarcal, capitalista y racista, sino otro mundo.

Politizar es el arte de la convivencia, de sostener lo común. Es preguntarse cómo queremos organizar la vida juntas. No hay nada más común, interrelacionado y colectivo que los cuidados como tarea humana; así ha sido siempre desde el principio de la humanidad, pero a día de hoy los cuidados se han individualizado, se han convertido en una sobrecarga que cada mujer tiene que solucionar por su cuenta: se han privatizado y mercantilizado. En cualquier momento de nuestra vida necesitamos cuidados, no solo cuando somos ancianas o menores. El capitalismo propone todo el tiempo soluciones individualizadas, cuando para cuidar necesitamos a la manada. Nos han dejado solas a las mujeres, a las trabajadoras del hogar y los cuidados y también a las familias que no tienen recursos para pagarnos un salario decente. Nos han dejado a mucha gente fuera de unos cuidados que el Estado debería cubrir. Hay un vacío, pero ese vacío no puede cubrirse a costa de nuestra salud y nuestra humanidad, es preciso darle la vuelta a todo, poner el mundo patas arriba.



2. NUESTRA MANERA DE HACER

Decíamos al principio que nosotras, para organizarnos, nos hemos tenido que sostener. A lo largo de nuestro camino de lucha, nos hemos encontrado con muchas dificultades. Muchas compañeras trabajan de internas y solo libran un día a la semana o incluso uno al mes; otras tienen largas jornadas, se les acumulan las preocupaciones y el dinero no les llega para pagar el billete y venir a la reunión. Hay mucha movilidad, porque los trabajos cambian y de repente a una compañera que venía mucho le cambian los horarios o se tiene que ir a otra ciudad para encontrar empleo. Esto hace que a veces seamos muchas y otras muy pocas. Nos toca aprovechar los tiempos escasos de encuentro que tenemos y a veces nos vemos llamándonos a horas intempestivas para resolver algo o tomar decisiones. La inestabilidad de nuestras vidas y de la vida del colectivo nos ha obligado a ir muy despacio, cuidando mucho del proceso.

Poco a poco, sobre la marcha, hemos ido tejiendo una manera de hacer. Escribiendo este cuaderno, han salido cinco ejes fundamentales que articulan lo que podemos llamar nuestra metodología. Queremos compartirlos por si inspiran a otras: **luchar para todas, hacer con lo que tenemos, la práctica de nuestros saberes, acuerpar la lucha y el apoyo mutuo**. Ilustraremos algunos de estos elementos con herramientas concretas que utilizamos y otros con historias de vida de compañeras del nuestro colectivo.

LUCHAR PARA TODAS

Una filosofía de Territorio Doméstico es: luchamos por y para todas. Vamos despacio, mirando siempre a otras compañeras del grupo para que nadie quede rezagada. El proceso es muy importante: ir urdiendo un mismo sentir a partir de las cosas e historias que compartimos. Siempre abrimos, no nos cerramos en lo ya aprendido e intentamos recoger las aportaciones de todas. Así, llevamos la lucha por los derechos más allá, porque para nosotras son fundamentales los «qués», pero también los «cómo».

Cuando hacemos una propuesta de reclamo o manifestación, o sencillamente cuando sacamos un comunicado, lo hacemos pensando en que somos una con todas: *con papeles, sin papeles*, autóctonas y migrantes, jóvenes y mayores, creyentes de diferentes credos y ateas, desde la implicación de todas, haciendo realidad la consigna de que «Lo personal es político» y aprendiendo a integrar nuestra diversidad, a veces incluso sin proponérselo, puesto que nuestra forma de hacer se basa en los vínculos en los que siempre, de una forma u otra, está presente la diversidad de cada quien. Somos, como dice una compañera, como una macedonia con todos los sabores, olores y colores diferentes.

Cuando logramos avances, los que nos importan son los avances que son para todas: para las que estamos en ese momento, pero también para las que, por sus circunstancias de trabajo, no pueden estar presentes y, sin embargo, nos transmiten sus energías y fortalezas para seguir construyendo; o para las que aún no llegaron, pero queremos que lleguen, que se sumen a la lucha.

Ponemos mucha atención en que la autoridad personal circule, en reconocérsela a cada territoria. No podemos ni queremos negar que es cierto que entre nosotras hay iconos de nuestra lucha, compañeras con una gran visibilidad pública, pero quién lo es y quién no tanto —porque no tiene tanta proyección pública como territoria— depende de muchas cosas: del recorrido dentro de nuestro colectivo, de la disponibilidad de tiempos y energías para dar la cara en nombre de todas; sin embargo, esto es algo que siempre enfocamos e intentamos que los liderazgos circulen, dando espacio para que las nuevas compañeras puedan sacar su voz y salir a representarnos, que puedan volar para que encuentren un lugar de reconocimiento y para que nuestra visibilidad sea colectiva.

El empoderamiento es un proceso que pasa por muchas dimensiones, por las condiciones de vida de cada una, por recuperarnos del daño vivido. Este proceso, el ir aprendiendo unas de otras, el reconocer una autoridad que circula, el ir fortaleciendo la capacidad de cada una de ser vocera de nuestra lucha, es básico para nuestro colectivo y para las formas de hacer con las que nos soñamos y nos organizamos. No es sencillo, requiere revisarnos constantemente, afrontar los conflictos, asumir los costes y romper las lógicas de poder presentes, y más o menos conscientes, que se dan en lo relacional y organizativo. Requiere generosidad y humildad como herramienta política de construcción personal y colectiva, y precisa tener siempre presente que partimos de nuestras propias voces, experiencias, y que apostamos por la diversidad, por la verdad y la forma de estar de cada una, sin pretender homogeneizarnos en una forma de tomar la palabra, de estar en el espacio público, de representarnos. Claro que tenemos que impulsar este proceso, darnos herramientas para fortalecer nuestras capacidades y conocimientos y transmitir nuestros reclamos, respetando el ritmo y el lugar del que parte cada una.

Para esto es fundamental juntar nuestras voces, nuestros cuerpos y sobre todo nuestro corazón. Construimos relaciones de confianza que pasan por lo afectivo, con toda su complejidad, por la apuesta por los vínculos, por los compromisos acordados en común y las alianzas entre nosotras y con otros colectivos y redes.

Cuando hablamos de luchar para todas nos referimos también al proceso vivido de ir decidiendo dónde queremos estar y dónde no. Hemos ido eligiendo no participar en espacios donde te tratan como una usuaria ni en espacios donde funcionan lógicas utilitaristas, donde hay personas que buscan un beneficio para lucrarse o vivir de esta lucha, convirtiéndola en un modo de profesionalización y tecnificación, alejándola de lo político, defendiendo a las trabajadoras del hogar, pero sin querer realizar este trabajo porque de alguna manera no es digno, no es deseable. Obviamente, respetamos que cada cual busque su propio destino y luche por sus sueños, pero sin suplantar la voz de las propias trabajadoras del hogar. Por eso nos rechina tanto cuando nos encontramos con espacios así; nuestra historia no está exenta de conflictos e incluso enfrentamientos que conviven en paralelo con alianzas con muchos otros colectivos afines con los que vamos construyendo juntas discurso y formas de hacer política de otra manera.

Desde Territorio Doméstico intentamos proponer una forma de hacer diferente, porque creemos que ahí está la fuerza transformadora de lo colectivo, ahí está la fuerza que tenemos y queremos seguir teniendo. Nuestra manera de hacer parte de lo horizontal y por eso nunca nos oirán hablar de «mis chicas» o «mis usuarias». Aquí todas aportamos, todas aportamos con lo que cada una trae, porque la lucha es por la dignidad de todas. Y esta dignidad no es unos fondos para mantener una junta directiva ni es un contrato de trabajo como técnica, porque nuestro trabajo es digno, queremos mejorar nuestras condiciones laborales, su reconocimiento social, no escapar de su estigma.

Tampoco queremos quedarnos en las conquistas concretas que consigamos, como puede ser la ratificación del Convenio 189 de la OIT, que reivindicamos, por supuesto, porque es equiparar el trabajo doméstico con cualquier otro trabajo; pero ese no es el fin último de nuestra lucha¹. Se van resolviendo muchas situaciones, vamos obteniendo

1. El 16 de junio de 2011 la Organización Internacional del Trabajo (OIT) adoptó el Convenio 189 sobre trabajo decente de las trabajadoras y trabajadores domésticos con el propósito de garantizar protección al colectivo y así equiparar nuestros derechos laborales con los del conjunto de trabajadores y trabajadoras. Estamos en 2021 y aún no tenemos reconocidos, en igualdad de condiciones, derechos básicos como la prestación por desempleo, la equiparación en el cálculo de las pensiones, la inclusión en la ley de prevención de riesgos laborales ni la protección frente al despido, lo que vulnera la legislación española y comunitaria en materia de igualdad de trato y no discriminación.

El convenio ha sido ratificado por veintinueve Estados, entre ellos seis de la Unión Europea (Alemania, Bélgica, Finlandia, Italia, Portugal y Suecia), y quince países de América Latina. La lucha para que España ratificara el Convenio 189 ha sido y sigue siendo fundamental para nosotras, porque supone una herramienta, una columna a la que agarrarnos a la hora de exigir el reconocimiento de nuestros derechos. No obstante, creemos que la ratificación no significará terminar con la discriminación y la desigualdad, porque hay otras reivindicaciones que no están recogidas en el Convenio. Somos conscientes de que, para terminar con las discriminaciones, tenemos que cambiar de raíz la sociedad en la que vivimos, así que, cuando acabamos una lucha, está claro que hay que alistarse para empezar otra nueva.

algunas conquistas en nuestros derechos y esto es importante, claro, y hay que celebrarlas, pero seguimos y seguimos, porque el campo de acción se ensancha.

A lo largo de estos años hemos ido repensando nuestro trabajo. Empezamos llamándonos «empleadas del hogar», luego añadimos «y los cuidados» y más tarde sustituimos el «empleadas» por «trabajadoras» para acabar llamándonos «trabajadoras del hogar y los cuidados»; queríamos reivindicar que lo que hacíamos no era una actividad privada, un mero acuerdo de «ayuda» con un patrón, sino que realizamos un trabajo, somos fuerza de trabajo que se desgasta, porque ponemos la vida toda en lo que hacemos. Todos estos procesos de reflexión nos llevan a la conclusión de que las situaciones que vivimos las trabajadoras del hogar son de alguna manera un nudo del sistema que dice mucho sobre lo que pasa con los cuidados y con la situación de las mujeres en general. Por eso, la lucha por la mejora del empleo del hogar es un botón que dispara un cuestionamiento social mucho mayor. No se queda en una lucha laboral por una serie de derechos.

Hay muchas compañeras que, incluso cuando ya no trabajan como empleadas del hogar, siguen en Territorio Doméstico, porque sienten que la lucha de las trabajadoras del hogar es también su lucha, porque que consigamos el reconocimiento de nuestros derechos laborales y que se nos respete y valore nuestro trabajo es luchar para todas, porque el trabajo del hogar es una parte del iceberg de la discriminación de las mujeres y las personas migrantes y luchar para todas también implica que, aunque no seas empleada del hogar, entiendes las situaciones de injusticia de las otras compañeras como si fueran tuyas, pues nos incumbe a todas, no es algo ajeno, independientemente de que ya no trabajes como empleada del hogar.

En Territorio Doméstico también hay compañeras que no son ni han sido trabajadoras del hogar, pero sí hijas y nietas de empleadas del hogar o mujeres con otras profesiones que sienten que esta lucha también es suya. Que ellas sean territorias forma parte también de nuestro luchar para todas. Siempre ha estado muy claro que el protagonismo en Territorio Doméstico es de quienes son aquí y ahora empleadas del hogar, que nadie puede suplantar esa voz, pero las territorias que no son trabajadoras del hogar aportan un trabajo fundamental de sostén del colectivo.

Gestionamos nuestra diversidad partiendo de las diferencias materiales en las condiciones de vida entre nosotras, de la revisión de los privilegios de clase y raza, pero sin culpar, apelando a compartir los recursos y potenciales de cada una. Esto ha sido clave en la sostenibilidad de Territorio. Ninguna llegamos a todo y los horarios de las trabajadoras del hogar y sus condiciones materiales hacen que el apoyo en temas logísticos y operativos sea muy importante: unas nos dedicamos, con mucho esfuerzo y también disfrute, a representar públicamente al colectivo de trabajadoras del hogar, a participar en foros, etcétera, y otras a otras tareas también fundamentales. Entre todas comparti-

mos reflexiones y construimos nuestro discurso colectivo, nos cuidamos y hacemos de nuestro activismo un espacio de lucha, de apoyo y de alegría, de vínculos y afectos que son los que nos sostienen en el día a día. Y creemos que, en este mestizaje, en esta diversidad entre territorios, hemos sido una verdadera laboratoria. Hay gente que no se lo cree, que está convencida de que *las blancas* del grupo nos tienen manipuladas a las trabajadoras del hogar, pero esto es una falta de reconocimiento a nuestra libertad y a nuestras propias capacidades, y también lo es a la memoria de todas las generaciones de trabajadoras del hogar. Es no ver que el aprendizaje en la gestión colectiva de la diversidad es posible, no creer en la posibilidad de mestizaje en las formas de organizarnos y vincularnos, y obviar que el trabajo del hogar y los cuidados es un disparador para generar todo un cambio social que interpela a mujeres muy diversas, que es un lucha transversal que cuestiona y hace intersección con muchas luchas: contra el patriarcado, las fronteras y contra un sistema económico capitalista devorador insaciable de la vida.

En Territorio también hablamos mucho de las amigas de las amigas. A lo mejor se va a celebrar un juicio y hay que acompañar a la compañera que ha denunciado, pero por horarios de trabajo no podemos ninguna y llamamos a una amiga para que vaya ella. «Las amigas de las amigas» es un modo de nombrar nuestras redes de confianza, afecto, nuestras alianzas. No contemplamos la idea de una línea rígida que defina quién es de Territorio y quién no. Cuando desarrollamos acciones en la calle se nos unen muchas amigas de las amigas que no vienen a las asambleas, pero se apuntan a nuestras convocatorias, están al tanto de todo lo que hacemos, nos apoyan y, además, ofrecen referentes para compañeras recién llegadas de otras formas de relación entre migrantes y autóctonas, entre mujeres diversas. Como cantamos en una de nuestras canciones: «Juntas y revueltas, la vamos a liar». Y en este punto queremos dar las gracias a todas estas amigas de las amigas con las que la hemos liado, con quienes nos hemos enredado en todos estos años: la Red Interlavapiés, compañeras del 8M, del Eje de Precariedad y Economía Feminista, coristas malvalocas, la Eskalera Karakola, Precarias a la Deriva, Traficantes de Sueños y muchas otras².

Luchar para todas es, por tanto, compartir la lucha como proceso de crecimiento y aprendizaje: por las que somos, por las que estamos y por las que vendrán. Juntas y revueltas.

2 Todos ellos son colectivos y espacios del madrileño barrio de Lavapiés. La Red Interlavapiés (2004-...) es una red de apoyo contra las fronteras y la precariedad formada por personas de diversos lugares de origen, con papeles y sin ellos. La Eskalera Karakola nació como Casa Okupada de Mujeres en 1996; tras su desalojo en 2005, se trasladó a un nuevo espacio donde se rebautizó como Casa Pública Transfeminista y en la actualidad sigue poblada de iniciativas feministas. Precarias a la Deriva (2002-2005) fue un proceso de investigación-acción feminista desde y contra la precariedad. El coro de mujeres Malvaloca es un coro feminista nacido a principios de los 2000 en el Espacio Entredós y devenido nómada desde 2018. El Eje de Precariedad y Economía Feminista es un espacio de trabajo, pensamiento e intervención nacido al calor de la quincena de Lucha Feminista de Madrid «A por todas», en marzo de 2014. Traficantes de Sueños surgió como librería asociativa a mediados de la década de 1990 y, desde su traslado a Lavapiés a mediados de los 2000, ha sido parte fundamental del tejido asociativo del barrio.

HACER CON LO QUE TENEMOS

Con lo jodida, difícil y agotadora que es la precariedad vital en la que vivimos, hemos aprendido a sostenerla y, de alguna manera, a atravesarla colectivamente y hacer política desde nuestras propias carencias. Así, hemos aprendido en nuestras propias carnes cosas como que como seres humanos somos interdependientes, frente al individualismo y la libertad autista que nos vende este sistema, la centralidad de los cuidados para sostener la vida, la propia y la común, la violencia del capitalismo, la sinrazón de las fronteras; y desde ahí construimos juntas, desde nuestras cotidianidades, nuestra historia, nuestras luchas cotidianas y nuestros discursos. Creemos y nos apoyamos en esa experiencia de precariedad compartida reconociendo no solo nuestras carencias, que nos parece fundamental nombrar y enfocar, sino también la fuerza y las potencialidades de cada una y de lo colectivo.

Por eso no esperamos a tener las condiciones ideales para hacer las cosas, sino que utilizamos la creatividad y la improvisación para sacar lo mejor de lo que hay. Lo que hay son los horarios locos, el domingo como único día libre a la semana para muchas de nosotras, los cuerpos agotados, las imperfecciones de cada una, nuestras idiosincrasias... De todo eso sacamos verdad, con lo que damos como seres humanos, fuera de toda expectativa abstracta, poniendo muchas veces más de lo que podemos y aceptando también lo que no hay.

Tenemos muchas anécdotas que ilustran este «hacer con lo que tenemos», en particular con la pasarela de moda en el trabajo del hogar. Una vez íbamos a Móstoles en tren y en el mismo Cercanías hicimos el guion en un papel. Al llegar nadie entendía la letra, ni siquiera las que lo habíamos escrito. Mientras nos anunciaban, estábamos repartiendo los papeles. Hacía muchísimo calor, no funcionaba el micrófono, así que tuvimos que hacerlo «a pelo». Como éramos poquitas, hubo que doblar los personajes, porque con las que estábamos no había para todos los modelos... Aun así, nos aplaudieron a rabiar. En otra ocasión estábamos repartidas, unas en Carabanchel y otras en Ciudad Lineal, y también nos faltaban personajes; llegó la amiga de una compañera que no sabía nada y ahí mismo la enganchamos, le pusimos la peluca y salió. Le gustó tanto la experiencia que se apuntó a las reuniones. Esto no ha pasado ni una ni dos veces: muchas hemos debutado así en la pasarela o en otras acciones. A veces salimos y no tenemos ni las pelucas puestas o las llevamos del revés, porque como andamos justas de tiempo siempre nos vestimos de cualquier manera, detrás de la sábana, en el último momento. Siempre estamos en la cuerda floja y eso es todo un aprendizaje de confiar en nuestra energía y espontaneidad, confiar en las compañeras y, sobre todo, confiar en la potencia y en la manera de mostrar nuestra verdad con lo que queremos transmitir, que al final tiene mucho que ver con nuestro día a día.

Este *hacer con lo que hay* se aplica también al grupo: hacemos con lo que tenemos y hacemos con las que estamos, aceptamos que no todas tenemos el mismo punto de partida. Hay compañeras con las que no estamos de acuerdo en muchas cuestiones, como el aborto, pero nos escuchamos, nos respetamos, cuidamos los procesos y buscamos los puntos de confluencia. Así, sentimos que, más que *ser* feministas, *hacemos* feminismo todo el rato. Un feminismo popular, de base, callejero, no de escritorio.

Para nosotras, el feminismo no es un ministerio al que tú vas a poner una reclamación, no es un ente abstracto ni una bola mágica a la que te diriges para decirle: «Eh, ven a hacer algo por las trabajadoras del hogar». El feminismo es algo que se va construyendo y nosotras, como trabajadoras del hogar, hacemos y somos parte de los feminismos, del movimiento feminista, en diálogo con los feminismos que construyen otras compañeras desde otras posiciones. Nosotras nos sentimos parte del movimiento feminista porque participamos en diversos espacios de articulación feminista colectiva aquí en Madrid y, con nuestro hacer y con nuestras propuestas, creemos que hemos aportado a la agenda del movimiento reivindicaciones concretas, como la ratificación del Convenio 189 de la OIT a la agenda feminista. Hemos politizado el trabajo de las empleadas del hogar y los cuidados conectándolo con las propuestas y discursos de la economía feminista y llevándolos a algo muy concreto como es nuestra situación y cómo esta se enlaza con la reorganización social de los cuidados. En ese proceso, nos hemos encontrado y vinculado con muchas compañeras feministas y hemos aprendido unas de otras, desde la sintonía, el encuentro y también desde el conflicto, que asumimos como parte de la vida y de la construcción colectiva.

El feminismo nosotras lo pensamos en plural: los feminismos más que el feminismo. Es verdad que hay tensiones de diferente tipo: muchas mujeres de Territorio Doméstico no se sentían identificadas al principio con el feminismo y hemos tenido conversaciones polémicas sobre diferentes temas, pero buscando los puntos en común, pues creemos en el consenso, y hemos llegado a converger en muchas cuestiones. También hemos tenido polémica con mujeres feministas que salen a la calle a manifestarse, pero luego no son capaces de mirar a la persona que contratan para el trabajo doméstico y verla de verdad, ponerse en su lugar.

Atravesar las luchas feministas con otras, como la lucha por la vivienda, por el derecho a la salud, contra el racismo y las fronteras..., genera un feminismo transversal y estos son los feminismos que nos interesan.

Casa Publica de Mujeres
La Escalera Karakola n°52
Local A





QUER
BRAZ
LLEG
PERS

1132
RAVE

POR UNA
LEY
DE TRABAJO
DOMESTICO
DIGNA

¡NO A LA
ESCLAVITUD!

Los Cuidados
y
Empleo de Hogar
son
Trabajos

PORQUE SIN
NOSOTRAS
NO
SE MUEVE EL
MUNDO

Es ayuda familiar
no servidumbre



HISTORIAS

YA NO ESTÁS ACÁ, PERO ESTÁS (CARTA DE AMOR DESDE ARGENTINA)

Por Paula Calderón

Yo estaba en un proyecto audiovisual del barrio de Lavapiés que se llamaba Sin Antena. Me acerqué a la Eskalera Karakola y ahí conozco la Agencia Precaria, que era una propuesta organizativa que surge de Precarias a la Deriva³. Me involucro con ellas. La Agencia tenía cuatro patas y, en una de ellas, empezamos a trabajar con empleadas del hogar. Estaba todo muy pensado, muy escrito, muy organizado, porque las compañeras venían de un proceso largo de investigación-acción. Había una expectativa de quiénes iban a llegar, pero luego eso entró en diálogo con la realidad. Toda la planificación saltó por los aires. Y se sumaron o se cruzaron mujeres que venían de otros lugares, otras iniciativas: Cita de Mujeres en Lavapiés, la Red Ferrocarril Clandestino, etcétera.

Esto de cómo las expectativas, la organización que una hace de las cosas, entra en diálogo con la realidad, entra en tensión, es de hecho una constante en la historia de Territorio Doméstico. A veces, cuando se pudo transitar bien esa tensión con la realidad, salieron cosas buenísimas; cuando no se pudo, no salió nada. Si algo caracteriza a Territorio Doméstico es justamente la capacidad de transitar los procesos a partir de abrazar las derivas que van tomando. No siempre fue así, claro: a veces se nos trabó, no supimos. Pero nos permitimos pensar en lo que hacemos, nos dimos esos espacios para pensar en lo que queríamos y cómo nos sentíamos. Llegaba mucha presión desde fuera: hay que pronunciarse, hay que hacer, hay que producir..., y eso a veces te engulle; tuvimos varios momentos así, pero creo que la riqueza de Territorio Doméstico es que siempre había alguien que recordaba: «Eh, hay que juntarse y celebrar».

Y así han llegado muy lejos. Este año, en el Ministerio de Géneros de Argentina, uno de los materiales decía: «Sin nosotras no se mueve el mundo». Nosotras lo dijimos diez años atrás; no sé si lo recuerdan, cuando trabajamos los lemas, la imagen que nos representaba, fue el trabajo con el que nacimos como colectivo. Lo más importante es la confianza en nosotras, la confianza en lo que pase, la confianza en el grupo, en la grupalidad, e ir más lento. La afectividad política. Las cosas funcionan

3 La Eskalera Karakola es un espacio feminista autogestionado que nació en 1996 con la okupación de una antigua panadería abandonada en la calle Embajadores (Lavapiés, Madrid) por parte de un grupo de mujeres. Tras un largo proceso de lucha, el edificio fue desalojado a cambio de la cesión de dos locales en régimen de autogestión. Los nuevos locales se inauguraron en 2005 y uno de sus proyectos centrales fue la Agencia de Asuntos Precarios, continuidad organizativa del colectivo de investigación-acción Precarias a la Deriva (2002-2005).

sobre eso, la otra te importa, algo no funciona si no funciona para todas. Esperarnos entre nosotras es algo literal: en esto de «Nos juntamos un día que puedan todas», pero también «Amalia no está viniendo, ¿quién la llama?, ¿qué le pasa?»... No para echar la bronca, sino porque nos importaba qué le estaba pasando.

Cuando me llamasteis, me acordé de cómo salíamos de todas las reuniones. Recuerdo llegar después de uno de mis turnos de veinticuatro horas, llegaba a la reunión literalmente arrastrándome y salía como si me hubiera tomado cualquier cosa. Este efecto energético de llenar de sentido y alegría lo que hacíamos, y llevarlo también a nuestra vida.

También nos pasó muchas veces que nos sentábamos a preparar largos textos, presentaciones para charlas, preparación de las asambleas... Lo hacíamos muchas veces incluso en la cocina de nuestras casas a las horas que pudiéramos juntarnos, pero luego nadie seguía el guion que habíamos preparado y al final el resultado era mejor, lleno de verdad, sin chuletas ni apuntes.

Me fui de España hace ya seis años. Me sigo sintiendo de Territorio Doméstico. Cuando una emprende el retorno después de un viaje migratorio, entiende que en realidad es un proceso que empieza años antes de que una se suba al avión y no sabe cuándo termina. Yo me volví embarazada y eso también hizo que transitara la salida de Madrid muy poco consciente. Desde la distancia, desde la nostalgia y la sensación de seguir siendo parte, cobró mucho más sentido lo que habíamos vivido juntas. Cuando la crianza me dio un respiro y me pude reencontrar conmigo, descubrí muchas cosas que tenían que ver con lo que había compartido con ustedes. Algo que se construyó en el día a día, en las reuniones de domingo, en el caos de las territorias. De ese caos, que es una de las características de Territorio Doméstico, hay algo que aprendí con Rafa al llegar a la reunión con un orden del día, con un horario que se hacía imposible de cumplir, pues las compañeras iban llegando cuando podían, y era como «Así no se puede» y ella: «Tranquila, Paula, nosotras funcionamos así». Nunca hacíamos nada de lo planificado, pero lo que sucedía era mejor aún. Descubrir eso me sirvió para la vida en general: poder surfear la ola, poder acompañar lo impredecible. Una compañera que llegaba y contaba una situación X, poder acoger eso, fue un gran aprendizaje para trabajar en colectivo, para trabajar colaborativamente y para mi vida en general. Eso lo aprendí con ustedes y capaz que ustedes no se dan cuenta, porque cuando una vive algo no termina de valorarlo, pero es muy grande y muy transformador.

En Territorio Doméstico hablábamos de muchas cosas: de abuso, de migración, de cuidados... Al principio sin ponerle nombre. Luego aprendimos poco a poco a nombrar todo eso; creo que Silvia fue un aporte fuerte en este sentido. Esas cosas que

íbamos pudiendo nombrar daban mucho sentido a nuestro día a día. Recuerdo que en las primeras reuniones, a las que siempre venía gente distinta, con necesidad de contar, y en las presentaciones siempre surgía esto de «Yo no tengo problema, porque mi patrón me trata bien». Pero en ese «me trata bien» o «hay que aguantar», que es algo que también dicen mucho los compañeros senegaleses que están en la manta, se estaba hablando de colonización. Una en Europa ya vive como de presado, ya siente que tiene que estar agradecida por cualquier cosa: aunque coma pan duro, agradece. A partir de esas frases, «me trata bien» o «hay que aguantar», puedes ir desgranando cosa a cosa y van apareciendo los abusos, las discriminaciones. Recuerdo que decíamos: «Esto es feminismo, aunque no hablemos explícitamente de feminismo».

Desde allí siempre me habéis ayudado a sentirme parte mandándome cositas. No es algo que haga yo, sino ustedes, que siempre habéis sostenido el vínculo, habéis creído en él, lo hacéis conmigo y con otras compañeras que están lejos. Una se siente vinculada, porque lo decretáis: «Sos parte de Territorio Doméstico», como cuando me apoyasteis con la caja de resistencia. Tiene que ver con una voluntad de ustedes que quien se fue siga formando parte. Es vuestra manera de creer en la diversidad y de rebelarse a la territorialidad: Ya no estás acá, pero estás.

3. LA PRÁCTICA DE NUESTROS SABERES

Territorio Doméstico es como una escuela para nosotras. Todas hemos aprendido y crecido en este espacio colectivo.

Partimos de que lo que nos pasa es importante. Por eso compartimos nuestras experiencias, también lo que sabemos, y eso nos facilita el día a día, nos da herramientas para defendernos y a la vez nos refuerza y nos da valor.

Saber es una decisión personal que nos dota de argumentos. Poner en práctica nuestros saberes difunde y vigoriza el camino de la conquista de derechos para todas. Informarse, reunirse, capacitarse es esencial para poder expresar lo que con la vida misma pones en práctica, para sentir que tu vida importa, que eres única, que tienes mucho que aportar como gran sabedora de vida. Cada una de nosotras tiene una escuela de vida y un largo camino recorrido, y eso en Territorio Doméstico lo colectivizamos; así vamos construyendo entre todas un legado propio de saberes, para nosotras mismas y para dejárselo a las que vendrán luego.

Todas sabemos algo desde lugares diferentes y a veces incluso creencias distintas, pero el diálogo colectivo potencia nuestra capacidad de escucha, de construir criterios propios, de desarrollar consensos, de generar aprendizajes no dogmáticos sino inclusivos y seguir aprendiendo sin dejar a nadie fuera.

Cada compañera que llega a Territorio Doméstico tiene su propio proceso individual: se respetan los ritmos de cada una, se valora lo que cada una trae y cada una se va orientando hacia el espacio que puede reforzar con sus saberes. Las más antiguas amadrinan a las nuevas. Los talleres de formación ayudan mucho a identificar y asumir las potencialidades de cada una y facilitan la construcción y circulación de nuevos liderazgos en las diferentes situaciones.

En lo organizativo, aprendemos por ensayo y error, reflexionando sobre lo hecho, aprendiendo de nosotras mismas, de las otras y de nuestras alianzas con otros grupos, otras

organizaciones, otras amigas. Eso no significa que trabajemos «sin ton ni son», que no planifiquemos; al contrario, planificamos muy concienzudamente, aunque nos abrimos siempre a lo que luego acontece, a la necesidad u oportunidad que emerge en cada momento. Todas las asambleas y las participaciones en distintos actos tienen una preparación previa que hacemos rotando entre nosotras, aunque la improvisación y la adaptación a lo que va surgiendo en cada momento también son una clave fundamental.

La práctica colectiva de los saberes permite además reconocer la diversidad de experiencias y conocimientos que cada una trae, la diversidad de liderazgos y el reconocimiento de una autoridad que circula. Muchas veces nos pasa que, aunque algunas no lo veamos, el resto del grupo reconoce claramente las capacidades propias, los talentos de unas y otras, y sucede que, de repente, aunque una misma diga «No, esto no sé hacerlo, prefiero que lo haga otra», el grupo plantea un «¿Cómo qué no? Si esto lo puedes hacer genial a tu manera», y eso es muy potente, pues va generando cambios en la propia visión que tenemos de nosotras mismas y es un proceso de empoderamiento horizontal que nos enriquece individualmente y como colectivo y nos enseña a reconocer los recursos y habilidades propios de cada una y a gestionar y valorar nuestra diversidad.

La práctica colectiva de los saberes es la que, al mismo tiempo, nos hace construir significados compartidos, elaborados colectivamente. Así, hemos generado un discurso propio sobre los cuidados, la política y los feminismos que no es lo que dice ninguna experta, sino que ha nacido de nuestra experiencia, nuestras reflexiones y nuestro compartir.

Pelemos también nuestra presencia en actos públicos y en la calle de una manera empoderante y poderosa, para que no nos coloquen y no mostrarnos en el papel de pobrecita, de víctima, la que da «el testimonio»: somos expertas en muchos temas y queremos aparecer con nombres y apellidos, como tantas otras expertas.

HERRAMIENTAS

■ NUESTRA FORMA DE HACER ASAMBLEAS: ACOGIDA, RONDA Y TALLER

Hacemos nuestras asambleas el segundo domingo de cada mes. Siempre tienen un tema, algo que nos mueve, que puede ser coyuntural o más estructural: el Convenio 189 de la OIT, el 8M y los feminismos, un taller sobre derechos o sobre hablar en público, las huelgas de las mareas por la educación, por la salud...; estamos pendientes de todo lo que pasa. No es que venga una experta a contarnos, sino que partimos del diálogo entre las que estamos, de lo que cada una trae.

Siempre hay una planificación: dos o cuatro compañeras organizan qué actividad previa vamos a hacer, qué tema vamos a desarrollar, qué materiales van a hacer falta. Lo hacemos donde y cuando se puede, porque es autogestión pura, a veces incluso unas horas antes de la misma asamblea.

Desde siempre, al empezar las reuniones, sin haber quedado en ello, las compañeras traemos algo de comer y beber para compartir —algunas, algo que hemos cocinado en casa; otras, algo que hemos comprado de camino a la reunión—, y vamos poniéndolo en la mesa. Así también nos damos calor y nos celebramos.

En las asambleas casi siempre hay compañeras nuevas, a veces una, a veces seis, porque cada territorio, cada una de nosotras en su día a día, en la parada de autobús o en el parque, si se encuentra con una compañera trabajadora del hogar, la invita a la siguiente asamblea. Nosotras solo de mirarnos nos reconocemos, sabemos quién es una posible compañera de lucha.

No es solo invitar sin más: hacemos un trabajo previo, les contamos cuál es la historia de nuestro colectivo y por qué nos juntamos, y cuando llegan a la asamblea damos mucha importancia a la acogida. Siempre que va a venir una compañera nueva a la que hemos invitado, nos lo contamos por el chat y así tenemos una idea aproximada de las compañeras nuevas que llegan. Lo primero que hacemos al comenzar es acogerlas: nos presentamos, contamos quiénes somos, qué hacemos. Desde nuestra realidad, les explicamos que esta no es una organización al uso, que no damos servicios como una ONG, sino que venimos a compartir nuestras historias, nuestra vida, lo que tenemos y lo que reclamamos. Todas tenemos una historia propia y también mucho en común, y eso se lo hacemos saber contándoles nuestra historia y animándolas a hacer lo mismo, transmitiéndoles que su historia es la historia de muchas y compartirla nos hace más fuertes a todas, porque no estamos solas, porque somos muchas y juntas nos apoyamos y luchamos por nuestros derechos, porque no podemos ni queremos quedarnos paradas ante los abusos que sufrimos.

Nuestras historias personales van conjugándose, nos vamos reconociendo las unas en las otras, y esto hace que las compañeras nuevas se sientan identificadas, se sepan que no están solas y que somos un montón las que estamos en esta lucha.

Este es el inicio, cuando todas las compañeras nuevas se presentan y cuentan lo que quieren contar, lo que les nace en ese momento, lo que en ese momento están dispuestas a compartir. Una a lo mejor cuenta: «Yo soy de tal país». Otra llega y dice: «¿Saben? Nació mi nieto». Otra está triste... A veces hay historias muy duras que nos dejan impactadas, nos miramos pensando en cómo podemos echar una mano. En esos casos solemos hacer un acercamiento individual para ver cómo podemos darle apoyo. Nunca dudamos de lo que una compañera nos dice.

En todo esto somos muy respetuosas con las ideas, creencias, filiaciones políticas y religiosas de cada una. Respetuosas, pero tampoco nos privamos en una reunión de trabajar nuestras consignas reivindicativas y políticas. Dosificamos ambas partes: la acogida y la ronda de cómo estamos, y los temas que queremos trabajar en cada reunión entrelazando lo personal y lo político, porque partimos de nuestra cotidianidad y desde ahí construimos juntas.

A esta manera de compartir historias, de compartir cómo estamos, le llamamos ronda. Nuestro discurso político, nuestros lemas, nuestras canciones salen de las rondas. Porque en las rondas siempre hay dos momentos: uno de escucha y otro de elaboración. De cada nueva historia surge un lema, una modelo para nuestra pasarela, una iniciativa...

Cuando todas las compañeras ya nos hemos presentado y hemos hablado, normalmente antes de empezar a entrar en el tema de la reunión, dedicamos un tiempo a soltar la tensión, a bajar al cuerpo. Las compañeras que han organizado la asamblea plantean una danza, una dinámica de trabajo corporal, una canción para generar un espacio lúdico y mover la energía colectiva; esto hace posible que nos miremos, nos rocemos, nos sonriamos, bailemos y, en ese roce, en esas miradas, en esas risas y sonrisas, nos vamos identificando, reconociendo y vamos sintiendo que somos una y somos muchas.

Pasamos después a informar sobre las cosas en las que andamos, a compartir cómo van o cómo han ido: una pasarela que hemos hecho en un barrio las semanas anteriores, una charla o un taller que nos hayan planteado, cómo va el trabajo de alguna de las comisiones que montamos para tareas concretas... Después, vamos al tema que vayamos a trabajar y lo planteamos tipo taller, en grupos pequeños, con dinámicas sencillas y participativas. La idea fundamental es que en este trabajo de construcción colectiva cada una se pueda expresar como quiera y se sienta cómoda; por eso nos gusta utilizar el teatro, la música u otras técnicas expresivas,

para que la palabra no sea un obstáculo por no manejar bien el castellano ni por vergüenza a hablar delante de otras personas.

En algunos talleres, cuando el contenido es muy técnico, por ejemplo el que hicimos sobre el Convenio 189 de la OIT, proyectamos diapositivas sencillas sobre la parte más teórica: qué es la OIT, que es lo que regula; pero, aunque todo eso es importante, no es lo fundamental, sino qué traducción tiene esto en nuestra realidad, qué cosas concretas reivindicamos y cómo hacemos que llegue a cuantas más compañeras mejor. Lo trabajamos en pequeños grupos y planteamos una consigna para que cada una la desarrolle y después la esponga en su grupo y en la asamblea con la forma de expresión o la estrategia que decida: puede ser un dibujo, un pictograma, una escena de teatro..., cualquier formato que sirva para contar lo que cada quien entendió y lo que quiere compartir.

Una vez hicimos un mural con un árbol para narrar la historia de Territorio Doméstico, con todas sus raíces y ramas, y así esta historia se ha ido convirtiendo en una historia de todas, aunque no todas la hayamos vivido entera. También hicimos otro con una mujer árbol, donde las raíces eran lo que cada una sentía antes de llegar, la conexión con su tierra; el tronco, lo que tenemos ahora y lo que necesitamos para sentirnos estables; y las hojas, lo que nos anima a crecer.

Hemos hecho talleres sobre la historia de las mujeres y para plantearlo de forma cercana, no como algo ajeno, cada una de nosotras traía una lideresa de su pueblo o una mujer referente de su país que quisiera compartir con las demás. Hemos hecho talleres de tomar la palabra para perder el miedo a hablar en público, talleres de informática, de salud y autocuidado, compartiendo los trucos, las hierbas que usa cada una para curarse. Hemos hecho talleres de todo lo que creemos que nos puede servir.

Cuando terminamos la asamblea o el taller, nos pasa que cada una se siente más capaz de expresar algo que antes le parecía tan loco y tan raro, y cuando ya podemos contárselo a otras es una forma de liberarse del peso y esto nos da fuerza también. Esto es empoderarse: aprender algo y poder contárselo con tus propias palabras a otra compañera, eso que sucede al llegar y al irse de la asamblea sintiendo que no estamos solas, que somos capaces de seguir aprendiendo y luchando.

El conocimiento es poder. Saber nos hace sentirnos con un poco más de poder y nos da seguridad para ir a las casas a las que trabajamos y poder negociar nuestras condiciones, poner límites y también para salir a la calle a reivindicar. Cada cual viene por un motivo, pero todas salimos con mucha más conciencia de nuestras destrezas, que ni imaginábamos, y también salimos más contentas, más liberadas de la carga que cada una sostiene y con más esperanza. Salimos cansadas, sí, como llegamos muchas veces, pero también con las pilas cargadas de la energía de lo colectivo.

■ EL OBSERVATORIO JEANNETH BELTRÁN Y LA ESCUELA DE ACTIVISMO Y FORMACIÓN POLÍTICA

El **Observatorio Jeanneth Beltrán de Vulneración de Derechos en el Empleo de Hogar y Cuidados** lo creamos desde Senda de Cuidados⁴ y Territorio Doméstico en 2018 como una herramienta de incidencia política y denuncia sobre los abusos y vulneración de derechos que se producen en nuestro sector laboral. El nombre del observatorio es un homenaje a Jeanneth Beltrán, una compañera empleada del hogar sin papeles que murió en el año 2014 en Toledo como consecuencia del decreto de exclusión sanitaria de 2012.

Con esta iniciativa, impulsada y organizada desde las propias trabajadoras del hogar de Senda de Cuidados y Territorio Doméstico, pretendemos sacar a la luz las numerosas situaciones de desprotección que sufrimos en nuestro trabajo recogiendo testimonios, para sistematizarlos, difundir y ser altavoz frente a las instituciones públicas y la sociedad en su conjunto, de las vulneraciones de derechos que se dan en nuestro sector. Tratamos de articular herramientas y procesos de empoderamiento individual y colectivo, rompiendo con el aislamiento en el que vivimos las trabajadoras del hogar y cuidado por las características en las que se desarrolla nuestro trabajo en el interior

-
- 4 Senda de Cuidados nace a raíz de la crisis económica de 2008 y de las consecuencias que esta provoca en la precarización de las vidas de tanta gente. En este proyecto participamos desde el principio varias territorias junto con la Red Interlavapiés y compañeros de la iglesia de base. En 2012 constituimos Senda de Cuidados como entidad sin ánimo de lucro para ofrecer una alternativa de empleo a un colectivo especialmente golpeado por la crisis sistémica que vivimos, el de las personas migrantes sin papeles o en condiciones muy precarizadas. Y también como una alternativa a las agencias de colocación que participan del mantenimiento de la precariedad laboral de las personas que trabajan en el sector de los cuidados, porque desde la filosofía de Senda de Cuidados no se trata solo de proporcionar empleo, sino de hacerlo transformando la lógica del sistema, poniendo los cuidados en el centro de la vida. Optamos por un modelo asociativo, con apoyo de personas que no son empleadas del hogar, y no por una cooperativa de empleadas del hogar porque el modelo cooperativista, que promete muchas cosas, para personas que están en una situación de precariedad vital máxima, en un sector laboral con salarios bajísimos, sin acceso a la prestación por desempleo y sin capacidad de ahorro, no es viable: es un modelo con muchas exigencias tributarias y muchos costes iniciales que es muy difícil que empleadas del hogar podamos asumir, porque no tenemos capacidad de generar un fondo ni de pagarnos y sacar tiempos largos para los papeleos y otras cosas que una cooperativa requiere. Vivimos siempre en el filo de la subsistencia. Contábamos además con la experiencia muy próxima de compañeras que habían intentado montar una cooperativa sin resultado. Por todo ello, no creemos que sea una alternativa real que nos pueda dar mejores condiciones de trabajo en el día a día. Senda de cuidados es además una apuesta por dignificar el valor de los cuidados, invisibilizados, negados y recluidos en el ámbito privado, donde se convierten en un espacio de vulneración sistemática de los derechos sociales y laborales más básicos. Senda de Cuidados es una asociación dedicada a la formación y a la especialización profesional de las personas que forman parte de ella, pero, a la vez, incluye también una dimensión política. Esta iniciativa está sustentada sobre la reflexión en torno al significado de los cuidados en la sociedad actual, tomando en consideración los aportes fundamentales de la economía feminista. Desde esta perspectiva, los cuidados son algo positivo y valioso, desde el reconocimiento de que todas somos personas interdependientes que necesitamos apoyarnos las unas en las otras. Desde Senda de Cuidados queremos regular estas relaciones, dotarlas de dignidad y reconocerlas, también económicamente, con un salario justo. Valorar a ambas partes por igual: a la persona cuidadora y a la que necesita ser cuidada. Es por tanto recurso para cuidar de quienes cuidan, poniendo en valor su labor social y contribuyendo a que puedan realizarlo en las mejores condiciones laborales y profesionales posibles, pero también un recurso para las familias empleadoras que precisan cuidados, para cuidar a quienes precisan ser cuidados, con el que se ofrece una intermediación entre empleadores y trabajadoras y trabajadores de hogar para garantizar unas condiciones de trabajo dignas y favorecer la relación entre ambas partes, y también para abordar con las familias empleadoras un trabajo de sensibilización sobre la importancia y dignificación del trabajo de cuidados. Más información en <https://www.sendadecuidados.org/>

de los hogares. Partimos de la necesidad de contar con un espacio de seguridad, asistencia y acompañamiento jurídico y judicial en los procesos de denuncia, impulsando al mismo tiempo la autorganización de las propias trabajadoras del hogar y los cuidados para articular desde nosotras mismas nuestras reivindicaciones⁵.

Desde el Observatorio Jeanneth Beltrán decidimos poner en marcha la **Escuela de Activismo y Formación Política para Trabajadoras de Hogar Jeanneth Beltrán** con el objetivo de fortalecer las redes entre distintas organizaciones de mujeres trabajadoras del hogar, seguir aprendiendo juntas y consolidar una agenda política común. Es una propuesta, por tanto, dirigida a trabajadoras del hogar organizadas y mujeres migrantes activistas.

Las compañeras que hemos participado pertenecemos a diversos colectivos: Mujeres que Crean, Amalgama, Feministas de Parla, Grupo Turín, Red de Mujeres Latinoamericanas, Mujeres de Bolivia, Senda de Cuidados, Territorio Doméstico y el propio Observatorio Jeanneth Beltrán.

Para poner en marcha la escuela, la escolita, como nos gusta llamarla, montamos un grupo motor formado por unas ocho o diez compañeras del Observatorio (territorios y de Senda de Cuidados) que nos hemos encargado de diseñar la metodología de la escuela, los contenidos y toda la parte organizativa y logística para llevarla a cabo. Para encontrar el espacio donde realizar las sesiones de la escolita, como solemos hacer, tiramos de nuestras alianzas y desde la Fundación Rosa Luxemburg nos facilitaron un espacio donde cabíamos todas las participantes, más de veinticinco mujeres.

Desde este grupo motor, empezamos a pensar la escolita y a planificarla entre todas en el último semestre de 2019 para ponerla en marcha en enero de 2020. Las reuniones de preparación fueron muy ricas en debates y propuestas. Lo que nos planteamos desde el principio fue sistematizar y estructurar la formación en torno a las herramientas y habilidades que necesitamos para empujar la lucha, profundizar en el porqué de nuestras reivindicaciones, conocer mejor las leyes y mejorar nuestras capacidades para incidir política y socialmente y transmitir nuestros discursos. También nos parecía muy importante su metodología y enfoque pedagógico: partir del «saber que sabemos», pero también de la necesidad que tenemos de saber más, de estudiar, por lo que entendíamos que debía haber un compromiso individual no solo para asistir a las sesiones formativas, sino también para «hacer los deberes», pues para interiorizar lo aprendido y organizar el pensamiento es imprescindible un trabajo individual, además de colectivo.

Queríamos una escuela con mirada feminista transversal y participativa, compartiendo nuestros saberes e invitando a aliadas con formación específica y experiencia en los

5 Para más información sobre el Observatorio Jeanneth Beltrán de Vulneración de Derechos en el Empleo de Hogar y Cuidados, consultar <https://www.derechosempleodehogar.org/>

diversos temas que queríamos tratar: economía feminista, derecho laboral, extranjería, comunicación y portavocías, etcétera. Nos planteamos elaborar materiales de estudio accesibles para todas, documentación de apoyo clara y comprensible y también grabar las clases para poder repasarlas después, escuchándolas, por ejemplo, en el móvil, como herramienta que tenemos todas a mano. Nos propusimos hacer deberes individuales para afianzar después de cada clase lo que habíamos estado trabajando, hacer píldoras sobre nuevas tecnologías para aprender a manejar mejor las redes sociales y otras herramientas digitales como carpetas en la nube, etcétera. También nos propusimos hacer al inicio de cada sesión un repaso de lo visto en la anterior a través de dinámicas de role playing, imaginando que teníamos que dar una entrevista a medios de comunicación y explicar nuestras demandas colectivas. De esta manera, todas nos entrenaríamos en hablar en público y en hacer propio el discurso común en palabras de cada una.

Hablamos de la necesidad de problematizar la realidad desde un análisis amplio y crítico de esta, de exigir derechos para todas, de construir y compartir saberes juntas, de reconocernos como sujetas de derecho para hacer un trabajo de construcción colectiva y también para fortalecer nuestra estima personal.

Veíamos la necesidad de afianzar las redes entre mujeres organizadas, pues entendemos que más que nunca hay que construir acción política común, unificar lenguajes, resignificar términos y construir nuestros propios conceptos desde nuestras experiencias y saberes.

La escuela comienza con su primer módulo en enero de 2020, asistimos veintisiete compañeras, todas estábamos muy motivadas y expectantes. El desarrollo del primer y segundo módulo va perfectamente, pero el tercer módulo tuvimos que suspenderlo por el estado de alarma decretado a raíz de la pandemia de la COVID-19.

Las expectativas de cada una alimentaban el proyecto de la escolita. Por ejemplo, una compa que nunca había estado en un colectivo de trabajadoras del hogar asiste a la escuela porque dice que tiene familiares y amigas de Bolivia que trabajan, pero que no conocen sus derechos, que no tienen ni idea de nada, que con lo que aprenda aquí va a formar un grupo para contarles todo lo que aprendió. Cada una de nosotras tiene una idea, un proyecto, una propuesta, un compromiso con las demás.

La escuela en todo momento es un espacio de aprendizaje, todas siempre dispuestas a compartir saberes y con expectativas de aprender en cada momento: desde la bienvenida, la acogida y presentación de la escuela hasta las dinámicas para presentarnos e integrarnos «Yo soy... y mi lucha es...» o «El Puchero: sazonzando saberes» para resignificar y unificar conceptos, pasando por la experticia de Nieves y Arantxa, cruzando por las lecciones prácticas sobre nuevas tecnologías que nos daba nuestra compañera Ana..., logramos hacer las sesiones con el esfuerzo colectivo de todas.

4. ACUERPAR LA LUCHA

Desde Territorio Doméstico insistimos en que queremos hacer política de otra manera, a nuestra manera, sin recurrir únicamente a discursos intelectuales «elevados», hacerla desde nosotras, nuestros cuerpos y nuestros saberes. Creemos que esta política acuerpada funciona y transforma, pues transmite verdad, nuestra verdad. A esto le llamamos «acuerparnos», una de nuestras palabras favoritas.

Para nosotras, «acuerparnos» tiene varios significados o dimensiones; una de ellas tiene que ver con el apoyo y la acogida que nos damos, con celebrarnos. Los abrazos entre nosotras, pero también con otros grupos afines, son esenciales para nuestra lucha: poner el cuerpo en el vínculo, acercarse a las compas desde lo que nos une, reconocerse en la otra y generar confianza. Como dice una compañera nuestra: «Puedes ir a una organización de lucha por los derechos, pero en Territorio se te acoge; es un aprendizaje en la ternura, cuando a nosotras nos han enseñado a ser duras».

Nos acuerpamos frente a la soledad que generan el empleo del hogar y la migración, nos procuramos cuidado unas a otras y alegría. El cuidado es lo que nos mantiene en el grupo: volvemos por los abrazos y los buenos momentos que compartimos. Estamos muy dañadas y eso, los abrazos, la escucha, las risas y la empatía, nos fortalece. Cuando una compañera llega nueva, la apoyamos, le mostramos lo que hacemos y sabemos, y eso le da un espacio de pertenencia que le hace sentirse cómoda y segura. En otras organizaciones una se siente «calentando una silla», porque la junta directiva hace y deshace todo; pero en Territorio Doméstico tratamos de cuidar y ponemos el foco en que cada compañera encuentre un lugar.

Damos también mucha importancia a compartir individualmente unas con otras, a cuidar los vínculos: cuando una compañera necesita algo, ahí estamos, porque esto también es político para nosotras. Ya sea para algo de tipo material o emocional: compartir nuestros problemas, conversar, desahogarse o llorar..., porque otras lo hicieron antes con nosotras y sabemos que esto permite que la carga de cada una sea más liviana. Nos

hace sentir que la lucha no es solo por una misma, sino por muchas, que juntas combatimos nuestra soledad y nos protegemos de los sinsabores y abusos que vivimos.

Nos acuerpamos en distintos momentos para cargarnos de energía, teniendo en cuenta nuestros estados de ánimo y nuestras preocupaciones cotidianas, también nuestras maneras de estar, respetando los distintos ritmos vitales de cada una, las presencias y ausencias, sin pedir cuentas, sintiendo la presencia de quien estuvo y ahora está lejos o necesita un tiempo de desconexión, dando siempre la bienvenida a quien vuelve. Si alguien deja de venir, se la busca por si necesita ayuda, pero nunca se la regaña ni juzga y siempre, siempre, se la recuerda y celebra. Sabemos que necesitamos del grupo, pero también de nosotras mismas.

El baile, la música son un modo de expresión, nos permiten celebrar y darnos alegría, porque «si no podemos bailar, ¡no es nuestra revolución!». Cantamos y bailamos cuando nos encontramos. Además, con las compañeras con las que no compartimos la lengua, el baile y la música nos permiten hablar con el cuerpo y generar conexión.

Nos acuerpamos cuando salimos a las calles, fortalecidas por estar juntas y poniendo nuestros cuerpos por delante. Hacia fuera las canciones nos sirven para contar historias, nuestras historias. Salimos a la calle con las pelucas, el baile, las canciones y lanzamos mensajes que comunican con mucha fuerza aspectos materiales de la vida cotidiana: el acceso a la vivienda, a la salud, a las necesidades y derechos más básicos, la violencia machista... Con nuestro modo de ocupar la calle acuerpadas, poniéndonos en juego y comunicándonos desde nuestros cuerpos, mostrándonos como territorios diversos, con el ritmo y el compás de cada una, rompemos el cliché de la trabajadora del hogar pobrecita y generamos referentes para otras mujeres migrantes. Visibilizamos nuestros cuerpos, con sus curvas, sus achaques, sus edades, y lo hacemos con orgullo, trastocando la norma que solo considera bellos determinados cuerpos y poniéndonos en juego tal y como somos cada una, con la potencia que genera la energía de hacerlo juntas y con el poder transformador y comunicativo que tiene ser y mostrarnos como somos: mujeres fuertes, potentes, diversas, que luchan desde la alegría como arma política, hablando clarito con todo nuestro cuerpo y nuestra presencia.

HISTORIAS DE ACOGIDA Y AMADRINAJE

NADA QUE PERDER

Por Iris Portío

Me llamo Iris Portío, soy de Honduras y llegué a Madrid por las pocas posibilidades de trabajo que hay en Honduras. En Honduras y en toda América Latina vivimos esto. Soy una persona con preparación académica media. Traigo una trayectoria bien divertida: he trabajado en tres países antes de venir aquí. Trabajé como oficinista, como intérprete en el último país que estuve... Cuando regresé a Honduras, trabajé para una escuela del gobierno dando clases de inglés básico a niños desde primero de primaria hasta segundo de secundaria.

Actualmente trabajo en una casa como cuidadora: cuido de cuatro niños más su padre y su madre. Trabajo de empleada del hogar porque es la única opción cuando vienes aquí; no importa si tienes o no preparación, es lo único que te ofrecen. Cuando llegué no tenía ninguna expectativa, había tenido una trayectoria diferente y me había formado un panorama de cuál era el trabajo que se me iba a ofrecer. Pero pensé que iba a tener un trato humano, que iban a valorar mis conocimientos, la forma en la que yo me desempeñara, al cuidado de los niños y los adultos, porque, aunque fuera dura para mí esa experiencia, yo ponía en ello lo mejor de mí. La indiferencia que descubrí me pareció cruel. No hace falta que te digan cosas feas, basta con que te ignoren y te traten como a una silla. Puede ser porque nunca había sido empleada doméstica, pero fue un golpe duro y frustrante. Aunque los medios económicos no los tengamos, tenemos dignidad. No me imagino la esclavitud de antes, pero, si yo miro esta esclavitud de ahora, pienso en lo que debieron sufrir los esclavos de otras épocas.

Me tocó superarme a mí misma. Si tengo que ser sincera, me tocó superar mi ego. Me costó aceptar lo que yo estaba haciendo de la forma en la que estaba siendo tratada. También las largas jornadas de trabajo: llega un momento en que pierdes tu espíritu, porque hacen que te sientas como si fueras un robot, tienes que hacer las tareas como sea. Sientes que te esclavizan la mente, haces las cosas porque prefieres hacerlas a tener que enfrentar malas caras o reprimendas.

En el Congreso de Trabajadoras de Hogar de 2016, conocí a una mujer hondureña que tenía a sus espaldas tres másteres universitarios. Ahí se me cayó el orgullo y sentí que todas estábamos igual. La mayoría de las personas que venimos acá venimos con titulaciones, pero no nos queda más alternativa que el trabajo doméstico, porque la situación allá está complicada y porque la ley de extranjería no nos deja trabajar de nada más.

Llegué a Territorio Doméstico por Maite. Tengo problemas de artritis. No tenía empadronamiento y también por eso no tenía acceso a atención sanitaria. Una amiga me recomendó acercarme a San Lorenzo⁶. Conocí a Maite y sentí que me habían mandado un ángel, porque no me hizo el típico interrogatorio, sencillamente me preguntó: «¿Quieres empadronarte?» y me explicó todo para que pudiera hacerlo. Ese mismo día conocí a Carre. Fue un momento increíble.

Luego Maite me habló de Territorio Doméstico. Yo nunca había pertenecido a nada así, pero no tenía nada que perder y sí mucho que ganar.

Conocer Territorio Doméstico fue una de las experiencias más bonitas que puedo contarles. Desde el primer momento, me sentí parte. Habían tenido un taller, no me acuerdo de qué, y había una fiesta. Nada más llegar me dieron una pañoleta. Todas bailaban y me recibieron como si me conocieran de toda la vida. «Ahora vamos a comer», dijeron. Yo pensé: «Me voy, yo no traje nada». Pero no me dejaron: «Aquí compartimos todas». En ese momento sentí que estaba en familia. Este espacio es mi fiesta de vida. Me hace olvidar tantas cosas desagradables..., me ha aportado mucha alegría, me ha hecho volver a resurgir, nutrir mi cerebro. Porque cuando vienes y te encierras como interna, por más conocimientos que traigas, te entierran.

Para mí es superimportante estar organizada. Te sientes más segura, te sientes una persona que existe. Compartes con tus demás compañeras muchas dudas, muchos logros. El feminismo me da valor para defender mis derechos, los de todas, no solamente por las que vinieron ayer o por mí, sino por las que van a venir. Quizá las que lucharon ayer no disfrutaron los frutos que yo recojo hoy: así pienso que otras mujeres recogerán los frutos de nuestra lucha. Yo estoy segura de que el Convenio 189 va a ser realidad para las mujeres que vengan, las cuidadoras de los hogares.

FAMILIA CUANDO LA FAMILIA NO ESTÁ

Por Hipatia Gutiérrez

Me llamo Hipatia Gutiérrez. Soy de Ecuador, de Esmeraldas. Vengo de una familia muy normalita, pero me casé con un señor norteamericano que estaba en otro nivel económico. Estudié Psicología y luego trabajé en el Ministerio de Salud Pública de Ecuador. Mi esposo se enfermó del corazón y ya no podía trabajar; la situación cambió, pero yo no podía permitirme dejar a mis hijos sin estudios. En el Ministerio de Salud los sueldos no alcanzaban, los chicos estaban acostumbrados a un nivel de

6 San Lorenzo es un centro de acogida a personas inmigrantes situado en el barrio de Lavapiés, del que nacieron la Red Interlavapiés y el grupo Cita de Mujeres.

vida que ya no podíamos permitirnos. Así que yo dije que no y me vine a España. Mi plan era estar dos meses, hacer algo de dinero y regresar. Pero aquí sigo.

He vivido muchas situaciones muy dolorosas: trato humillante, mala alimentación, aislamiento, soledad, despidos a última hora de la noche que me han dejado durmiendo en la calle con cartones... Es muy duro ser una persona preparada y verte así, sin red para poder irte de una casa cuando te maltratan. A mi familia no le podía contar nada, porque mi marido sufría del corazón; él había sido un buen hombre y yo no le quería dar disgustos.

Después de diez años trabajando aquí, volví a mi país, pero justo falleció mi esposo y tuve que volver a España para cubrir las deudas que me quedaron. Mi premio son mis hijos: a ambos les pude pagar una buena carrera. Ahora tengo ya veintiocho años en esta Europa. España es para mí como una droga que me tiene atrapada. Ahora estoy sin trabajo, acogida por otra compañera territoria; ella y su familia me sostienen y me respetan en mis tristezas.

Conocí el grupo porque en la radio dijeron que iba a haber un congreso de empleadas del hogar. Era el Congreso de 2016, que se organizó en la Casa del Reloj. Me fui para allá. Cuando llegué, estaba todo lleno y ya no se podía pasar. Me quedé en la puerta esperando a que alguien saliera y, por coincidencias de la vida, de pronto salió justamente Rafaela. Se puso a hablar por teléfono y yo me dije: «En esta vida hay que ser cotilla». Pegué la oreja y ella hablaba del Congreso, así que, cuando terminó, la abordé. Me dice: «Espérate, te voy a conseguir pases», y en poco tiempo estaba dentro con chapa y todo.

Me sentí parte de Territorio Doméstico ese mismo día, cuando Rafaela me insistió en que me quedara hasta lo último para poder darme orientaciones. En tres minutos me contó todo lo que el grupo había logrado y me insistió en que fuera a la siguiente reunión. Allí me presenté, me senté en una silla bien cerca de la puerta. En un momento empecé a ver que sacaban mucha comida, platos de mi tierra. Para no sentirme mal, les dije: «Yo doy dinero». Pero me dijeron: «No, no», y ahí ya me di cuenta de que era una más. Familia cuando la familia no está.

Territorio Doméstico me ha dado seguridad, el cariño de las compañeras, poder contar un problema y salir desintoxicada, libre. ¡Es tan importante organizarse como empleada del hogar! Porque, cuando te organizas, las cosas te salen mejor, estás más segura y vas más encaminada. El feminismo es luchar por nuestros deseos sin miedo.

CRECER JUNTO A LAS TERRITORIAS

Por Arantxa Ramírez Rosado

Me llamo Arantxa, tengo quince años y curso cuarto de la ESO. Vivo con mi madre, mi abuela y mi hermana: somos una familia monomarental pequeña y acogedora. Tanto mi madre como mi abuela son mujeres inmigrantes de Ecuador. Yo nací aquí, pero me gusta decir que soy de Ecuador y de Perú, que es de donde es mi padre, y España es el lugar en el que me he criado. Muchas veces me preguntan de dónde soy: por mi piel y pelo moreno, dan por hecho que no soy de aquí.

La primera vez que vine a Territorio Doméstico tenía cuatro años, me trajo mi abuela Amalia. Los primeros años jugaba y pintaba en la habitación de la Karakola o en la de San Lorenzo, también jugaba con otros niños, como el sobrino de Rafaela, la nieta de Moni, la hija de Elisabeta, una compañera rumana de mi abuela. Cuando preparaban las pasarelas, me preguntaban si quería modelar con ellas y salía como la hija de la trabajadora pulpo, me disfrazaba con las pelucas, las gafas y delantales. Me sabía todas las canciones y los bailes. De pequeña lo veía como algo natural, era como una reunión de amigas para mí. Recuerdo cuando pasábamos la navidad todas juntas, las fiestas, las comidas...

Desde el principio, me gustaba que mi abuela tuviese un grupo de amigas así y que se organizaran para luchar juntas y me gustaba contarlo. Ahora también lo cuento en el instituto. En las manifestaciones del 8M yo primero me junto con Territorio Doméstico y luego con mis amigas.

Participar en Territorio Doméstico me ha aportado conocimiento sobre cómo es la vida de una trabajadora doméstica, cómo es la vida de las personas que migran a otro país y no tienen recursos o papeles. Ir a las manifestaciones con mi madre o mi abuela me ha dado fuerza y energía. Cuando era más pequeña, me gustaban las manis, porque íbamos todas disfrazadas, con los megáfonos, nos juntábamos con muchas mujeres en la calle. Te sientes cómoda, protegida, como con otra familia.

De Territorio Doméstico he aprendido que no estás sola, que estamos para apoyarnos, todas en las situaciones malas nos ayudamos unas a otras. En Territorio, cuando alguien lo pasa mal, se mueven enseguida: la unidad hace la fuerza. Yo creo que la organización colectiva siempre es algo fundamental, porque, si no estás organizada o no tienes claras tus ideas, es más difícil vivir en este mundo, no sabes cómo seguir adelante.

Para organizarte, necesitas conocimiento; el conocimiento te hace más sabia, libre y abierta. Te permite comunicarte, enseñar, ayudarte a ti misma, defenderte, saber sobre tus derechos como persona: es lo que te va a salvar.

HERRAMIENTAS

■ COMIDA DE TRAJE

Los domingos es el día en el que solemos hacer nuestras asambleas y talleres, teniendo siempre presente que es el único día de descanso para muchas compañeras, especialmente para las internas. Por eso, para nosotras la «comida de traje» es muy importante: «Yo traje empanadas». Otra: «Yo traje buñuelos», «Yo traje maíz tostado», «Yo traje arroz»... Nos planteamos estas comidas como un momento de encuentro, de compartir y pasarla bien. Generalmente quedamos un poco antes, cada una lleva la comida que quiere y puede y preparamos la mesa para todas.

Es también un modo de encontrarnos con nuestras raíces y de compartir recetas; una forma más de acompañarnos, de estar juntas, de compartir historias: quién te enseñó esta receta, a qué te recuerda, cómo conseguiste los ingredientes. Alguna vez hemos hecho una convocatoria específica: «Trae un plato típico de tu país y comparte con las demás no solo la comida, sino los recuerdos que tienes de este».

Esta práctica de compartir la comida la traemos desde nuestra tierra. Una gran mayoría de las compañeras de Territorio somos latinas y, como en las comunidades originarias hacemos la minga y la pambamesa, actividades comunitarias que se realizan en nuestros países desde tiempos inmemoriales, aquí hacemos las comidas de traje con un sentido y una filosofía muy parecidos.

La minga es un espacio de trabajo colectivo, de comunicación, de encuentro; espacios en los que se transmiten afectos, lugares de cooperación mutua, de reciprocidad; igual que en nuestras asambleas, el trabajo se conjuga con la cotidianidad, se intercambian saberes; es una tradición de trabajo colectivo que tiene como fin ayudarnos, apapacharnos, cuidarnos. Al finalizar la asamblea o el taller, compartimos la comida, cantamos y bailamos celebrando la vida y el trabajo realizado.

La pambamesa es una tradición ancestral conocida como mesa común o mesa para todas. Se hace en el campo. Me recuerda mucho cuando hacemos la asamblea en un espacio abierto, en un parque como el del Retiro, donde se extiende una tela en la hierba y cada compañera trae algo de comer para compartir con las otras. El ingrediente principal de la pambamesa es la diversidad, la multiplicidad de sabores, de colores, de olores que nos transportan por instantes a nuestra tierra. Es la forma más sencilla que hemos encontrado para conectar nuestros mundos.

En todas nuestras prácticas colectivas siempre hay algo que nos transporta al suelo natal. Por ejemplo, la olla popular también es parte de nuestra identidad. Cuando hacemos un taller en el que tenemos que estar mucho rato concentradas y no

tenemos tiempo para ir a comer, un grupo de compañeras se encarga de hacer una olla para todas. Esto quiere decir que las que pueden y tienen la posibilidad de cocinar en grande lo hacen para darnos de comer a todas las que participamos de un evento; y no solo eso, por nuestros tiempos y horarios de trabajo a veces no nos da la vida para comer y siempre hay una compañera que se ofrece para llevar la comida a alguna que no ha podido comer a tiempo, siempre hay alguien que lleva algo por si alguna no tiene para comer. Todas estas cosas son las que nos hermanan, porque siempre estamos pensando en las otras como en nosotras mismas.

En otras partes del mundo, estas formas de compartir se llamarán de otra manera, pero sabemos que la esencia es la misma: la solidaridad, la organización como herramienta de articulación política; en definitiva, compartir la comida de traje es otra forma de tejer nuestras historias y nuestra vida cotidiana, de tejernos entre nosotras.

■ LA PASARELA

La pasarela nació como una estrategia para que las mujeres trabajadoras del hogar pudiéramos salir a las calles a denunciar nuestra situación y visibilizar nuestros reclamos.

Para las compañeras que no nos atrevíamos por el temor a que nuestros jefes nos reconociesen, las pelucas y las boas eran al principio un modo de protegernos. En aquel momento la mayoría de las compañeras que venían a Territorio Doméstico estaban *sin papeles* y había mucho miedo. Aún no hablábamos de la importancia de acuerpar la lucha, pero queríamos salir a reivindicar poniendo el cuerpo por delante de la palabra. Y dándole vueltas a cómo hacerlo, probando, surgió el disfraz como estrategia para proteger nuestro anonimato. Aún recordamos a nuestra compañera Amalia probándose unas gafas gigantescas y una peluca, cuando todas dijimos: «Ahora no se te reconoce».

La primera pasarela como tal la hicimos en Lavapiés en 2011. Aún arrastrábamos las consecuencias de la crisis de 2008 y había una situación muy difícil. Estábamos empezando a reivindicar la incorporación del trabajo doméstico en el régimen general, que entonces estaba aún en un régimen especial. Inventamos varios modelos para esa primera pasarela: la *sin papeles*, la *eres como de la familia*, la *transnacional*, que cuida aquí y allá, la *mujer pulpo*, la *poderosa*, que estaba organizada, su jefa le reconocía los derechos y era la que iba repartiendo los trípticos. Inventamos también modelos de empleadoras: la *empleadora neocolonial*, que trabajaba en una ONG, iba de hippie y compraba café de comercio justo, pero luego se dedicaba a pasar el dedo para asegurarse de que la trabajadora había limpiado bien; la *emplea-*



PULPO



ATRAPADA



ACCIDENTADA



NI DE AQUÍ, NI DE ALLÍ



ERES COMO DE LA FAMILIA



TRANSNACIONAL



EMPODERADA



SIN PAPELES

dora yo-yo, que estaba todo el día pensando en sí misma, su autocuidado y su autorrealización; o el *empleador vampiro*, que le chupaba la sangre a su empleada. También teníamos a un policía, que pedía los papeles.

Fue una bomba. Fuimos caminando desde la Eskalera Karakola, ya vestidas con los modelos y el carrito de música, y cuando llegamos a la plaza del Teatro Valle-Inclán⁷ había muchísima gente. Estábamos trabajando mucho las alianzas en ese momento y de golpe nos encontramos en la plaza a mucha gente del movimiento feminista, muchas compañeras, y eso fue una sorpresa para nosotras y también para ellas, a las que les encantó la acción y aplaudieron a rabiar. Descubrimos una manera diferente de manifestarnos y salir a las calles a través de la creatividad, de lo lúdico. Para nosotras fue muy emocionante, algunas estábamos con nuestras hijas y nietas y era la primera vez que dábamos la cara en primera persona. Estábamos poniendo el cuerpo de otra manera, gritando, cantando y llevando nuestros reclamos a la calle, pero al mismo tiempo divirtiéndonos mucho, era una fiesta reivindicativa.

Descubrimos que la pasarela nos permitía contar las historias tan duras que se viven en el empleo del hogar, pero contándolas de otra manera que no llamaba a la lástima, con humor e ironía. Algunos mensajes estaban directamente dirigidos a los empleadores y las empleadoras, como la modelo *eres como de la familia*, que es una frase que se dice mucho en las casas, pero luego comes en la cocina separada del resto, no respetan tus vacaciones y en cuanto abres la boca para reclamar tus derechos ya no eres tan de la familia.

Trabajamos mucho en el guion, concretamente cuatro meses. Los modelos salieron de las situaciones que se estaban dando en ese mismo momento en el grupo. Así, describíamos el miedo de las *sin papeles* escondiéndose de las redadas; la *mujer pulpo*, que tiene que hacer de todo porque la familia que la contrata cree que tiene mil brazos y le mandan atender la cocina, sacar el perro, tener todo organizado en la casa, cuidar a los niños... La *pulpo* salía llena de bolsas, con el delantal, niñas y niños tirándole de la falda y con sus hijos llamándole por teléfono desde su país.

La pasarela se convirtió en una herramienta habitual de Territorio Doméstico. Nos permitía denunciar sin ese miedo a que nos parara la policía. Se iban planteando situaciones, conversaciones que salían en las rondas, un despido o lo que fuera y de ahí, de la historia y del análisis que hacíamos juntas, sacábamos un nuevo modelo. Por ejemplo, la *atrapada* salió de una compañera de Honduras que quedó embarazada; estaba buscando guardería, el marido pasaba de hacerse cargo del bebé, pero ella quería seguir trabajando y no encontraba nada. Hablábamos de esas

7 El Teatro Valle-Inclán se encuentra en la plaza de Lavapiés, en el corazón del barrio. Gracias a la plaza peatonal con la que cuenta en su entrada, se convirtió, desde su inauguración en 2005, en un lugar importante de la vida vecinal.

situaciones imposibles en las que a veces nos vemos atrapadas y así inventamos un modelo: con un rollo de papel, envolvíamos a quien lo representaba como si fuera una momia. El número de nuevos modelos no ha parado de crecer.

El vestuario lo hacíamos con lo que teníamos a mano: las pelucas, las boas y luego cada cual lo que encontraba. Cada una elegía el modelo con el que se sentía más cómoda o identificada y buscaba la forma de vestirse para representarlo con lo que tenía por casa o por ahí. Alguna compañera se pasó un día entero haciendo su traje de papel para una pasarela. Otras veces era, y es, todo muy improvisado: íbamos a hacer la pasarela y no sabíamos bien quién iba a venir, así que con quienes estuviéramos, sobre la marcha, repartíamos los papeles cinco minutos antes de empezar. Muchas debutaron, por ejemplo, con estas palabras: «Toma, te toca hacer de la *sin papeles*». Con el tiempo, nos fuimos haciendo con más material: compramos telas e hicimos cintas con los nombres de cada modelo, así, en bonito. Pero esa parte de improvisación ha seguido estando y eso también le da a la pasarela su frescura. Eso y que lo que contamos es lo que vivimos cada día.

También ha sido importante la pasarela para trabajar las alianzas. Hemos hecho talleres con otros colectivos y del diálogo compartido han surgido nuevos modelos. Con el Eje de Precariedad y Economía Feminista hicimos un taller y de ahí salieron modelos que tenían que ver con la vivienda, la salud, la turistificación. Así se ha generado una transversalidad en las luchas en la que creemos, porque es pura potencia y porque así luchamos por la vida misma en todas sus facetas. A las compañeras de otros colectivos les ha encantado la pasarela y muchas, como nos pasó a nosotras, han tenido que superar la timidez y tirarse a la piscina. El proceso y el resultado han sido muy bonitos y potentes. Las más tímidas nos decían: «Bailamos porque estáis vosotras aquí, pero solas no podríamos», y se ponían coloradas cuando les tocaba salir. Con la pasarela como herramienta política dinámica y en construcción permanente, hemos visto afianzar y acuerpar alianzas. Es además una propuesta que invierte la relación de poder, porque nosotras ya no somos las pobrecitas inmigrantes ni las pobrecitas empleadas del hogar, sino que somos las que traemos esta herramienta y la enseñamos, la compartimos con otras mujeres.

Lo más importante de la pasarela es el guion: la presentación de la pasarela en sí y de cada modelo. El guion lo hacemos entre todas conversando y luego alguna compañera lo escribe con las palabras de todas. Es un texto abierto, siempre lo adaptamos a lo que está sucediendo en el momento y al lugar al que vamos. Cuando vamos a un barrio, por ejemplo, introducimos temas candentes en ese barrio, las luchas que hay; aunque no esté en el guion, de camino al lugar, en el metro o en el Cercanías, lo escribimos o la narradora improvisa y lo mete. El primer guion sirvió de molde inicial con tres o cuatro modelos, pero ahora tenemos doce o trece y siempre surge algo nuevo.

Es una herramienta muy versátil, porque se puede hacer dentro o fuera, en un local o tomando las calles. Allí donde hemos llevado la pasarela, ha dejado huella; cuando visitamos Austria y la representamos, la tradujeron al alemán y en Belgrado, después de vernos, realizaron su propia versión.

Todas nuestras propuestas son reivindicativas y lúdico-festivas, porque nuestra vida como mujeres, migrantes *con o sin papeles* y empleadas del hogar ya es un poco de mierda. Así que la lucha nos tiene que dar alegría, nos tiene que dar energía. A veces nos hemos sentido tristes, una llega desinflada, la otra desanimada, pero nos arrojamos para darnos la energía del grupo, miramos la cara de las demás y allá vamos.

Con la pasarela, además, el hecho de estar en el escenario genera un compromiso no con las otras personas, sino con nosotras mismas. No es un compromiso explícito, planteado como tal, sino que está sobrentendido, es el compromiso de la comunión entre nosotras, que sabemos que tiene que salir, porque cada pasarela, cada acto, es una propuesta de reivindicación y, si no lo hacemos bien, pierde fuerza.

Guion de pasarela, 8M 2021

PASARELA FASHION: COMO LA VIDA MISMA

Territorio Doméstico

Sean todas bienvenidas y bienvenidos a la pasarela de la precariedad en las vidas de las mujeres. Por primera vez, en exclusiva en NUESTRO BARRIO DE VALLECAS, donde las casas de apuestas salen como champiñones, donde los alquileres suben cada día, donde se echa a la gente de sus casas con los desahucios, donde la educación se hace cada vez más privada y concertada, donde las familias tienen que pagar grandes tasas por todo, donde las instalaciones deportivas brillan por su ausencia o están en condiciones deplorables.

Un barrio como muchos otros donde las violencias machistas son frecuentes, donde, un viernes al mes, las mujeres nos manifestamos frente a la Junta Municipal por los asesinatos de mujeres por violencia de género.

Un barrio donde las redadas racistas son cada vez más frecuentes, aquí donde convivimos personas migrantes y autóctonas que sostenemos la economía del país con nuestro trabajo, trabajo esencial como el del hogar o el de los cuidados a personas, para el que aún no hay derechos (seguimos esperando la ratificación del convenio 189 de la OIT).

Un barrio con una tasa de desempleo tremenda o con unos contratos muy precarios, como muchos barrios de Madrid.

Y a pesar de estas dificultades, nuestro barrio sigue siendo un referente de lucha por los derechos. Un barrio que celebra las alegrías. Nuestros carnavales. Y la celebración reivindicativa del día 8 de marzo, día de las mujeres.

Aquí estamos presentando nuestra pasarela, que no tiene nada que envidiar a Cibeles, Milán, Londres, París o Nueva York. Veremos desfilar ante todas y todos a las modelos más tenaces, con las condiciones más difíciles, haciendo malabarismo y magia en la supervivencia cotidiana, con doble y triple jornada de trabajo para poder llegar a un salario que les permita sobrevivir.

Con ellas conoceremos las tendencias vanguardistas en estos tiempos de crisis, de recortes, de privatizaciones, de pérdida de derechos, represión policial y desigualdad.

En un Madrid que se dice la suma de todos, pero donde los trabajos se invisibilizan y hay vidas que importan muy poco, que no son parte de esta suma.

Agradecemos vuestra presencia. Su majestad, la reina doña Sofía, madre del rey, se ha excusado: no podrá acompañarnos esta vez, está retenida en el aeropuerto por unos problemillas con la ley de extranjería. Ya saben las cosas que pasan cuando una es extranjera.

La reina Leticia también se ha excusado. Está visitando a su cuñado Urdangarin en la cárcel. Pobrecito, se le fue un poco la mano, pensó que el dinero público era suyo, todo suyo. Tampoco podrá asistir el concejal presidente del distrito, Francisco de Borja Fanjul Fernández-Pita. ¿Quién sabe qué podrá haberle distraído de su labor más importante, acudir a la invitación de las vecinas para quienes trabaja?!

Pero no pasa nada, aquí estamos las vecinas y los vecinos que tenemos que estar.

(Música). **¡Nuestra pasarela fashion Como la Vida Misma!**

Y empezamos con nuestra primera colección: El Trabajo que Tengo Es Particular. *(Salen todas las modelos a medida que las vamos nombrando):*

1. Modelo trabajadora del hogar La Pulpo
2. Modelo trabajadora del hogar Eres Como de la Familia
3. Modelo trabajadora del hogar La Atrapada
4. Modelo trabajadora del hogar La Sin Papeles
5. Modelo trabajadora del hogar Ni de Aquí Ni de Allí
6. Modelo trabajadora del hogar La Empoderada y Organizada, la Mariguay

(Se retiran las modelos del escenario y presentamos):

LA PRIMERA COLECCIÓN:

EL TRABAJO QUE TENGO ES PARTICULAR

(A medida que se van nombrando las modelos, salen, pasean y posan).

1. LA PULPO. Ella se ha formado en su país. Su carrera profesional iba en ascenso, pero un buen día la dolarización la empujó a emigrar. Hoy la encontramos haciendo infinidad de tareas: cuida niños, los apoya en las tareas escolares, acompaña y cuida a la abuela, hace las compras, friega, cocina, plancha, saca los perros y todo muy alegremente a ritmo latino. ¡Esa es la modelo Pulpo!

2. ERES COMO DE LA FAMILIA. Nuestra modelo lleva años trabajando en la misma casa. No se puede ir cuando quiere, sino cuando le dejan. Los niños la adoran y ella conoce al dedillo el funcionamiento de la casa, de la familia, de las mascotas y de los abuelos. Debe comer en la cocina, usar uniforme hasta para bajar la basura y pasear los perros. Es tan «como de la familia» que sale de vacaciones con los patrones, aunque no precisamente a descansar. Cuando por fin reúne el valor para cambiar de trabajo, escucha una y otra vez: «¿Cómo nos haces esto? ¡Pero si eres como de la familia! Los niños te adoran. ¡Con todo lo que hicimos por ti!». *(Todas juntas repetimos: «Eres como de la familia, te explotamos pero con muuuucho cariño»).*

3. LA ATRAPADA. Nuestra modelo es madre de una niña y necesita trabajar. Perdió su trabajo cuando dio a luz, a pesar de la promesa de que le guardarían su puesto. Se quedó en paro, pero, como nos pasa a todas las empleadas del hogar, no tiene derecho a ninguna prestación. Quiere seguir estudiando, pero las guarderías que encuentra para su hija son privadas y muy caras. Su pareja trabaja hasta tarde y no se ocupa de la niña.

4. LA SIN PAPELES. La podemos encontrar en sus variables de Interna (*desfila la modelo interna con uniforme*) o Externa (*desfila la modelo externa*). Ante la más mínima reivindicación, suele recibir tiernas amenazas de denuncia a Extranjería por parte de su jefa. Se ha transformado en la segunda madre de tres niños a los que mimas, cuida, apoya y por los que se preocupa como si fueran suyos. Hace unos meses dejó en su país a una pequeña familia a la que sostiene desde aquí. Pasa tardes en el locutorio y se ha convertido en una experta en cuestiones de «chateo» y «redes sociales» para comunicarse con su familia. Vive dividida en dos, marcada por la cotidianidad del AQUÍ y el ALLÍ. No tiene ningún tipo de contrato y salir a comprar el pan cada mañana se ha convertido en una odisea que perfecciona a diario. Ha desarrollado gran habilidad para esquivar redadas e identificar a policías de paisano. Suele presentarse atemorizada, hasta que se encuentra con otras mujeres y juntas pueden reclamar. *(Estríbillo: «Papeles para todas o todas sin papeles» —lo repetimos a coro dos veces—. «Ninguna mujer es ilegal» —lo repetimos a coro dos veces).*

SEGUNDA COLECCIÓN:

NI DE AQUÍ NI DE ALLÍ

Esta colección tiene dos modelos estrella que se han vuelto muy populares después de la llamada crisis, que solo nos afectó a las más pobres: los ricos siguen siendo cada vez más ricos. Esta crisis, aderezada con políticas de recortes, nos trae las últimas tendencias de EXILIO Y MIGRACIÓN, que encontrarás en Desigual. Un modelo básico que no puede faltar en tu fondo de armario. LA MALETA CON RUEDITAS, CON ASAS, puedes atreverte CON UNA MOCHILA QUE SEA MUY GRANDE O, incluso, CON UN HATILLO AL HOMBRO. El complemento estrella: TU PASAPORTE y para poner la guinda al LOOK espectacular de última tendencia: TUS PAPELES EN REGLA.

1. *(Sale Mari Pepis desde un extremo)*. Vemos desfilar a Mari Pepis, veinticuatro años, no es de aquí ni de allí. Es psicóloga, socióloga, ingeniera, buena hija, buena amiga, una gran estudiante, magnífica deportista y la reina del botellón *(Mari Pepis está metiendo sus cosas en la maleta)*. Lleva consigo ilusión, esperanza e incertidumbre. ¡Ah, y que no le falte el jamón!

2. *(Sale desde el otro extremo Marilú)*. Ahora camina por la pasarela Marilú. Tiene cuarenta y cinco años y no es ni de aquí ni de allá. Experta jurista, profesora, cariñosa, ama su profesión, enfermera, trabajadora social, actriz, buena madre, gran hermana, luchadora, el alma de las fiestas *(Marilú está metiendo sus cosas en la maleta)*. Ella también lleva consigo ilusión, esperanza e incertidumbre.

(Marilú y Mari Pepis caminan de aquí allá, siempre en sentido contrario, y se cruzan varias veces). Hartas de no encontrar trabajo, de tener curros precarios, una viene, la otra se va. Ahora celebran las Navidades por Skype y, si caen enfermas, no podrán cuidarlas ni sus amigas ni su familia. En sus destinos, a ambas les esperan miedo, soledad, más trabajos precarios... Pero, además, a Marilú la espera policía, detención y encierro en un CIE.

TERCERA COLECCIÓN:

¡PORQUE SIN NOSOTRAS NO SE MUEVE EL MUNDO!

Empleadas del hogar empoderadas y organizadas son nuestras modelos estrella, LAS MARIGUAYS. Nuestras cazadoras de tendencias nos comunican que están empezando a verse en las ciudades, en los barrios, en el Congreso, en el Senado, en los ayuntamientos... Se trata aún de una tendencia rara en este mundo, pero que las hay, LAS HAY, y nos encanta. Ellas tienen su contrato, con sus horas definidas, les pagan la Seguridad Social, tienen sus vacaciones, su tiempo para ir al médico, sus treinta y seis horas seguidas de descanso. Les valoran su trabajo, las respetan, tienen una alimentación adecuada; en fin, ¡las tratan como personas!

Y cuando, de una vez por todas, se pongan los cuidados en el centro de la vida de las personas, cuando se hagan políticas públicas que ayuden a las familias a sostener estos cuidados y poder tener una vida que merezca ser vivida, todas seremos MARIGUAYS.

Aquí tenemos a las Mariguays, serán moda en todo el mundo. Nos acaban de comunicar que han llegado a Vallecas más MARIGUAYS. *(Salen todas las modelos y se pone música).*

■ EL BAILE DE LUCHA

El baile es fuerza, es energía, es conectar con la tierra y con el cuerpo, con el aquí y ahora. Con el baile nos rebelamos, transgredimos, nos acuerpamos. Nos permite aflojar tensiones, rescatar un rato de alegría y conectarnos entre nosotras, incluso cuando no compartimos el idioma. No concebimos una asamblea sin música: o bailamos al principio o al terminar. Cuando bailamos al inicio, nos ayuda a romper el hielo, a soltar tensiones, a sentirnos unas a otras; cuando lo hacemos en el cierre, nos llena de energía para empezar la semana, para aguantar lo duro de nuestros trabajos. Nunca nos queremos ir y, cuando no podemos venir, lo echamos de menos.

■ LAS CANCIONES QUE CUENTAN NUESTRAS HISTORIAS

Todo empezó en las manifestaciones como quien no quiere la cosa. Con nuestro desparpajo habitual, empezamos a inventar canciones, a tuneirlas. Era contar las historias de nuestra vida adaptando canciones conocidas por todas y cambiando la letra. Cada canción recogía anécdotas que salían en las asambleas. Todas son historias reales, con nombre y apellidos. Por ejemplo, «No me recortes el salario, quítatelo de tu vestuario» viene de una compañera que había pedido un aumento de sueldo; los empleadores se lo habían negado alegando que no tenían dinero, pero luego esta compañera se veía planchando ropa carísima. Hablábamos de situaciones complicadas, muy difíciles, pero con gracia, porque no nos gusta andar rasgándonos el alma; es que demasiado mal lo estamos pasando como para llorar más.

La primera canción que tuneamos fue *El patio de mi casa* y también *Hola, don Pepito*, que convertimos en *Hola, doña Carmen*. Cuando las coreábamos en las calles, nos llevábamos siempre las letras que habíamos imprimido para las compañeras y las que sobraban las repartíamos para que todo el mundo pudiera cantar con nosotras. La gente disfrutaba tanto que empezó a buscarnos en las manifestaciones: «¿Tenéis canciones?». Todo el mundo quería. Y se convirtió en una

manera más de visibilizar nuestra situación como trabajadoras del hogar y mujeres migrantes, de contarla con humor, dándole la vuelta y generando complicidades espontáneas en quienes nos escuchaban cantar.

Para el I Congreso de Trabajadoras de Hogar, en octubre de 2016, nos comprometimos a hacer un cierre festivo. Pedimos ayuda al coro de mujeres Malvaloca, que ha sido siempre una de nuestras alianzas, una de nuestras amigas de las amigas, pues nuestra compañera Ana forma parte de este coro feminista. Quedamos un par de días territorias y coristas en un espacio que nos prestaron Ecologistas en Acción. Decidimos juntas qué canciones íbamos a utilizar. Tenían que ser grandes hits, de estos pegadizos que se sabe todo el mundo. Nos quedamos con *Yo quiero bailar toda la noche*, *Torero*, *Escándalo* y el *Waka* de Shakira. Las coristas nos ayudaron mucho para cuadrar las letras, porque ellas tienen mucha experiencia con la métrica de las canciones. Luego nos pusimos con la coreografía y el atuendo. Decidimos ir de valkirias, de vikingas, de mujeres fuertes y empoderadas, dándole nuestra chispa y utilizando una tapa de sartén como escudo y la escobilla a modo de espada o micrófono. A partir de esto, las escobillas se convirtieron en un símbolo que nos ha acompañado hasta hoy. De hecho, en junio de 2020 volvimos a concentrarnos frente al Congreso de los Diputados y durante la acción hicimos entrega de escobillas a varios y varias diputadas.

Otra amiga de las amigas que se dedica a la música y canta muy bien nos grabó las canciones para que se escucharan alto y claro mientras bailábamos. Cuando ya teníamos el *flashmob* con las canciones y la coreografía, entre dos compañeras grabamos un tutorial para que lo aprendiéramos todas y pudiéramos verlo en el móvil e ir ensayando. Fue muy divertido y tierno, porque una de las compañeras es totalmente arrítmica, pero aun así prestó su cuerpo, toda entregada y descoordinada, para que el resto pudieran aprendérselo desde casa. Un nuevo ejemplo de hacer con lo que tenemos, acuerpándonos en lo que somos.

Territorias y algunas coristas malvalocas hicimos este *flashmob* en el cierre del I Congreso de Empleadas de Hogar, en 2016, y también en otras acciones, como en la presentación del Observatorio Jeanneth Beltrán en 2018 y frente al Congreso de los Diputados en una concentración que realizamos con otras organizaciones de trabajadoras del hogar en junio de 2019.

En un momento dado, teníamos ya tantas canciones que empezamos a fantasear con dos ideas: recopilarlas en un cancionero para que la gente pudiera tenerlo en las manifestaciones sin tener que imprimir las letras cada vez y grabar un disco. En 2018, la Fundación Rosa Luxemburg nos ofreció apoyo económico para la grabación. La idea era contar con una herramienta que nos permitiera llegar a más gente a través de la música, que es un lenguaje universal, y hacerlo grabando nuestras canciones con nuestras propias voces, siguiendo la filosofía de hacer política desde nosotras

mismas, en primera persona, denunciando nuestra situación desde y por las propias trabajadoras del hogar y de los cuidados. Con el disco pretendíamos llevar nuestros reclamos tanto a compañeras trabajadoras del hogar, que, aun aisladas trabajando solas en las casas, podían escucharlo, como a las familias empleadoras y a la sociedad en general, para sensibilizar y movilizar conciencias sobre la precaria situación laboral y vital de las mujeres que trabajan en miles de hogares, aquí y en todo el mundo.

El proceso del disco fue todo un reto: muy hermoso y también muy complejo. Queríamos grabar nuestras canciones de siempre, pero nos encontramos con que, en muchos casos, teníamos que conseguir los derechos de autoría de esas canciones.

Estuvimos haciendo los trámites necesarios para usar las canciones de Shakira, Chayanne y otras y otros cantantes, pero sus casas discográficas nos pedían una millonada y, claro, no podíamos ni queríamos hacerlo. Siempre habíamos querido tunear los ritmos de nuestra tierra: cumbia, bachata, reguetón, salsa..., así que, con la ayuda de Inma, que es compositora, nos pusimos a crear canciones nuevas: ella ponía la melodía y nosotras la letra. Además de ritmos latinos, hicimos un rap para llegar a gente más joven y compusimos una versión del *Bella ciao* para conectar con otras generaciones y otras luchas.

Para nosotras era fundamental que las letras y las voces fueran nuestras, pero algunas no queríamos cantar porque no se nos da bien y otras, aun cantando mejor, no terminábamos de llevar bien el ritmo. Tuvimos que recibir clases de canto con una de nuestras compañeras y realizar ejercicios vocales y ensayos antes de entrar a grabar en el estudio. No teníamos mucho tiempo y andábamos muy agobiadas, porque había que cumplir plazos, sacar horas que no teníamos en el día para juntarnos a hacer nuevas letras, elaborar el diseño gráfico del disco, aprender y ensayar bien las canciones para grabarlas rápido, pues no teníamos mucho presupuesto para contar con el estudio de grabación demasiados días. Y todo eso con nuestros horarios dispares y nuestros cuerpos exhaustos.

Rompíamos, en cierto sentido, las lógicas de la producción musical, de su productivismo: cantábamos como sabíamos, llegábamos tarde a la grabación, Inma y Lorenzo —la compositora y el técnico de sonido— tenían la tentación de buscar a cantantes profesionales... El diálogo fue constante, a veces tenso. Para nosotras era innegociable que tanto la letra como las voces fueran nuestras: la idea del disco era precisamente mostrarnos tal cual somos, insistíamos en la verdad y la fuerza de hacer un disco con las voces de las protagonistas de estas canciones, las propias trabajadoras del hogar y los cuidados. Fue un aprendizaje mutuo: para la parte profesional, entender y tomar conciencia de la precariedad y las dificultades de nuestro día a día como trabajadoras del hogar; por nuestra parte, el reto de atrevernos, pese a nuestros vértigos y miedos propios, a hacer un disco juntas.

En paralelo a la grabación, para el diseño del disco físico desarrollamos también un proceso participativo. Teníamos muchas ideas y trabajándonlas con Myriam fue surgiendo la idea de que el formato incluyera como carátula del disco un póster donde recoger, por un lado, las letras de las canciones para que cualquiera pudiera cantarlas y, por otro, una imagen bonita con mensaje sobre Territorio Doméstico.

En el póster queríamos hablar de las cadenas globales de cuidados. Hicimos un taller partiendo del proceso migratorio de cada una. A través de instrumentos de nuestros quehaceres cotidianos, como estropajos, fregonas, mopas, guantes y bayetas, nos pusimos a jugar con nuestras manos y creatividad dando nuevas formas y significados a estos objetos, convirtiéndolos en otros que representaban nuestras vivencias y elaborando un collage colectivo. Hicimos, entre otras cosas, un océano con los hilos de fregona y una maleta con un estropajo, porque cuando cruzas el charco llegas con una maleta llena de tu vida anterior y sueños de futuro, y lo primero que te encuentras es un estropajo como única manera de ganarte la vida.

Al final sacamos el disco con una tirada de 3.000 ejemplares y también lo subimos a Soundcloud, una plataforma gratuita, para que se pudiera escuchar online⁸. Hicimos coincidir la presentación oficial del disco con nuestro decimotercer cumpleaños en marzo de 2019, aunque ya antes cantamos muchas de las canciones por ahí. Después del estreno mucha gente nos llamó pidiendo permiso para ponerlo en la tele, en documentales, en la radio... En la Ser emitieron un programa sobre la situación y las reivindicaciones de las trabajadoras del hogar: usaron el disco de hilo conductor y nos preguntaban a partir de lo que contaba cada una de las canciones.

También usamos el disco como herramienta de trabajo. Lo llevamos a unos talleres que hicimos en Murcia y Salamanca, donde se generaron grupos organizados de trabajadoras del hogar. Las letras nos permiten trabajar en pequeños grupos diferentes temas: migración, redadas, cuidados... y luego los ponemos en común. Funciona muy bien.

Nuestro máximo sueño es que lo escuchen muchas mujeres mientras trabajan y que las canciones les den fuerza en su día a día. Es una herramienta de reivindicación que contagia, pues la música trasciende muchas barreras que otras formas de expresión no logran traspasar.

Lo que ha hecho el disco es tan poderoso que es verdad en estado puro: hay verdad en las historias que contamos, en las voces, en la energía que transmiten nuestros cuerpos al cantarlas. Estamos muy orgullosas de todo lo que nos ha traído nuestro disco. «Porque sin nosotras no se mueve el mundo».

8 <https://soundcloud.com/territoriodomestico>

5. APOYO MUTUO

Sabemos que solas nada logramos —como dice una compañera nuestra, una golondrina sola no hace verano—, pero, cuando nos apoyamos entre todas, somos poderosas, somos guerreras. Por eso el apoyo mutuo es una parte básica de nuestra metodología, pues es fundamental para sostenernos. Somos mujeres valientes, fuertes, capaces de hacer grandes cosas, pero hasta la más fuerte se cae algunas veces por un bache o porque le faltan las energías. Y ahí está la otra para darle relevo, para inventar las vueltas, para darle cobijo o reposo, para ayudarla a levantarse. Hemos denunciado en los tribunales, hemos litigado juntas para defender nuestros empleos y nuestros derechos laborales y a continuación contamos esta herramienta. Defendemos a las compañeras de Territorio, pero también a las amigas y a las amigas de las amigas.

También nos apoyamos cuando hay compañeras pasando dificultades económicas al perder y no encontrar trabajo. Hemos organizado rifas, kermés y otros eventos para juntar dinero, para subsistir aquí y también para apoyar a nuestras familias allá cuando están atravesando situaciones muy difíciles, como no poder comprar medicinas que necesitan... Además hemos apoyado a compañeras a crear proyectos de autoempleo para salir adelante cuando la cosa está muy mal. Durante la pandemia de la COVID, a pesar de que siempre nos ha parecido conflictivo dar dinero, ayudas directas a compañeras concretas, como la situación ha desbordado a muchas que no podían pagar el alquiler y a veces ni comer, hemos organizado una caja de resistencia para repartir el dinero entre quienes estaban pasándolo muy mal.

El apoyo mutuo lo entendemos también más allá de nuestro grupo como tal, en las alianzas que compartimos con colectivos feministas, de lucha migrante y antirracista, de defensa de la salud pública universal, del derecho a la vivienda. Todas estas luchas están atravesadas de feminismo, han agarrado fuerza en la lucha feminista, ese es el hilo que nos trenza. Nos coordinamos para apoyarnos en las diversas reivindicaciones y acciones de unos colectivos y otros, para avanzar en una agenda común de luchas transversales y conectadas entre sí.

HERRAMIENTAS

■ GRUPOS DE AUTOEMPLEO

Desde Territorio Doméstico y desde las redes con las que estamos entreveradas, en las que participamos también, porque es como si Territorio Doméstico tuviera muchas cabezas y brazos, varias territorias hemos ido formando parte de proyectos y colectivos que hemos ido articulando junto con otras gentes a lo largo de estos años para dar respuestas a necesidades concretas. Así, entre otras cosas, hemos ido acompañando procesos de emprendimiento autónomos y autorganizados.

Con la Red Interlavapiés, el Colectivo Agar (Espacio de Investigación y Encuentro desde la Diversidad), Senda de Cuidados y el Observatorio Jeanneth Beltrán, en los que coincidimos muchas de nosotras, hemos ido impulsando pequeños proyectos de autoempleo para ir sorteando las crisis económicas. La idea es generar soluciones para la autosubsistencia, pues cuando varias compañeras pierden su trabajo se quedan en situaciones muy difíciles, sin ninguna protección, ya que no tenemos derecho a cobrar la prestación por desempleo; además, la figura del desistimiento, que solo existe en este sector laboral, facilita que suframos despidos sin causa, solo porque la parte empleadora así lo decide. No tenemos la protección que tienen otras y otros trabajadores en caso de despido y por eso nos hemos tenido que apoyar colectivamente para buscarnos la vida.

Al abrigo de este entramado de colectivos y organizaciones, han nacido iniciativas como Las Bizcocheras, Las Hermanas Mirabal o Las Tejemanejes, todas ellas como respuesta a las necesidades de compañeras que sabíamos que lo estaban pasando muy mal por la falta de ingresos y de horizonte. Partimos de lo que cada una de ellas sabe hacer, se da apoyo con la difusión de cada proyecto y conectándolas a nuestras redes, que son muy amplias, también con las cuestiones contables y fiscales. La idea es apoyar el inicio y arranque del proyecto para que luego cada uno siga de forma autónoma.

Con cada crisis ha nacido un proyecto: Las Bizcocheras es una de las hijas de la crisis de 2008 y las protagonistas son unas compañeras marroquíes que se quedaron sin trabajo, pero cocinaban maravillosamente cuscús y unos bizcochos riquísimos. Las Tejemanejes nace con la crisis de la COVID con compañeras trabajadoras del hogar de Senda de Cuidados que se han quedado en paro y también mujeres migrantes recién llegadas sin ningún tipo de ingresos que han sido costureras y, como solución para salir adelante, se plantean coser mascarillas y venderlas, haciéndolo de forma muy minuciosa, investigando con telas y materiales de alta protección para ofrecer un producto no solo solidario, sino de calidad y bonito.

El cáterin Las Hermanas Mirabal es otro ejemplo de este tipo de iniciativas. De él participamos varias compañeras de Territorio, unas en momentos que nos quedamos sin empleo o perdemos horas de limpieza y otras que, aun teniéndolo, recibimos salarios muy bajos que no nos llegan. La idea del cáterin es que sirva de apoyo puntual para ir tirando, porque normalmente con nuestros ingresos no tenemos capacidad de ahorro y la mayoría de nuestras familias en nuestros países cuentan con nuestras remesas para sostener sus gastos, a veces los más básicos. Así que el cáterin nos sirve de colchón. Al principio éramos tres compañeras, pero a día de hoy ya somos seis. Junto a otros proyectos de autoempleo creados con el apoyo de la Red Interlavapiés, como el Tómate Algo con compañeros y compañeras africanas, nos hemos ido dando a conocer a través del boca a boca y hemos preparado cáterin para reuniones, encuentros y otros eventos, repartiéndonos los pedidos entre nosotras o con otros de estos proyectos según la necesidad que atravesaba cada quien, y en eventos grandes hemos trabajado varios proyectos juntos, aportando la diversidad culinaria que la interculturalidad de nuestros colectivos aporta.

■ CAJA DE RESISTENCIA

La caja de resistencia fue una estrategia de supervivencia que pusimos en marcha a raíz de la pandemia de la COVID-19 en marzo de 2020. Al mes de que se iniciara el estado de alarma, ya sabíamos de muchas compañeras trabajadoras del hogar que atravesaban situaciones insostenibles: los despidos llegaban de un día para otro, muchas compañeras internas perdían el techo bajo el que dormían o eran despedidas por caer enfermas cuidando a personas contagiadas de COVID; y todo sin ninguna protección ni derecho a subsidio de paro ni a ERTE⁹.

Cuando además vimos que nos quedábamos fuera de las medidas extraordinarias de emergencia que se dictaron desde el gobierno, aparte de empezar a movilizar campañas de denuncia en las redes y los medios de comunicación, buscamos una manera de tener un fondo económico colectivo que nos diera un poco de sostén ante lo que estaba llegando y sabíamos que seguiría llegando, pues la situación iba de mal en peor. Con la disminución o ausencia total de ingresos, muchas compañeras no podían pagar el alquiler o la hipoteca y se enfrentaban a posibles desahucios, algunas incluso tenían dificultades para poder comer y en muchos casos nuestras familias en nuestros países de origen estaban también enfermándose y pasándolo fatal ante la crisis mundial provocada por la pandemia.

9 En la legislación española, el ERTE (Expediente de Regulación Temporal de Empleo) es una autorización temporal que permite a una empresa o empleador suspender uno o varios contratos de trabajo durante un tiempo determinado, tras el cual debe readmitirlos. Mediante este procedimiento, el trabajador o trabajadora conserva su puesto a pesar de la situación de crisis.

La idea de una caja de resistencia era algo que nos habíamos planteado en varias ocasiones a lo largo de la historia de Territorio Doméstico, pero siempre nos había dado miedo manejar dinero por los problemas que podían surgir dándoselo a unas compañeras y no a otras, y por el riesgo y nuestro convencimiento de que no queríamos caer en el asistencialismo... De modo que, cuando se habían dado situaciones complicadas de mucha necesidad, habíamos acudido a acciones puntuales para conseguir fondos: una rifa, un mercadillo... En cambio, con la COVID, ante una precariedad que aumentaba y se extendía cada vez más, llegó el momento de plantearnos sí o sí activar una caja de resistencia, así que, junto a Senda de Cuidados y el Observatorio Jeanneth Beltrán, pusimos en marcha este fondo de emergencia.

Lo primero que hicimos fue consensuar y fijar unos criterios claros y homogéneos. Entre todas decidimos que para acceder al reparto de dinero de la caja había que pertenecer a alguno de los tres colectivos, ser o haber sido trabajadora del hogar y estar en alguna de estas situaciones: haber perdido el trabajo por completo o en parte, haber caído enferma o tener un familiar enfermo aquí o en tu país.

En un principio, la caja pudo aportar 400 euros mensuales a varias compañeras, que luego redujimos a 350 para cubrir a más compañeras. Este fondo también sirvió para que compañeras que estaban internas en una casa y no podían salir enviaran dinero a su familia en su país a través del colectivo.

Fue muy impresionante la generosidad de las aportaciones que recibimos de personas y otras organizaciones, y la confianza y generosidad que se dio también entre nosotras habiendo tanta necesidad. Había compañeras que decían: «No, yo no necesito», pensando en otras compañeras a las que había que incluir. Consensuábamos de forma unánime quién recibiría estas ayudas económicas directas. Cuando mejoraba la situación de una persona que recibía ayuda, la misma compañera lo decía enseguida y así ese dinero podía llegar a otra compañera que lo necesitara. Esto permitió ampliar la caja a alguna persona que no estaba en ninguno de los tres colectivos y nos llegaba a través del Banco de Alimentos del Barrio (de Lavapiés). Incluimos de esta manera a una mujer marroquí muy mayor y muy enferma que no estaba en el colectivo, pero había llegado al Banco de Alimentos del Barrio con mucha necesidad. Hubo también compañeras que no querían aceptar la ayuda y buscamos estrategias para que la recibieran, porque sabíamos que realmente lo necesitaban. Todo este proceso ha sido un aprendizaje sobre algo tan complicado como el dinero.

La caja de resistencia tuvo una acogida increíble que agradecemos muchísimo: logramos recaudar más de 5.000 euros al mes y repartir ayuda a 16 personas durante 5 meses. Al principio lo movimos solo entre las redes de confianza y las aportaciones eran de redes y gentes cercanas, las amigas de las amigas. Hubo compañeras empleadas del hogar que aportaron cada mes algo de dinero a la caja para ayudar

a otras compañeras. Hubo una compañera que está interna y, como contaba con el apoyo de sus hijas, quería hacer una aportación importante a la caja; decidimos no aceptarlo, pues sabíamos que era un esfuerzo y un sacrificio muy importante para ella, pero fue muy hermoso encontrarnos con este nivel de generosidad.

Al segundo mes hicimos público el llamamiento para recaudar fondos y difundimos la caja de resistencia de una forma más amplia. Era muy bonito cuando la gente nos llamaba: «¿Sois vosotras las de la caja de resistencia?». Muy emocionante y linda la generosidad con la que nos encontramos, con la participación de mucha gente que ni siquiera conocíamos. Siempre contactábamos para agradecer las aportaciones, pero había varias anónimas a quienes no pudimos darles las gracias. Así que aprovechamos ahora para agradecerse públicamente. Tiramos también del fondo del colectivo que vamos juntando con lo que nos pagan a veces por participar en determinados eventos; durante el confinamiento nos invitaron a algunas charlas online y lo que nos pagaron lo añadimos a la caja de emergencia para redondear las ayudas y llegar al mayor número posible de compañeras que lo necesitaran.

A través del manejo de la caja, pudimos vivir mucho más de cerca la situación de las compañeras y también acompañarlas emocionalmente. La caja no consistía solo en dar 400 o 350 euros, sino que nos permitía ir más allá. A través de la caja nos mantuvimos enlazadas con los bancos de alimentos de los barrios: las compañeras que recibían la ayuda la podían dedicar a pagar el alquiler o a enviar dinero a su país; además, acudían a los bancos de alimentos a recibir comida, pero también participaban como voluntarias colaborando en la recogida de alimentos en algunos supermercados, repartiéndolos, etcétera. La idea era seguir creciendo en el sostén desde lo colectivo: recibir y aportar, ser proactivas y no víctimas.

La experiencia de la caja nos ha permitido ver que Territorio Doméstico sirve, que está ahí para arrimar el hombro en las situaciones más difíciles. Lo económico da miedo, pero es muy importante, es la cotidianidad. En la caja, todo lo que hablamos de estar juntas, de apoyarnos, se hizo realidad. También fue una oportunidad para consolidar las redes personales entre los tres colectivos que estábamos implicados —Senda de Cuidados, Territorio Doméstico y el Observatorio Jeanneth Beltrán— y seguir creciendo y aprendiendo de poner los cuidados y el apoyo mutuo en el centro de la política en la que creemos.

A partir de la puesta en marcha de la caja de resistencia, las compañeras nos fuimos involucrando más e hicimos varias mediaciones: a empleadores que no podían pagar ya a sus trabajadoras, porque también habían perdido su trabajo, les informamos de que el pago del finiquito era obligatorio por ley y tratamos de negociar que lo pagaran a plazos, pues entendíamos que la situación era difícil para mucha gente; hablamos con algún casero y le recordamos que se habían prohibido los desahucios

durante la pandemia para que no echara a una compañera a la calle y ella no tuviera que defenderse sola, cara a cara con su casero y todo el miedo metido en el cuerpo ante la posibilidad de perder su casa... Así, todas pudimos confirmar la fuerza que tiene lo colectivo y visibilizar la potencia de las redes de apoyo como respuesta para hacer frente a las situaciones difíciles que atravesamos todas las personas.

Después de lo vivido, creemos que las cajas de resistencia tienen sentido en momentos especiales, cuando existe una urgencia compartida que permite articular esta estrategia entre todas; no institucionalizarlas para que entre un dinero fijo que maneja un grupo de gente, porque ahí es cuando estas iniciativas se envían. Para otro tipo de situaciones concretas —un despido puntual, la enfermedad de un familiar—, creemos que es mejor poner en marcha otras iniciativas en las que las gentes afectadas se impliquen en la solución a su problema, como los grupos de autoempleo, las rifas, kermés y demás.

■ AUTODEFENSA LEGAL

Una forma de reivindicar el reconocimiento de nuestros derechos como mujeres, como migrantes y como trabajadoras del hogar y de los cuidados es compartir entre todas lo que sabemos sobre nuestros derechos laborales y sociales, para que cada una pueda defenderse un poco mejor en el día a día. Muchas, al ser migrantes, llegamos con el estigma de que somos «ilegales» y pensamos que no hay leyes que nos protejan, pero esto es lo primero que hay que romper.

Muchas compañeras que no tienen papeles temen que las detengan y ser deportadas; eso las lleva a aceptar trabajos en condiciones terribles con la promesa de conseguir los papeles. Lo único que quieren es ganarse la vida como sea para subsistir aquí y enviar dinero a sus países; por miedo a las redadas, quieren ser lo más invisibles posible hasta que puedan regularizar su situación; y es por eso que muchas aceptan trabajo como internas pese a las situaciones de vulneración flagrante de derechos que se viven.

Cada día sabemos de alguien que ha sido despedida, a la que han echado de la casa a altas horas de la noche sin pago de salario ni finiquito alguno, de compañeras que son maltratadas verbal, psicológica y hasta físicamente. Para nosotras, apoyar y acompañar a nuestras compañeras internas es una forma básica de cuidar a quien cuida.

En un folleto de Territorio Doméstico que hicimos hace años y que, con pequeños cambios gráficos, seguimos utilizando, nos definimos como colectivo nombrando lo que no somos, porque lo que somos es algo abierto, dinámico y en construcción. Cuando decimos en nuestro folleto que no somos «una asesoría legal», «una bolsa de trabajo», «un grupo de ocio», «un grupo terapéutico», «piqueteras», explicamos nuestra filosofía y nuestra metodología de trabajo como espacio colectivo y autor-

ganizado donde vamos construyendo alternativas para solucionar entre nosotras nuestros problemas y cambiar nuestra situación de precariedad vital como mujeres, migrantes y trabajadoras del hogar, pues no damos servicios como una ONG.

Así que, cuando decimos que no somos una asesoría legal, explicamos que nos apoyamos unas a otras para denunciar judicialmente las prácticas abusivas y discriminatorias que sufrimos, para tramitar la documentación, etcétera. Como colectivo tenemos una abogada, Arantxa, que nos ha ayudado durante años con su asesoramiento y apoyo jurídico. Hemos ganado juicios después de luchar muy duro; cuando una compañera asume que quiere demandar, eso implica que hay que realizar trámites que nosotras generalmente desconocemos y, por nuestra inseguridad, creemos que no vamos a ganar ni llegar a buen puerto. Demandar supone un proceso muy fuerte de resistencia y persistencia, implica un trabajo de acompañamiento colectivo para que la compañera que denuncia no decaiga, para que se mantenga firme con su idea, es una demostración grandísima de fortaleza, de constancia. Para llegar al final, hay que recorrer un largo y tortuoso camino, pero cuando ganamos es un triunfo total. Y decimos que ganamos porque cuando una gana un juicio ganamos todas, y todas somos no solo las territorias, sino también todas las feministas, todas las trabajadoras del hogar, todas las mujeres. Así que, cuando se ganan juicios de compañeras, es un subidón de adrenalina, de esperanza, pues sentimos que hemos derrotado a un gigante.

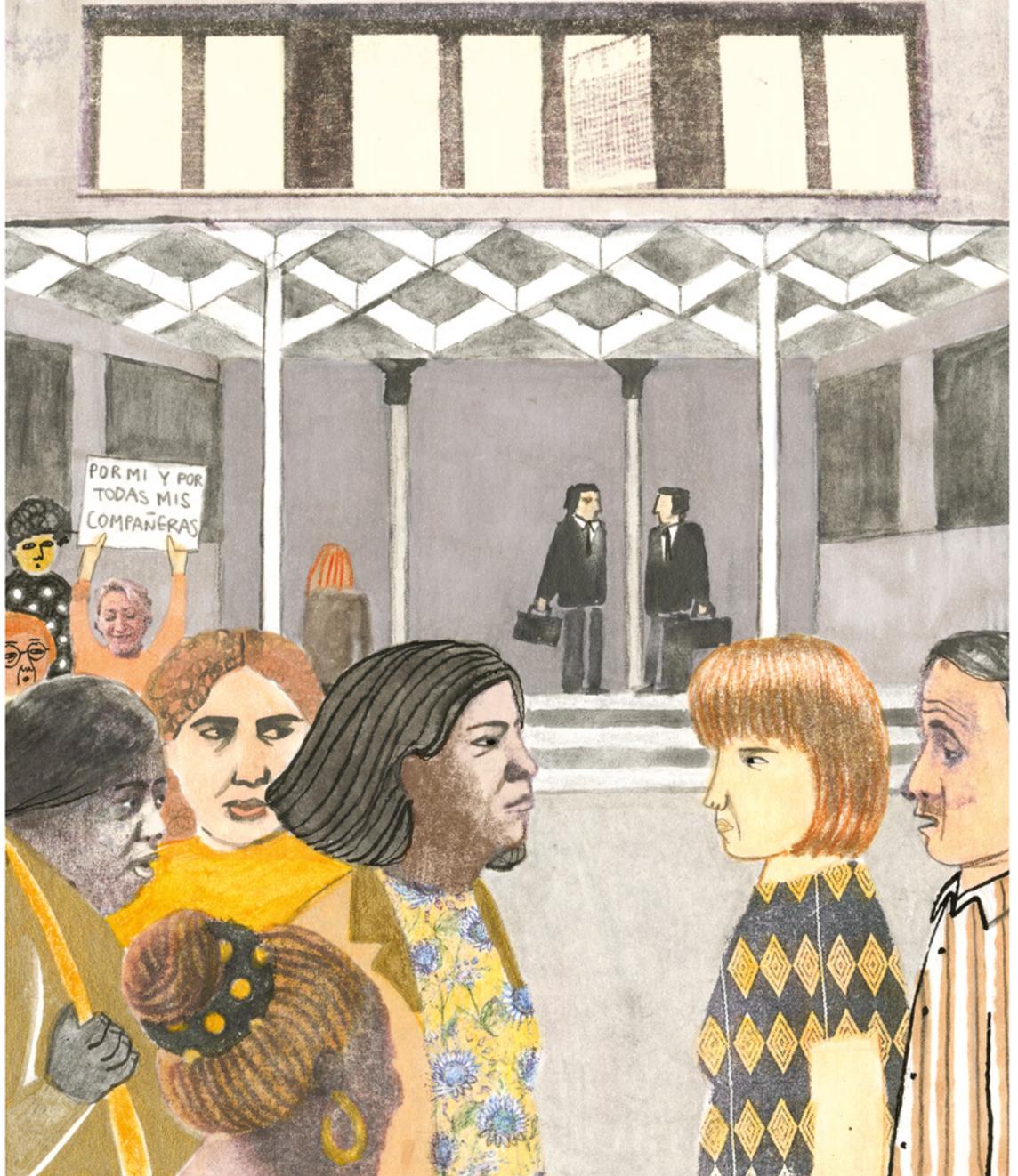
Por eso, un punto importante de las asambleas es contar a las compañeras los logros judiciales para que sepamos que sí se puede, para empoderarnos, para que nos sepamos y nos sintamos que no estamos solas, que con el trabajo colectivo y nuestra forma de organización logramos muchas cosas. Los juicios ganados nos dan fuerza y nos motivan para seguir adelante, son como un estandarte que miramos para continuar con nuestras luchas cotidianas y no desfallecer ante las dificultades.

En las asambleas y los cursos de formación que organizamos siempre hacemos talleres sobre derechos laborales, porque somos conscientes de lo importante que es conocer las leyes, porque por desconocimiento soportas cualquier cosa, es como una indefensión aprendida. Por eso, algo muy importante que compartimos con las compañeras son los *tips*, consejos y estrategias que nos son útiles frente a los abusos que sufrimos en nuestro trabajo, como guardar y registrar pruebas que demuestren que trabajamos en esa casa, firmar y poner siempre no conforme en la carta de despido o el finiquito, asegurarse de que conste la fecha real del despido, informar a tu empleador de que consultarás con la abogada de la asociación a la que perteneces, porque cuando le decimos a nuestra empleadora que estamos organizadas y contamos con una abogada nos sentimos más fuertes y eso nos ayuda a ser más valientes, pues es una forma de rebeldía y de resistencia.





JUZGADOS



HISTORIAS

EJERCER DERECHOS

Por Pepa Torres

La historia de Territorio Doméstico está muy vinculada a acciones ante la vulneración de derechos de las compañeras. Ocurrió algo al inicio que para nosotras fue fundacional: despidieron a Latifa Baali, una compañera del grupo. Ella no tenía papeles, pero, tras un asesoramiento legal colectivo, decidió denunciar. A partir de su decisión, nos organizamos colectivamente para llevar adelante su caso. Presentamos su denuncia en el Servicio de Mediación, Arbitraje y Conciliación de Toledo. Fuimos en grupo al acto de negociación y Latifa lo ganó: en cuanto la empleadora se dio cuenta de que no estaba sola, accedió a todo. Ganar y hacerlo juntas supone un empoderamiento muy fuerte.

Desde entonces, los talleres legales y el acompañamiento en juicios han estado muy presentes en nuestra práctica. Siempre que se ha llevado de manera colectiva, salvo un caso en el que la persona estaba completamente bloqueada, hemos ganado sin llegar a los tribunales; la mayoría de las veces en el servicio de mediación y dos de ellas a las puertas del juicio. Cuando la gente no está sola, maneja la legislación, conoce estrategias de autodefensa compartidas en los talleres y sabe cómo conseguir pruebas en caso de que haya que denunciar, a pesar de que haya una situación de mucha vulnerabilidad, se construye mucho poderío.

En el trabajo doméstico, muchos de los abusos parten de la invisibilidad y la informalidad de la relación. Los empleadores nunca imaginan que la trabajadora doméstica que está en su casa está organizada y tiene conocimientos y destrezas. Cuando se reclama, la mayoría acepta. El jefe de una compañera marroquí era un alto cargo en Madrid. Ella denunció un abuso y nos llamó su secretaria, convencida de que usaríamos el caso en la prensa. Pero la trabajadora no quería: ella solo quería que se respetasen sus derechos y la reparación del daño moral que le había infringido; luchaba por su dignidad.

Los abusos en el empleo del hogar han alcanzado su cénit durante la pandemia de la COVID-19; nos hemos encontrado con compañeras a las que, al mes de confinamiento, les han dicho: «Te puedes quedar a cambio de cama y comida, pero sin sueldo»; compañeras a las que han encerrado en una habitación sin posibilidad de salir ni un solo día; a otras las han trasladado a un nuevo domicilio sin consultarles; o las han despedido en pleno confinamiento, dejándolas en la calle sin nada...; mujeres que han estado trabajando por 300 euros veinticuatro horas al día; mujeres que han enfermado y, en lugar de tramitarles una baja, las han despedido acogién-

dose a la figura del desistimiento —en algunos casos se trataba de mujeres que han contraído la COVID cuidando a las familias que las empleaban—... Los casos más graves se han dado contra personas *sin papeles* o a la espera de resolución de solicitud de asilo: personas con pocos vínculos y red aquí que se empezaron a acercar a Territorio Doméstico a partir del mes de mayo.

La mayoría de las mujeres sí tienen conciencia de sus derechos, pero no la posibilidad de ejercerlos. ¿Qué hace falta para ejercerlos? Conocer las leyes, tener estrategias de autodefensa, encontrar otras vías de ingresos y contar con espacios colectivos de acompañamiento. Cuando te despiden, el daño es económico, pero también es algo que te rompe, te fractura por dentro; muchas compañeras se sienten manipuladas, porque en el trabajo doméstico se juegan muchos afectos. Juntas nos armamos de herramientas y de energía. Siempre que animamos a una mujer a denunciar después de un taller colectivo de derechos, es porque creemos que tiene posibilidad de ganar; nunca hemos animado a nadie si no vemos esa posibilidad.

Ahora hemos abierto un proyecto nuevo que llamamos «Acuerpando derechos», en colaboración con un grupo de abogadas y abogados. El objetivo principal es ofrecer asesoramiento para que más compañeras puedan denunciar, porque hay un desborde de vulneración de derechos básicos.

Cada vez que obtenemos un triunfo, se lo contamos a las compañeras para transmitir que sí se puede, que lo que se lucha se gana en dignidad, pero también porque podemos arrancar derechos que nos pertenecen, para combatir el miedo, la impotencia, la sumisión. La gente cree que lo tenemos todo perdido, por eso es fundamental contar, transmitir... Las compañeras que han ganado juicios luego se han convertido en activistas muy poderosas.

INSPIRARNOS

Por Latifa Baali

Me llamo Latifa. Nací en Marruecos y allí tuve varios empleos; entre otros, fui secretaria en el sector de la construcción durante cinco años. Llegué a Madrid en 2006 *sin papeles*, sin trabajo y sin saber el idioma. Llegaba con muchas ideas, sobre todo quería estudiar, formarme y conocer mundo. A través de amigas, encontré un trabajo de doméstica en Toledo. Estuve tres meses trabajando y al tercer mes no me querían pagar.

Con el apoyo de Territorio Doméstico, decidí denunciar. El grupo recién estaba comenzando, éramos pocas, pero algunas compañeras tenían mucha información que compartían con las demás: Rafa, Pepa, Graciela, Marta, Débora, Arantxa... Yo estaba asustada, porque, cuando una está *sin papeles*, sin idioma, sin confianza,

tiene mucho miedo. Yo estaba muy frágil y no sabía qué podía pasar, cuáles podían ser las consecuencias; pasé muchas noches de insomnio. A pesar de todo, el apoyo de las compañeras me animó a ir adelante con la denuncia.

Fuimos todas juntas a Toledo, a la conciliación, con una pancarta; las compañeras vestidas elegantes para impresionarles. Mi jefa, que siempre iba de punta en blanco, ese día en cambio se había vestido de chándal, sin maquillaje y con coleta. Aun así, aceptaron allí mismo pagar lo que me debían.

Ganar me hizo sentirme muy bien, me dio la sensación de que sí se puede y que, *con papeles o sin papeles*, tenemos derechos, sobre todo derecho a la dignidad. Ahora vivo en Francia y veo que este triunfo me ha marcado para siempre. Las compañeras me inspiraron, por eso yo también quiero poder inspirar a otras. *Con papeles o sin papeles*, con idioma o sin idioma, somos seres humanos, somos trabajadoras, tenemos derechos.

SÍ SE PUEDE

Por Marisol Acosta

Mi nombre es Marisol Acosta. Vine de Salvador con diecinueve años, buscando un futuro mejor. Me costó mucho encontrar trabajo y, al final, en febrero de 2019, conseguí un puesto como empleada del hogar. Pronto empezaron los problemas: me acusaban de que se les perdían las cosas y la señora no paraba de decirme que, si no fuera por ella, yo no trabajaría allí, porque a su marido no le agradaba. Un día, por la mañana, hubo un problema en el metro y llegué veinte minutos tarde. Al llegar, estaba el señor esperándome y me dice: «Mi esposa y yo hemos decidido prescindir de sus servicios». Me pidieron las llaves de la casa y me dieron un dinero como finiquito. Ni lo conté: lo cogí y me fui.

En ese momento, me quedé helada. Ellos eran personas empresarias y yo estaba recién llegada, era mi primer trabajo. Cuando pude reunir fuerzas y contar el dinero, me di cuenta de que me habían dado solo 180 euros por las dos semanas y media que había trabajado ese mes de noviembre. Llamé a mi jefa y le dije que no me podían dejar en la calle sin previo aviso; ella me pidió disculpas, pero poco más.

Por medio de una amiga, supe de Territorio Doméstico. Escribí al grupo contando mi historia y me invitaron a una reunión. Me sentí muy acogida y apoyada, y con más ganas de hacer lo que tenía que hacer: poner una denuncia. Hablé con Arantxa, la abogada, echamos las cuentas y me fui al SMAC acompañada por Pepa: «Somos Territorio Doméstico y no te vamos a dejar sola». Si hubiese estado sola, creo que no habría llegado a denunciar, porque no me sentía capaz, me habría que-

dado estancada. Cuando hay más cabezas, se piensa más. En el mes de octubre, me llamó el abogado de oficio para contarme que ya teníamos fecha de juicio, pero que la familia estaba dispuesta a pagar lo que me debía para que no se celebrara. Lo acepté y me sentí muy feliz. Inmediatamente, lo compartí en el grupo.

He pasado tres o cuatro meses muy jodidos después de aquel despido. Luego conseguí trabajo cuidando a personas mayores y el trato es diferente, porque siento que me agradecen el trabajo que hago, las personas que cuido y también sus hijos.

Antes de estar en Territorio Doméstico, no me sentía con muchos ánimos. Ahora sé que cuento con apoyo y no voy a permitir otro abuso. Me siento acompañada y conozco mejor mis derechos como trabajadora del hogar. Es importante organizarse para que no te pille desprevenida. Cuando trabajas *sin papeles*, piensan que pueden hacer lo que quieran contigo, pero, si estás en un colectivo, sabes cómo responder.

Ahora me siento comprometida: igual que me apoyaron, mi compromiso es animar a mujeres trabajadoras del hogar que están siendo reprimidas y que tienen miedo, transmitirles que sí se puede, que, por más poder y dinero que tengan sus empleadores, se pueden hacer cosas.

Si pienso en feminismo, pienso en apoyo: las mujeres no estamos solas y tenemos que luchar. Hubo mujeres que lucharon hace mucho tiempo por tener derechos y disfrutamos de eso, así que ahora nos toca a nosotras. Vamos allá.

POR MÍ Y POR TODAS MIS COMPAÑERAS

Por Isaura de Rosario Santos

Me llamo Isaura, tengo cuarenta y un años, nací en Cabo Verde y ahora vivo en Parla. Antes de venir a España, tuve que dejar los estudios, porque con dieciséis años me quedé embarazada. Somos siete hermanos, a los que ahora se sumaba mi hija, así que, para ayudar a mi madre, empecé a trabajar en la construcción cargando sacos de cemento. Como soy la mayor de mi familia, me sentía muy responsable. Cuando mi niña tenía dos años, mi tía me trajo a España y tuve que separarme de mi hija hasta que, con doce años, pude traerla conmigo.

Siempre he trabajado de empleada del hogar. En mi primer trabajo me trataban bien. Era una mujer que trabajaba mucho, con dos niños pequeños; llevaba toda la casa yo sola, lo que suponía mucho trabajo, pero, como era muy joven, podía con ello. Después de cuatro años allí, volví a Cabo Verde a ver a mi hija y, de vuelta en España, cambié de trabajo. He trabajado en diferentes casas y en algunas he vivido abusos. Por ejemplo, trabajé tres años en casa de una señora muy poderosa, con mucho dinero. Era una señora que se divertía mucho humillando a las empleadas. Yo estaba

de día y abusaba de mí de todas las maneras. Yo cumplía con mi trabajo, pero a ella nunca le gustaba cómo lo hacía y siempre me obligaba a repetirlo. Al principio, yo me quedaba callada, pero sufría, porque cuando alguien te está humillando tú lo notas a la primera. Hasta que un día ya no pude más y se lo dije: «Yo vengo a trabajar, pero usted se divierte humillando a la gente y eso no está bien». Ella se quedó sorprendida: «¿Qué quieres decir?, ¿que puedes conmigo?». «No —contesté—, solo que usted no está a gusto con nada de lo que hago y yo no puedo hacer nada para cambiarlo».

Pero la situación más dolorosa fue la que tuve que llevar a juicio un tiempo después con la ayuda de Rafaela, Arantxa y todas las demás. Yo llevaba diez años trabajando en una casa. Todo iba muy bien hasta que me quedé embarazada. Había pactado con mi jefa que, durante mi baja de maternidad, mi hija mayor me sustituiría en el trabajo. No era la primera vez que mi hija hacía suplencias, ya que alguna vez me había cubierto en mis viajes a Cabo Verde. Pero esta vez fue distinto, porque, pasado un mes, mi jefa decidió prescindir de mi hija. Como yo estaba de baja y era su casa, no podía decir mucho al respecto. Pero me extrañó mucho, así que, cuando ya quedaba poco para que se me acabara la baja, la llamé. Me encontré con que había «cambiado de idea» y no quería que volviera. De golpe se me vino el mundo encima: con la niña pequeña, la hipoteca y sin trabajo. «¿Cómo no me ha avisado?», le pregunté. Fui a verla y lo único que hizo fue darme 800 euros de finiquito, pero me debía mucho más. Por suerte, no acepté firmar el papel que me ofreció.

Yo estaba desesperada. Después de diez años, no me lo podía creer. Era una señora con la que siempre nos habíamos llevado muy bien. Me cuesta explicar lo mal que me sentó aquello. Con la niña recién nacida, no paraba de llorar; me preguntaba por qué: por qué no había hablado conmigo, por qué no me había llamado por teléfono. Pero no tenía respuestas. Durante diez años había hecho todo su trabajo, manejaba la casa como si fuera la mía, tenía que pensar qué hacer para comer, qué dar a los tres niños, que estaban muy bien educados, yo era como otra madre para ellos. A ella casi nunca la veía, porque trabajaba y viajaba mucho. Ella siempre me decía: «Estoy muy contenta, por eso no le digo nada». El señor tampoco me decía nada. Me chocó y me dolió mucho que me despidieran así. Hasta cuatro días antes de dar a luz había estado yendo a trabajar.

Llamé a Rafaela y le conté todo. Me aconsejó que no contestara sus mensajes hasta que pudiera hablar con una abogada. Nos juntamos las dos con Arantxa, la abogada. Yo iba con mi niña y Arantxa iba con la suya, y ahí fueron hablando conmigo y dándome fuerza, transmitiéndome seguridad. Arantxa me animó a denunciar. Yo al principio me sentía muy culpable y me preguntaba: «¿Qué he hecho mal?». Muchas veces quise dejarlo estar para no meterme en líos, sobre todo no quería asuntos con la policía. Pero las compañeras me apoyaban: «No tires la toalla», «Estás en tu derecho», «Esta señora sabe que te ha hecho mal y no tiene defensa».

Rafaela insistía mucho en que el trabajo que yo hacía era muy importante y me habían echado como si no valiera nada, que nadie había pensado en mí. «La denuncia es para que no vuelvan a hacer lo mismo con otra persona, para que no hagan lo que quieren con las personas que trabajan para ellas». Estas palabras, el apoyo de Rafa, de Flora, de Teo, la seguridad que me daba Arantxa, quedar con ella y su niña en un bar, conversar horas y horas me animaron a seguir adelante. Y eso que mi antigua jefa inventó mil artimañas para que no pudiera ir a juicio.

El día del juicio yo estaba muy nerviosa. Pero al ver a Rafa, a mi hija, a todas las compañeras, al ver la cara de Arantxa, al ver también la cara de la señora, que no se podía creer que yo estuviera tan acompañada, me sentí muy fuerte. Una cosa es contarlo y otra vivirlo. Mi jefa llegó muy desaliñada, cuando ella siempre iba muy arreglada, muy elegante. Arantxa me susurró: «Se nota que es un disfraz, porque el maquillaje que lleva es carísimo». Su abogado ofreció dinero. A mí me daba no sé qué aceptarlo: «No quiero hacer daño». Pero Arantxa me dijo: «Este dinero es tuyo. Tú sabes todo lo que has sufrido. De hecho, si vamos a juicio, podemos conseguir más». Pero yo prefería plantarme ahí: acepté lo que ofrecían y «Ya está, terminamos con esto». Ya con el dinero en la mano, me sentí muy poderosa, sentí que ya nadie me iba a hacer algo así. Y también que ella y sus amigas se lo iban a pensar dos veces antes de hacérselo a otra persona. Hay jefas que no nos valoran.

Antes de todo esto, yo estaba muy deprimida. Me sentía un poco sola. Tenía amigas, pero estaba desorientada en este medio, con mis dos hijas. Pero a través de Rafa fui conociendo a otras mujeres. Ella me presentó a amigas tuyas de Parla. Me venían a ver y hacían que me sintiera arropada.

Yo no hablo mucho, pero lo que siento lo siento por dentro. No me gusta ver a nadie hacer daño a otra persona, humillar a alguien, aunque sea alguien que no conozca. Es como si viviera yo esa humillación, porque son cosas que yo he vivido, hay algo dentro de mí que siente ese daño como si fuera propio.

Estar organizada es muy importante. Te van ayudando en todos los sentidos, vas ganando ideas, vas aprendiendo cosas, te da alegría y fuerza.

CRECERSE

Por Arantxa Zaguirre

Llevo veinte años ejerciendo como abogada. No fui una abogada vocacional, pero en mi familia no había dinero, así que tenía que estudiar algo «con salidas». Estaba también aquella serie, *Turno de oficio*, que tuvo tanto éxito. Entonces pensé que me gustaría ser abogada de oficio. Al terminar la carrera, compaginaba un trabajo

de dependienta con un voluntariado en COMRADE. Llegué allí porque vi un anuncio donde esta ONG pedía que le donaran mobiliario y me presenté. Estuve dos años y aprendí derecho de extranjería y asilo.

Colaboro con Territorio Doméstico desde antes de que el grupo naciera como tal. Corría el año 2000 y Luzmar, una amiga mediadora intercultural del distrito de Moncloa-Aravaca, me propuso dar una charla sobre el Régimen Especial de Empleadas del Hogar. Le pedí a Marta que me acompañara. A ella la conocía de unas reuniones que hacíamos en Lavapiés, en el local de la Asociación de Inmigrantes Senegaleses (AISE), con gente de la propia AISE, de la Asociación de Emigrantes Marroquíes (AEME) y alguna otra. Paso de Cebra se llamaba aquel espacio y el liderazgo lo llevaban las asociaciones de migrantes. Reclamaban la reforma de la ley de extranjería.

Al taller acudieron muchas mujeres que trabajaban por la zona de Aravaca, casi todas dominicanas y empleadas del hogar en chalés del distrito. Empezamos a explicar la legislación vigente entonces, la del año 1985, para decirles que era una mierda y que había que organizarse para cambiar aquello. Cuál fue nuestra sorpresa al ver que, cada vez que explicábamos un artículo que reconocía una birria de derechos, todas aplaudían. Resulta que pensaban que, en lugar de la ley, estábamos explicando una serie de reivindicaciones que les parecían estupendas. «Esto es insuficiente», les aclarábamos, y ellas contestaban: «Pues no tenemos ni eso». Volvimos muy impresionadas con lo que nos habían contado. Mi abuela había sido empleada del hogar interna emigrante en su juventud y pensé que las cosas no habían cambiado tanto en setenta años. Supongo que eso también contribuyó a mi interés en la lucha por los derechos de las empleadas del hogar.

Luego empezaron los talleres en la Escalera Karakola. Recuerdo a un montón de mujeres que trabajaban como empleadas del hogar junto con las Precarias a la Deriva. A mí me llamaban puntualmente, cuando había que dar una charla sobre derechos laborales o de extranjería o para ver qué se podía hacer con un despido.

Al principio me parecía todo muy complicado. Las mujeres partían de muy abajo en cuanto a conciencia como trabajadoras del hogar, estaban muy machacadas, muchas veces acababan llorando. Eran sesiones muy duras, muy tristes. Yo llegaba a «hacer lo mío», me había preparado una explicación y quería que se aprovechara, pero, de repente, al hilo de una parte de la explicación, alguna mujer empezaba a contar un abuso y todas desconectaban de la parte técnica y conectaban con la emocional. A mí me generaba mucha frustración, las mujeres se veían muy indefensas, pero a la vez veía que ellas tenían muchas ganas de escuchar y de escucharse, y ahí, en ese estar en grupo, se veía que pasaban cosas. Era casi una terapia de grupo.

No recuerdo cuánto tiempo pasó desde esta fase hasta que empezaron a hacer manifestaciones. Recuerdo como punto de inflexión una manifestación en la plaza de Jacinto Benavente, en 2008 o 2010. Rafa estaba allí con sus pendientes dorados, el megáfono y un buzo de obra rojo, puro poderío. Esa imagen se me quedó marcada, el manejo de la escena que tenía. Seguramente pasaron muchas cosas entre medias, pero recuerdo ese fogonazo y la sensación de que algo fundamental había cambiado. Tenían la conciencia de estar participando en algo colectivo, la certeza de que, si no se reunían y no reivindicaban, nadie lo iba a hacer por ellas.

Recuerdo otro hito, unas jornadas organizadas en 2009 por UN-INSTRAY y ONU mujeres donde se dio a las empleadas del hogar un papel muy central. Fueron tres días en el Museo Reina Sofía por todo lo alto. Vino mucha gente, un lugar muy serio, con muchos especialistas, muchas personas escuchando. Y ahí estaban Rafaela, Latifa, cogiendo el micro, con mucha fuerza, reivindicando abiertamente la necesidad de una reforma del Régimen Especial de Empleadas del Hogar y hablando en pie de igualdad con todas las teóricas de la economía feminista. Habían pasado casi diez años desde aquel primer taller en Aravaca.

Desde los inicios del grupo, empezamos a llevar casos a juicio. Yo llevaba la parte legal, pero el acompañamiento lo hacían el resto de las compañeras de Territorio Doméstico; esta parte era fundamental y sigue siéndolo. Como empleada del hogar, estás muy sola; muchas veces vives en un hogar que no es el tuyo y es muy complicado que una empleada del hogar se atreva a denunciar su situación sin ayuda. De hecho, a estas mujeres que se acercaban a Territorio Doméstico y de pronto contaban un abuso, un maltrato, una humillación, había que convencerlas para denunciar; la desigualdad es muy grande y cuando demandas a alguien y le llevas a un juzgado, te estás colocando en un plano de igualdad con esa persona y eso no es tan fácil, no nace de la nada, no lo puedes hacer sola. Las compañeras de Territorio Doméstico realizaban todo ese trabajo de animar, apoyar, acompañar. Cuando me buscaban, era porque ya había una mujer convencida; yo solo me encargaba de la explicación técnica y de presentar las demandas.

Recuerdo algunas escenas buenísimas. Una mujer marroquí muy poderosa, *sin papeles*, que trabajaba de interna en casa de un empresario que estaba bien relacionado y conseguía bastantes contratos con la Comunidad de Madrid. Esta mujer *sin papeles* había estado viviendo en su casa, cuidando de su familia, y el tipo la había echado a la calle de mala manera, sin pagarle indemnización ni finiquito, ni nada, y le había amenazado diciéndole: «Conozco al presidente del gobierno y puedo hacer que te expulsen». De carambola, esta mujer acabó contactando con Territorio Doméstico, se decidió a denunciar y empezamos presentando la papeleta de conciliación en el SMAC de la Comunidad de Madrid. El empresario acudió al despacho

muy nervioso preguntando si aquella demanda podía influir en sus futuros contratos con la Comunidad de Madrid. La recuerdo a ella crecidísima, con la mano extendida, arqueando la ceja y recibiendo billete por billete la indemnización y el finiquito que le correspondían. Esa imagen no se me olvidará nunca.

En los juzgados me he encontrado de todo. Hasta una empleadora que intentó convertir en «baja voluntaria» un documento que estaba firmado por la trabajadora como «no conforme». Hay empleadores a los que «no les viene bien» pagar indemnización y finiquito, pero tienen que ser conscientes de que tienen una trabajadora y que esta tiene derechos laborales.

Otro obstáculo añadido es que los jueces y las juezas tienen empleada del hogar, los letrados y letradas de la administración de justicia tienen empleada del hogar, así que la conciliación previa suele ser muy desagradable: llaman a los abogados y enseguida dicen: «Vamos a acabar con esto». Tú estás planteando una situación de vulneración grave de derechos laborales, pero le quitan importancia a lo que ha ocurrido. Suele salir bien, porque cuando animas a una mujer a denunciar es porque, con la ley en la mano, ella tiene la razón. Pero tienes que sortear ese «¿Por qué tanto follón por esto?».

Uno de los ejes que han vertebrado Territorio Doméstico ha sido la lucha por cambiar la legislación para que el trabajo doméstico tenga los mismos derechos que cualquier otro trabajo. Las primeras movilizaciones ya iban por ahí, pero en 2007 todo se empezó a acelerar, porque el PSOE afirmó en los medios que pretendía reformar la normativa sobre empleadas del hogar y mejorar sus condiciones laborales.

Aparecieron declaraciones en prensa de los diferentes actores implicados y se vio una distancia enorme entre los sindicatos mayoritarios y las asociaciones de empleadas del hogar, que ya tenían cierta voz. Los sindicatos apostaban por que el trabajo del hogar se organizase a través de empresas de servicios. En ese momento, la experiencia de las empleadas del hogar con este tipo de empresas no era muy positiva. Las empresas intermediarias se quedaban con mucho dinero, así que ellas querían seguir manteniendo una relación directa con los empleadores. Aunque este modelo también tiene una contrapartida: la dificultad y casi imposibilidad de participar en la negociación colectiva de sus condiciones laborales, si nos atenemos a las reglas del juego que establece la Ley Orgánica de Libertad Sindical.

La reforma del Real Decreto 1424/85 no llegó hasta finales de 2012, basada en los contenidos del Convenio 189 de la OIT sobre el Trabajo Decente para las Trabajadoras y Trabajadores Domésticos. Fue en parte debida, todo hay que decirlo, al empeño y el trabajo previo del entonces secretario de Estado de la Seguridad Social, Octavio Granada. Pero un mes después el PP llegó al gobierno y paralizó

el proceso de reforma, que fue entrando en vigor de forma progresiva, marcando plazos de años. Para entonces, Territorio Doméstico había logrado ya mucho eco en los medios de comunicación.

Cuando, en 2018, Octavio Granado volvió a la Secretaría de Estado de la Seguridad Social con el gobierno del PSOE, retomó el proyecto de reforma y se reunió con las asociaciones de empleadas del hogar. Durante el tiempo que había estado el PP en el gobierno, entre finales de 2011 y 2018, no habían sido convocadas ni una sola vez a ningún encuentro con representantes de la Administración.

A día de hoy, sigue habiendo muchos agujeros negros en el régimen laboral de las empleadas del hogar, de los cuales el más sangrante es que siguen sin derecho a la prestación por desempleo. Con este tema, nos planteamos en 2018 hacer un litigio estratégico. La idea era animar a empleadas del hogar de varias provincias a ir al SEPE (Servicio Público de Empleo Estatal) a pedir una prestación por desempleo; una vez que nos la hubieran denegado, presentaríamos en el juzgado de lo social una demanda por vulneración de derechos fundamentales alegando que la inexistencia de una prestación por desempleo para las empleadas del hogar constituye una discriminación indirecta por razón de sexo y origen nacional prohibida por la Constitución y las directivas europeas. Cuando el juez de lo social fuera a dictar sentencia, como tenía que interpretar derecho comunitario, podría plantear una cuestión prejudicial ante el Tribunal de Justicia de la Unión Europea (TJUE). Pero no podíamos saber si eso ocurriría o si tendríamos que presentar recurso después a los tribunales superiores de justicia hasta que un magistrado o una magistrada se animara. No llegamos a hacerlo, pero hace poco leí en el periódico que un despacho de abogados de Lugo sí tomó este camino y ahora estamos esperando a ver qué dice el TJUE.

Ahora mismo, es un buen momento para seguir reivindicando mejoras. El problema ha sido el parón de la pandemia y la crisis económica. Los empleadores no quieren que suban los costes a la contratación y no hay tantas ayudas a la contratación para cuidados, ligadas por ejemplo a la ley de dependencia. Otro problema es que no hay una sindicalización de las empleadas del hogar. El propio marco normativo, la Ley Orgánica de Libertad Sindical, hace imposible la participación en la negociación colectiva de las empleadas del hogar que no trabajen para empresas intermediarias. En otros países hay negociación colectiva, patronales y sindicatos de trabajo doméstico.

Hay que decir que organizar los trabajos de cuidados mayoritariamente a través de la contratación por empresas intermediarias tiene sus inconvenientes, porque en ocasiones esas empresas están en manos de fondos buitre o fondos de inversión y las condiciones para las trabajadoras son nefastas. Para poder hacer en este contexto una buena labor sindical, necesitas un sindicato fuerte que te respalde y pueda participar en la negociación colectiva y muchas delegadas sindicales libera-

das que se puedan dedicar a tiempo completo a denunciar abusos y movilizar a las compañeras. Otra vía, que existe también en algunos países europeos, son las cooperativas de empleadas del hogar. Y la última, seguir así, cada empleada trabajando por libre y negociando a pecho descubierto con sus empleadores. En este modelo, las asociaciones pueden apoyar, pero, para hacer de eso un sindicalismo con posibilidad de participar en la negociación colectiva, habría que modificar la Ley Orgánica de Libertad Sindical. Son las empleadas del hogar mismas quienes tienen que trazar el camino que es mejor para defender sus derechos y mejorar sus condiciones.

SOBRE LAS AUTORAS

AMALIA CABALLERO RICHARDS nació en la ciudad conocida como la Perla del Pacífico: Guayaquil, en Ecuador. Activista en varias luchas populares, tuvo que emigrar a España hace más de veinte años por la mala situación económica que la dolarización dejó en su país. Madre y abuela, feminista, matriarca de un hogar de tres generaciones de mujeres en Madrid. Mujer autodidacta a la que siempre ha movido el deseo por aprender cosas nuevas: costurera desde los catorce años, bachiller contable, atleta en competiciones oficiales en Ecuador, diseñadora de moda y patronaje, con formación en psicoterapia gestáltica, lengua de signos. Trabaja desde que llegó a este país como empleada del hogar y los cuidados, le gusta su trabajo y lo valora como algo fundamental para la vida de todas las personas; desde ahí y desde la creencia en la fuerza de la lucha colectiva y la potencia de la sororidad entre mujeres, reivindica plenos derechos para todas. Forma parte de Territorio Doméstico desde hace más de diez años y también de Senda de Cuidados.

ANA ROJO DELGADO nació en Madrid, en el barrio de Carabanchel, en una familia castellana que llegó a esta ciudad, como tantas otras, con la migración interna que se dio en España en los años cincuenta. Conmovida desde cría por la injusticia social, comenzó a participar cuando era adolescente como voluntaria primero y después como activista feminista en proyectos colectivos diversos: sociales, educativos, ecológicos... Estudió Derecho con la idea de «conocer las herramientas del amo para desmontar la casa del amo». Ejerció como abogada y, decepcionada con el funcionamiento de la justicia, trabaja desde hace años como agente de igualdad en la administración local. La mueven los feminismos de base, las pedagogías populares, el ecologismo social y las luchas transversales contra la barbarie del capitalismo y las fronteras. Y el «artivismo» como vía para llevar otras formas de reivindicación y expresión creativa al activismo. Le encanta la música, es corista malvaloca y tan curiosa que le interesa casi todo lo humano. Forma parte de Territorio Doméstico desde 2010.

COSTANZA CISNEROS SÁNCHEZ es hija, nieta y hermana de mujeres luchadoras. La formación política desde la más temprana edad la llevó a participar en movimientos sociales y a militar en el Partido Comunista en su Ecuador natal. Participó del movimiento indígena y muy activamente en el primer levantamiento indígena a nivel continental en 1990. Licenciada en Comunicación Social y maestra en educación básica, la crisis económica le obligó a emigrar. Desde su llegada a España, trabaja como empleada del hogar, los primeros nueve años en régimen interno. A través de una compañera de la Asociación de Profesores Residentes en España, llegó a Territorio Doméstico; desde el primer día sintió que las mujeres que estaban allí serían sus compañeras de lucha.

RAFAELA PIMENTEL LARA nació para la lucha en un colectivo mixto en barrios populares de Baní activando la solidaridad en la pelea por los recursos básicos. Descubrió el feminismo, la pedagogía popular y el activismo político en Santo Domingo, en diálogo con muchas otras mujeres. Llegó a España el mismo año que mataron a Lucrecia Pérez y participó en las manifestaciones con muchas otras mujeres dominicanas como ella. Vallecas la acogió y fue en este barrio del sur de Madrid donde entró en contacto con los feminismos europeos. Es madre y abuela, amiga de sus amigas, y feminista y activista incansable por un mundo más humanizado y justo para todas. Es una de las impulsoras de Territorio Doméstico desde sus inicios.

EN LOS TALLERES DE ESCRITURA COLABORATIVA DE ESTA PUBLICACIÓN HAN PARTICIPADO:

FLORA SUYEN HERRERA DUARTE es nicaragüense y madre soltera de dos hijos de diecisiete y trece años. En su país era ingeniera agropecuaria en una zona rural y ejerció como facilitadora judicial voluntaria de su comunidad. Migró con la esperanza de homologar su título en España y poder trabajar como ingeniera, pero, al no existir convenio con La Haya y no tener documentación, se vio abocada al empleo del hogar. La enfermedad de su padre primero, luego de su madre y los estudios de sus hijos la obligaron a quedarse en España para costear las necesidades familiares. Rafaela la trajo a Territorio Doméstico hace ya siete años. El grupo le ha dado una nueva familia, donde se siente acompañada y acuerpada.

GINA CABO MOLINA decidió migrar a los veintitrés años, cuando se quedó sola con dos hijos después de separarse de su esposo. Su hermana, ya en España, le envió el billete y le consiguió un trabajo de interna para cuidar a un bebé. Sus redes le ayudaron a pasar pronto a la hostelería y después a los supermercados, pero nunca se olvida de lo que vivió como empleada del hogar y por eso sigue en la lucha. Territorio Doméstico es para ella un lugar de alianza incondicional.

GLADYS MARGOT MARTÍNEZ MEZA, «Marga», es peluquera, pero, desde que llegó a España hace veinte años, trabaja como empleada del hogar y los cuidados. Es buena jugadora de fútbol, fantástica bailarina y le encanta estar organizada. Descubrió el feminismo en su país de origen, en una asociación donde abordaban la violencia machista con otras mujeres. Territorio Doméstico le ha quitado los miedos a decir lo que siente. También le ha hecho sentirse orgullosa de quién es y de sus nietos, en particular de su nieta, que es una territoria más y su mayor fan.

GLORIA PERDOMO GUZMÁN vino a España en búsqueda de nuevas oportunidades de empleo, porque en Colombia, su país de origen, a determinada edad se cierran todas las oportunidades de trabajo para una mujer, sobre todo si tiene una familia que sostener. Lleva tres años y medio en España trabajando como cuidadora de personas mayores, labor que desempeña con gusto y alegría, porque hay muchas personas mayores que han llevado vidas muy duras y se merecen todo lo mejor. Sueña con regresar a su país y reencontrarse con sus seres queridos. En Territorio Doméstico siempre ha encontrado apoyo, cariño e inspiración.

JANICE RODRIGUES SILVA trabajaba en una empresa familiar con ocho supermercados en Minas (Brasil) que se fue a pique con la crisis de 2005. Con el dinero que pudo salvar, pagó la matrícula para que su hija estudiara Fisioterapia y para su viaje migratorio a España. Su plan era trabajar dos años en algún supermercado, aprovechando su experiencia, y volver, pero la falta de papeles la obligó a entrar en una casa en régimen de interna con un solo día de descanso al mes. Lo que iban a ser dos años se convirtieron en quince. Entró en contacto con Territorio Doméstico a través de Pepa, pero no pudo participar más activamente en el colectivo hasta que cambió de trabajo. Quiere que su hija, que vendrá dentro de un año, cuente con más oportunidades que las que ella tuvo.

JULIANA GUERRERO RODRÍGUEZ es de República Dominicana. Llegó a España el 5 de octubre del 2000 y pasó unos años muy duros, porque no conocía ningún colectivo. Entró en contacto con Territorio Doméstico en 2011 y, junto a las otras compañeras, aprendió a defender sus derechos como mujer y como trabajadora del hogar. Su meta es seguir ganando fuerza y poder llevársela a otras mujeres, ayudarles a que conozcan sus derechos como mujeres, madres y trabajadoras. La enerva descubrir que aún existen formas de esclavitud, machismo y abusos de poder. Nunca deja de aprender: acaba de hacer un curso de carpintería y sueña con poner su propio taller.

LUCRECIA DEL CARMEN SAINZ HERNÁNDEZ fue en su juventud oficiala del Ejército Popular Sandinista, empujada por la búsqueda de la justicia para los más desfavorecidos. Estuvo en la defensa activa del país, siendo la primera mujer que fundó tropas guardafronteras en la región norte. Luego pasó a un puesto administrativo como primera oficiala de planificación. Con el cambio de gobierno en Nicaragua, se le cerraron las puertas y se

vio obligada a salir del país. El mismo año que llegó a España se integró en un grupo de mujeres migrantes, de donde más tarde nacerían SEDOAC (Servicio Doméstico Activo) y Territorio Doméstico. El único trabajo que pudo encontrar en España fue en la limpieza y los cuidados; del trabajo doméstico privado pasó a la ayuda a domicilio, que es la misma cosa pero con un poco más de derechos laborales. No se olvida de dónde viene y mantiene su solidaridad con las que están en peores condiciones.

MAITE ZABALZA es española. Descubrió Territorio Doméstico en la manifestación del 8 de Marzo de 2007 y se enamoró del colectivo por su fuerza creativa, reivindicativa, feminista. En 2010, empezó a organizarse con otras compañeras para denunciar las redadas racistas acudiendo a los intercambiadores de los buses urbanos, donde las compañeras internas *sin papeles* eran sorprendidas por los policías. Desde entonces es territoria.

MARÍA LILIA REBOREDO SALGADO vino a España hace treinta años desde Córdoba (Argentina) y, como tantas recién llegadas, durante un tiempo tuvo que recurrir al trabajo remunerado del hogar y los cuidados. Ahora, por mandato patriarcal, ejerce este mismo trabajo de manera no remunerada y siente que eso la hermana con otras mujeres empleadas del hogar. Territorio Doméstico y otras militancias en las que ha estado y sigue estando le han demostrado y confirmado que la lucha por lo común es siempre en común.

PEPA TORRES PÉREZ. Madrileña, andaluza de origen, vecina del barrio de Lavapiés, experta en tejer redes de vida que tienen el cuidado en el centro. No cree en las fronteras ni en su necropolítica, pero transita por ellas para generar complicidades y subversiones hasta desmantelarlas. Forma parte de Territorio Doméstico desde su origen. Cree en el biosindicalismo que intentamos desarrollar desde la diversidad y la interseccionalidad que caracterizan todo lo que hace.

QUIZQUELLA RAMÍREZ es dominicana, licenciada en Derecho y Administración de Empresa Turística Hotelera. Madre soltera de dos hijas y abuela de una nieta de cinco años a la que ama. A pesar de todas las licenciaturas, le tocó comenzar de cero en España limpiando casas. Territorio Doméstico le enseñó el valor que tenemos todas las personas como seres humanos y la fuerza que da la unión.

SARA MARITZA ALVARADO TAYLOR trabajó en Ecuador, su país de origen, en maquertería de cuadros, como dependienta de una zapatería y de maestra de escuela de infantil y primaria. Se graduó en Ciencias Sociales y estaba iniciando estudios de abogacía cuando se vio obligada a migrar para sacar adelante a su familia. En España encontró trabajo nada más llegar como empleada del hogar, oficio que desempeña desde hace veintitrés años. Territorio Doméstico le supuso encontrar el compañerismo, conocer sus derechos y aprender a luchar por y para todas.

Han compartido sus historias de vida, lucha y compromiso: Iris Portio, Isaura de Rosario Santos, Hipatia Gutiérrez, Paula Calderón, Latifa Baali, Arantxa Zaguire, Marisol Acosta y Arantxa Ramírez Rosado.

Con respecto a las ilustraciones, el mapa de las páginas 17 y 20 fue fruto del taller «Co-cuidados en Lavapiés», en el que participamos junto a vecinxs, investigadorxs, trabajadorxs, artists y activists del barrio de Lavapiés los meses pandémicos de junio y julio de 2020. Dinamizó la actividad el colectivo argentino de investigación y mapeo **Iconoclasistas**, con el impulso de Ana Longoni y al amparo del área de actividades públicas del Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía.

Más información: <https://iconoclasistas.net/cuidados-comunes/>

Fran Cabeza de Vaca creó la imagen de las páginas 18-19 en el transcurso de este mismo taller.

El resto de las ilustraciones, así como la portada, son obra de **Ana Penyas**, en un atento y sensible trabajo de diálogo con nosotras. Ana Penyas nació en Valencia (España), en 1987. Es diplomada en Diseño Industrial y graduada en Bellas Artes en la Universidad Politécnica de Valencia. Ilustradora comprometida, ha recibido numerosos galardones: mención especial en Iberoamérica Ilustra 2015, el VII Catálogo Iberoamericano Ilustra en 2016, el Premio Internacional de Novela Gráfica Fnac-Salamandra Graphic 2017, el premio de autora revelación nacional del Salón del Cómic de Barcelona 2018 y el Premio Nacional de Cómic 2018. Entre sus álbumes ilustrados destacan: *En transición* (Barlin Libros, 2017) y *Mexique, el nombre del barco* (El Zorro Rojo, 2017). Ha publicado dos novelas gráficas: *Estamos todas bien* (2017) y *Todo bajo el sol* (Salamandra Graphic, 2021).

No queremos dejar de agradecer a todas las compas de La Laboratoria, entre ellas a Débora Ávila, Cristina Vega y Marta Malo, aliadas históricas nuestras y, como Precarias a la Deriva, parte fundamental en el proceso que dio origen a Territorio Doméstico. Gracias por acompañarnos y apoyarnos con tanto cariño, cuidado y dedicación en todo el proceso de sacar adelante esta publicación.

Gracias también a Vera Bartolomé, por creer en el proceso y apostar por él, y a todas las que generosamente compartieron sus saberes en sendos talleres preparatorios: Natalia Fontana, Jackie Flores, Kruskaya Hidalgo, Belén Valencia, Yuly Ramírez, Verónica Gago, Luci Cavallero, Susana Dráper, Belén Marco, Pastora Filigrana y Amarela Varela. Gracias a ellas y a tantas aliadas de la vida con las que acuerpamos las luchas.

Rosa-Luxemburg-Stiftung, **Oficina de Enlace de Madrid**

www.rosalux.es

Responsable legal de la publicación

Andreas Thomsen

Autoras

Rafaela Pimentel Lara

Costanza Cisneros Sánchez

Amalia Caballero Richard

Ana Rojo Delgado

(en conversación con compañeras de Territorio Doméstico
y del Observatorio Jeanneth Beltrán)

Acompañamiento y edición

La Laboratorio Madrid

RLS Madrid (Vera Bartolomé)

Corrección

Javier Olmos Sanz

Ilustraciones

Iconoclasistas. pp. 17, 20

Fran Cabeza de Vaca, pp. 18-19

Ana Penyas. Cubierta y resto de ilustraciones

Maquetación

Taller de Traficantes de Sueños

a partir de HDMH sprl

Impreso en Madrid, Mayo 2021

Esta publicación ha sido financiada por el Ministerio Federal
Alemán de Cooperación Económica y Desarrollo

Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-
CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0)

